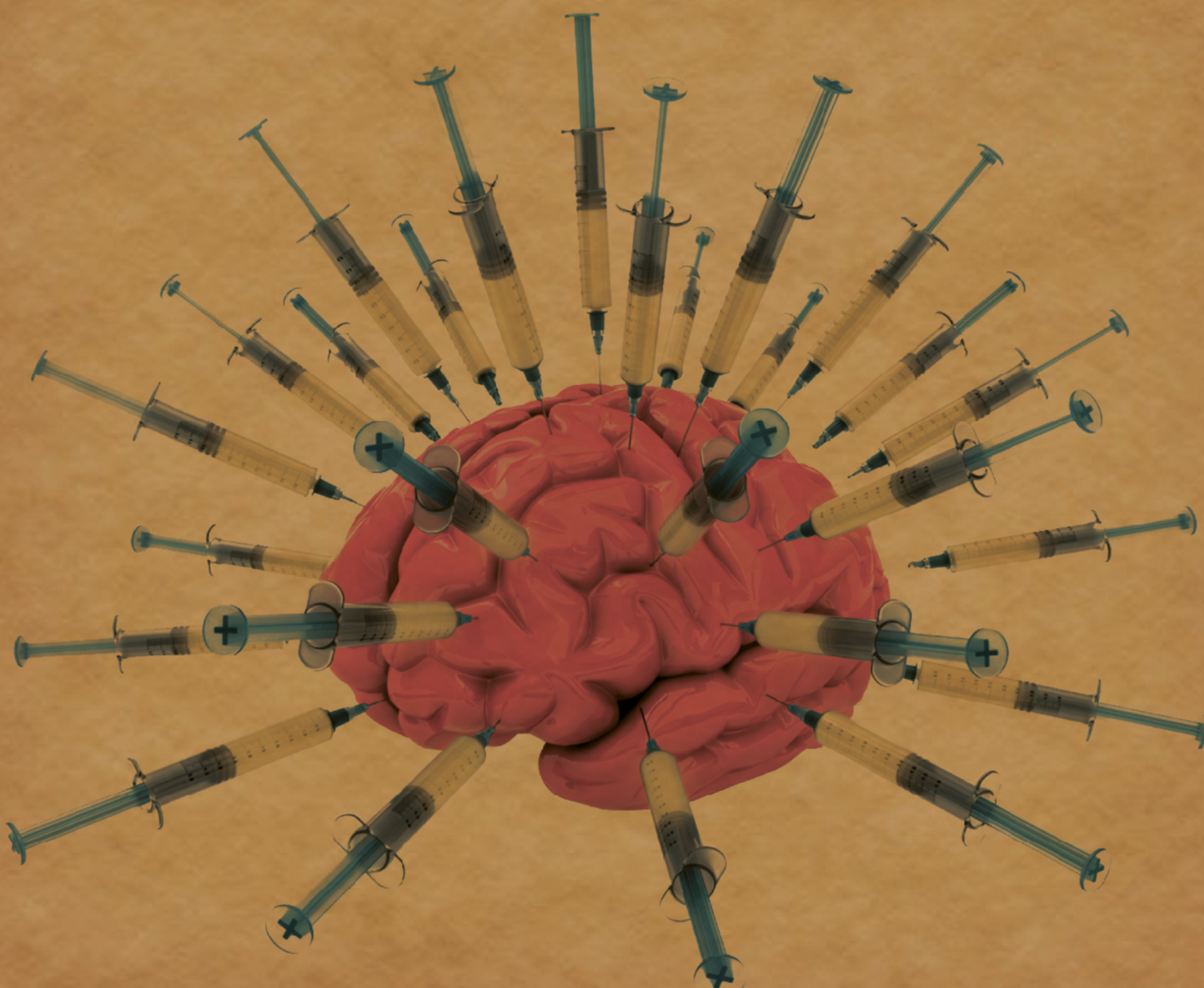
AXEL KAISER

LA FATAL IGNORANCIA

LA ANOREXIA CULTURAL DE LA DERECHA FRENTE AL AVANCE IDEOLÓGICO PROGRESISTA

Prólogo de Alejandro Chafuen



Cuarta Edición

Unión Editorial

fpp.

COLECCIÓN

Courcelle Seneuil

La fatal ignorancia

La anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista

Axel Kaiser

La fatal ignorancia

La anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista

Presentación de Alejandro Chafuen

Unión Editorial

fpp.
fundación para el progreso

© 2014 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Martín Machío, 15 • 28002 Madrid
Tel.: 91 350 02 28 • Fax: 91 181 22 12
Correo: info@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

© 2014 FUNDACIÓN PARA EL PROGRESO
La Concepción 191, piso 10 - Providencia, Santiago, Chile
Calle Prat 887, piso 5, Edificio Reloj Turri - Valparaíso, Chile
Tucapel 564, piso 10, oficina 101- Concepción, Chile
Tel.: (+56 2) 23873500 | (+56 32) 2758035
Correo: contacto@fppchile.org
www.fppchile.org

ISBN: 978-84-7209-644-8
Depósito legal: M. 17.375-2014

Ilustración de portada por Consuelo Yávar Larraín
Compuesto por JPM Graphic, S.L.

Impreso en Chile por Ograma • Printed in Chile by Ograma

«A las personas de la mentalidad nuestra, las ideas, las doctrinas, les producen una verdadera urticaria, en cambio en la izquierda la discusión intelectual es más poderosa».

CARLOS LARRAÍN
Presidente de Renovación Nacional

«La historia de la humanidad es la historia de las ideas. Son las ideas, las teorías y las doctrinas las que guían la acción del hombre, determinan los fines últimos que este persigue y la elección de los medios que emplea para alcanzar tales fines».

LUDWIG VON MISES

«Quienes controlan las opiniones de un pueblo, controlan sus acciones».

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

Índice

Presentación
por Alejandro Chafuen

Tuve la suerte de leer este libro justo después de su primera aparición. La obra fue finalista en el concurso internacional de libros en honor a Antony Fisher, el gran fundador y promotor de *thinktanks*. La conclusión del libro, recomendando para Chile casi lo mismo que recomendaba Fisher para todos los países, era especialmente reconfortante para mí. Desde que conocí a Fisher en 1985 mi trabajo y pasión ha sido la de ayudar a crear y hacer crecer *thinktanks* en diversos lugares del mundo. Darle el premio Fisher a este libro era como darnos un autopremio.

Aunque la conclusión del libro me pareció estupenda y no tan sorprendente, sí me sorprendió la preocupación de Axel Kaiser por las tendencias ideológicas en Chile. Los *thinkanks* chilenos siempre fueron foco de admiración para los liberales latinoamericanos, por lo que el subtítulo «la anorexia cultural de la derecha» me parecía un poco fuerte. En 1981 conocí por primera vez a algunos de los fundadores y colaboradores del CEP, y en 1990 me reuní con varios de los chilenos que fundaron Libertad y Desarrollo. No me pareció que Arturo Fontaine y Cristián Larroulet, ambos de la misma generación y directores de estos centros, estuvieran rodeados de anoréxicos.

El cambio hacia ideas más estatistas me sorprendió un poco menos que a otros. Desde hace muchos años que estudio los resultados de la encuesta de Latinobarómetro. Las mismas reflejaban un consenso mucho más tenue que el que observábamos los economistas. Recuerdo un almuerzo de trabajo en el American Enterprise Institute convocado por Roger Noriega para Sebastián Piñera cuando era candidato a la presidencia. Los otros comensales eran Charles Murray, Michael Novak y José Miguel Vivanco, del Human Rights Watch. Allí le pregunté a Piñera si confiaba en lo que mostraba la encuesta. Su respuesta fue afirmativa, había mucho más consenso en la élite, sectores importantes de la población seguían teniendo fuertes dudas sobre las bondades de la economía libre.

Recuerdo vivamente una reunión en el apartamento de Mario Vargas Llosa en Madrid. Fue en el 2011, cuando nuestra Fundación Atlas tuvo la suerte de atraer a este ilustre escritor para intensificar y darle un nuevo matiz a nuestra labor en defensa de la libertad. Mario dijo: «Me parece que tenemos que concentrarnos en dos países, Chile y Perú. Chile, porque los cambios son irreversibles y sirven de ejemplo a los demás; Perú, porque una mala elección puede echar todo a perder».

Qué rápido que puede cambiar todo. La admonición de Ronald Reagan de que en solo una generación se pueden perder todas las libertades siempre me pareció certera. Parecía que una mala elección de fuerzas de centro muy dividas en Perú iba a llevar al país a dar marcha atrás en los avances logrados en la transformación de la economía peruana. Por suerte, y en parte por la influencia intelectual de Vargas Llosa, el cambio de rumbo no

se dio. En Chile, por un tiempo, parecía que todo marchaba bien. Sebastián Piñera se asomaba como ganador. Pero al acercarse la mitad de su mandato, los presagios de Kaiser se empezaron a cumplir. La lección principal del libro se asomaba con toda fuerza: el trabajo en el campo de las ideas siempre tiene que nutrirse y nunca debe descuidarse.

Axel dedica una parte del libro a «la amenaza del discurso igualitario». El gran tema en Chile dejó de ser la libertad y comenzó a ser el de la equidad. En los años que siguieron a la primera edición de este libro, la amenaza se convirtió en avalancha y en un monopolio del discurso igualitario.

Durante una reunión de la Sociedad Mont Pelerin en Vancouver, Canadá, el Premio Nobel Milton Friedman habló sobre el rol de los empresarios. Le dijo a una audiencia compuesta principalmente por grandes académicos, y otros premios nobeles, que si no fuese por empresarios creadores de riqueza y generosos para apoyar esfuerzos intelectuales, las acciones y las publicaciones de los profesores universitarios hubiesen tenido muy poco efecto. Mencionó a Antony Fisher como el ejemplo a seguir.

En *La fatal ignorancia* Axel Kaiser brinda abundantes argumentos acerca de la importancia de liderazgos en el área de aportación de fondos y de creación de incentivos para el trabajo intelectual. Uno de los grandes empresarios de Chile y las Américas, Nicolás Ibáñez, escuchó el clamor de Axel. Gracias a él, y luego a Dag von Appen y otros que se sumaron al esfuerzo, la voz de Axel no quedó haciendo eco en el desierto como la del profeta Isaías citada por el Bautista (Lucas 3-4). Las ideas de este libro de Axel fueron incorporadas a la labor de la Fundación

Para el Progreso, uno de los *thinktanks* jóvenes más dinámicos del mundo y a otros esfuerzos educacionales.

Espero que este libro se convierta en un pequeño clásico y que sirva en varios países para atraer a otros Fisher e Ibáñez. Solo así podremos pasar de la fatal ignorancia a la viva esperanza que nos da un mundo de progreso y libertad.

Prólogo a la tercera edición

> En todos los tiempos, los amigos sinceros de la libertad han sido escasos, y sus triunfos, obra de minorías.
>
> Lord Acton

Han pasado cinco años desde que se publicara por primera vez este libro, y con cada año que ha transcurrido el interés por él ha crecido. Aunque lo escribí con el fin de remecer la conciencia de mis compatriotas e incentivarlos a tomar parte en la batalla intelectual, jamás imaginé que este ensayo anticipara y hasta cierto punto iniciara todo un movimiento destinado a rescatar del polvo los principios liberales clásicos sobre los que ha descansado el éxito de Chile en los últimos treinta años. Más sorprendente aún es el hecho de que esta obra haya transcendido las fronteras de Chile, convirtiéndose en un referente para diversos círculos liberales de América Latina. En otros países de la región no es raro oír hablar de conceptos como «fatal ignorancia» o «anorexia cultural» para referirse a la incapacidad de defender las ideas de la libertad que han mostrado los sectores tradicionalmente calificados como «derecha». Muchas veces, quienes utilizan esas expresiones no conocen siquiera que su origen es precisamente este libro. Como autor nada puede ser más gratificante que observar que el mensaje que se ha buscado transmitir en este ensayo ha cobrado vida propia. La tesis central de ese mensaje es simple:

son fundamentalmente las creencias, las ideas y valores que predominan en una sociedad lo que determina su evolución política y económica. Son, por lo tanto, aquellos que trabajan en el mundo de las ideas, es decir, los intelectuales, quienes ejercen la mayor influencia sobre nuestras vidas, aun cuando seamos incapaces de reconocerlo producto de nuestra absorbente cotidianidad. Las ideas que estos intelectuales enseñan y transmiten en universidades, escuelas, libros, etc., pasan a formar parte de la manera en la cual la mayoría de las personas, desde las más cultas a las menos preparadas, ven e interpretan el mundo que las rodea. Sus ideas acerca de lo bueno y lo malo, de lo justo y lo injusto, lo deseable y lo indeseable y otras, se forman mediante el contacto directo con profesores y textos de estudios, a través de la exposición a los medios de comunicación y a otras instancias como las iglesias o la industria cultural. El socialismo es un excelente ejemplo sobre cómo opera este proceso. Este nunca fue obra de las masas ni de mayoría alguna, sino de un pequeño grupo de historiadores, economistas, sociólogos y filósofos que lograron desarrollar una ideología con un poder narcótico sin precedentes en el mundo moderno. Esos intelectuales, la mayoría de ellos desconocidos para el hombre común, estuvieron en la primera línea del proceso de producción y hegemonía intelectual. En una segunda línea estuvieron millones de cantantes, sacerdotes, actores de cine, periodistas, escritores y artistas de distinto tipo que fueron haciendo de una ideología aberrante una teoría socialmente aceptable y políticamente rentable. Fue esa segunda línea –y lo continúa siendo– la que transmitió de manera simple y atractiva el mensaje socialista

logrando masificarlo. Y aunque nunca hubo una mayoría partidaria del marxismo en ningún país del mundo, sí hubo el suficiente apoyo para que este se convirtiera en una ideología transformadora de la realidad. Los resultados de este proceso (creación de ideas-transformación de la realidad) en el caso del socialismo son conocidos: más de cien millones de muertos en los cinco continentes, dictaduras atroces y miseria generalizada en aquellos países que tuvieron la desgracia de experimentar en la práctica lo que un par de intelectuales había puesto sobre el papel al fantasear con el paraíso sobre la tierra en sus cómodas y abrigadas oficinas en el centro de Europa. Si algo prueba la historia del socialismo, incluido el socialismo nacionalista nazi que deriva del marxismo, es que el poder de las ideas y la capacidad de criminalidad a distancia de los intelectuales no tiene límites. Por eso jamás deben descuidarse. De ahí este libro, que buscó llamar la atención a la élite chilena sobre lo que iba a ocurrir en el país si no se defendían las ideas de la libertad y no se contrarrestaba el trabajo que estaban haciendo los intelectuales colectivistas en el país. El mensaje de este libro es por cierto válido para todos los países del mundo, lo que sin duda explica su interés más allá de las fronteras chilenas. En el caso de Chile, este mensaje sobre la importancia de las ideas no se tomó lo suficientemente en serio hasta que era demasiado tarde. Como consecuencia, fue imposible revertir el avance de la corriente colectivista que hoy se ha tomado la esfera política del país. El trabajo que no se hizo en décadas no se podía revertir en pocos años. Hoy, por primera vez desde 1990, la existencia del sistema económico chileno, basado en las ideas liberales

clásicas de esfuerzo personal, libertad económica, responsabilidad individual, estado subsidiario e igualdad ante la ley, se encuentra seriamente amenazada. Algunos me han descrito como un profeta, pues cuando todo parecía estar tranquilo y funcionar bien, en este libro advertí lo que ocurriría cinco años después. Pero lo cierto es que no fui un profeta, sino un estudioso de las tendencias intelectuales y políticas en desarrollo. Tendencias que mostraban un claro regreso del estatismo y una casi nula defensa del liberalismo. La proyección natural de esas tendencias me llevó a concluir que Chile perdía el rumbo y regresaba gradualmente al socialismo. Esta preocupación no era nueva. Dos años antes de publicar *La fatal ignorancia*, publiqué un breve ensayo titulado *El Chile que viene* en el que abría la introducción afirmando que Chile se encaminaba hacia el fracaso. El resto del libro explicaría cómo estábamos paulatinamente abandonando el esquema de libertad creado en los 70 y 80 para ir tras el mito del Estado benefactor que hoy colapsa en Europa. En el momento de escribir estas líneas para nadie es un misterio en América Latina que el estatismo, es decir, la idea de que los políticos arrebatando más dinero de los ciudadanos y ejerciendo un mayor control sobre sus vidas van a lograr construir algo parecido al paraíso sobre la tierra, se ha establecido en Chile como una verdad que pocos se atreven a cuestionar. Quienes conocen lo que ha sido Chile en las últimas décadas no pueden creer lo que está pasando en el país. Propuestas para realizar una asamblea constituyente al estilo chavista, alzas sustanciales de impuestos, la estatización total de la educación, terminar con el sistema privado de pensiones e incluso nacionalizar recursos naturales, son

algunas de las ideas que seriamente está proponiendo una nueva mayoría política en el país. Es probable que no todas estas ideas se concreten, pero aun así el país avanzaría por la senda de la clásica mediocridad populista latinoamericana si tan solo parte de ese programa se realizara. Esto en tiempos en que Venezuela consolida una dictadura post-Chávez, Ecuador, Bolivia y Nicaragua se encuentran en las garras del populismo autoritario, Brasil se asfixia en su estatismo corrupto perdiendo la oportunidad de dar un salto cualitativo sustancial y Argentina sigue el derrotero de lo peor que haya producido el populismo regional. En ese contexto no está de más recordar que hasta hace poco el mundo entero estudiaba a Chile como un país históricamente atrasado que, producto de una revolución liberal, fue capaz de dar un salto astronómico en materia de desarrollo, calidad de vida y estabilidad democrática. No sería sorpresa que en unas décadas más Chile se convierta en un caso de estudio de un país que, estando cerca de lograr alcanzar el desarrollo, fracasó en el intento sacrificando su prosperidad económica y estabilidad democrática. De seguir el camino actual, sin duda ese será el destino de la hoy nación más próspera de América Latina. Pero aunque parezca probable, ese resultado no es inevitable, así como no es inevitable un destino de opresión y miseria para el resto de los países de América Latina. No hay una ley natural que determine el fracaso de la región ni fuerzas foráneas conspirando en su contra como han querido históricamente hacernos creer intelectuales y políticos socialistas. Los únicos responsables de nuestros fracasos somos los mismos latinoamericanos, que en nuestra comodidad, ignorancia y cobardía no hemos

estado dispuestos, salvo excepciones, a defender los principios de la libertad. Aquí no hay que engañarse: parte esencial de la batalla por sacar adelante a América Latina –o cualquier país del mundo– pasa por hacerse cargo de lo que plantearan Thomas Jefferson, Friedrich Hayek, Milton Friedman, John Stuart Mill y tantos otros genios de la historia occidental hace ya mucho tiempo: que la libertad merece eterna vigilancia y que son las ideas y la hegemonía cultural aquello que finalmente inclina el curso de la evolución social hacia la paz y la prosperidad o hacia la tiranía y la miseria. En un mundo en que Europa y Estados Unidos enfrentan los estragos de su propia decadencia estatista y en que la libertad se encuentra desprestigiada más que en cualquier momento después de la Guerra Fría, todos tendremos que multiplicar infinitamente nuestros esfuerzos si queremos asegurar un buen destino. Jamás debemos olvidar que la historia, como explicó Karl Popper hasta el cansancio, no se encuentra determinada por leyes, sino que la hacemos los seres humanos día a día.

Heidelberg, noviembre de 2013

Prólogo a la segunda edición
El precio de nuestra libertad

> Lo único que se necesita para el triunfo del mal es que los hombres buenos no hagan nada.
>
> Edmund Burke

«Chile se encamina hacia el fracaso». Con este diagnóstico comenzaba *El Chile que viene,* libro publicado el año 2007 en el que planteaba que nuestro camino al desarrollo se encontraba en serio peligro, producto de la cada vez más intensa retórica redistributiva igualitaria y de una ingenua e irresponsable actitud autocomplaciente por parte de la élite económica, social y política del país. La fórmula de libertad que nos había permitido convertirnos en el faro de América Latina, sugerí entonces, estaba siendo progresivamente destruida ante la pasividad de sus supuestos guardianes.

Si bien la obra fue tema de discusión en universidades e instancias sociales, logrando una importante circulación en círculos de influencia, esta no dio pie a ningún tipo de acción para frenar nuestro camino hacia el fracaso. *La Fatal Ignorancia: la anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista* surgió como un segundo esfuerzo intelectual destinado a lograr ese objetivo. Escrito en 2008, el libro planteaba que el consenso en torno al sistema económico liberal en Chile se estaba resquebrajando con singular velocidad, y que la responsable central

de ello era la derecha económica, política y social, cuya anorexia cultural estaba pavimentando el camino para el establecimiento de una hegemonía ideológica estatista de desastrosas consecuencias. Era cuestión de tiempo, advertí, para que el modelo económico se pusiera abierta y públicamente en cuestión amenazando nuestra libertad, bienestar y paz social.

Los eventos de los últimos dos años han confirmado de manera alarmante las tesis y predicciones de ambos libros, especialmente de *La Fatal Ignorancia*. Por primera vez, en 2011 existió un rechazo concreto al sistema económico de libre empresa encarnado en una retórica rabiosamente antimercado que logró capturar y deformar el anhelo popular por un mayor progreso. Hablar de que «la batalla de las ideas está perdida» pasó a ser algo común entre insignes miembros de la derecha política y de la clase empresarial que entienden lo que está realmente en juego. Lamentablemente, ha tenido que llegar un punto de quiebre en el contrato económico-social forjado en los 90 para que más personas tomen consciencia sobre la gravedad de este fenómeno.

El porqué se ha perdido –por ahora– la batalla de las ideas es claro: en la última década y media, producto de la fatal ignorancia de la derecha, el proyecto estatista redistributivo no encontró resistencia más que aisladamente. Salvo excepciones, la centroderecha económica y política se dedicó a cosechar los beneficios del sistema económico liberal sin comprometerse con su defensa. Este cortoplacismo impidió que se advirtiera a tiempo la amenaza que se incubaba en el seno del sistema. Incluso hoy la naturaleza de esta amenaza parece incomprendida por una clase empresarial y política que ha mostrado

poco carácter y escasa claridad respecto a sus ideas. Pues la radicalización de la propuesta estatista era previsible, tanto por la lógica de sus premisas como por su necesidad de permanecer políticamente rentable.

La aceptación transversal de la lógica estatista redistributiva que cuestiona el sistema de libertad económica, en el mejor de los casos nos llevará a la creación de un Estado de bienestar asfixiante que probablemente habrá de quebrar en algunas décadas, y en el peor, al desarrollo de nuevos proyectos utópicos. En Chile esto último ya se observa en el resurgimiento de pretensiones de realizar una *tabula rasa* para instalar un nuevo orden económico y social. No se trata aquí solo de los comunistas, sino de un creciente número de académicos, estudiantes y parlamentarios. Algunos síntomas incipientes de este nuevo reformismo radical lo constituyen la pretensión de refundar la República mediante una nueva Constitución, el reclamo por la nacionalización de recursos naturales, la moralina antilucro y el histérico discurso de denuncia empresarial. Mientras todo eso ocurre, desde el gobierno, la centroderecha, sumergida en un pragmatismo suicida, endosa postulados estatistas forzando a la izquierda moderada a extremar aún más su posición. Paralelamente, desde su interior rebota el clásico populismo corporativista que definió a la derecha a lo largo de la historia de Chile y que se creía erradicado.

El escenario, sin duda, es anímicamente desolador. Sin embargo, todavía no es tarde para reaccionar. Existe en la sociedad chilena un terreno fértil para sembrar las ideas de la libertad, de la responsabilidad individual, del emprendimiento y del esfuerzo. Contrariamente a la convicción derrotista de la centroderecha política, todas

estas ideas son populares y electoralmente rentables. Si se saben transmitir, se puede ganar con ellas.

Pero además, aún se conservan relativamente intactos los pilares del sistema económico que nos permitió salir del pantano tercermundista que caracterizó nuestra historia nacional hasta hace 35 años. Estas dos son razones suficientes para que todos tomemos parte en la batalla intelectual y política en orden a evitar la destrucción de lo que con tanto esfuerzo se logró. Pues nadie quedará libre de las consecuencias si nuestra sociedad avanza por el camino de la odiosidad de clases, del populismo estatista y del sacrificio de nuestra libertad en el ensangrentado altar de la igualdad.

Quienes creen que hay algo de nuestro actual sistema político y económico asegurado ignoran totalmente el demoledor poder que las ideas tienen sobre la realidad. De paso eluden también su responsabilidad como guardianes de aquellos principios que sustentan su propio bienestar. Thomas Jefferson advirtió sobre el peligro de esta actitud. El precio de la libertad, sostuvo, es la eterna vigilancia, es decir, que hay que estar siempre dispuesto a defenderla. La reflexión de Jefferson recoge tal vez la más relevante de las lecciones que da la historia humana, una lección que Chile no puede darse el lujo de olvidar: que es solo el consenso en torno a un par de principios e ideas lo que hace posible nuestra vida en un orden civilizado donde prevalecen la paz, la libertad y el bienestar. Y que ese consenso, es aterradoramente frágil.

Heidelberg, enero de 2012

Prefacio

Es una realidad bastante evidente que Chile ha experimentado un proceso de (re)izquierdización desde la década del 90 en adelante. Proceso que parte de lo intelectual, atravesando lo político, lo económico y lo social. Basta una simple observación al cambio de eje que ha experimentado la discusión pública –de uno productivo a uno esencialmente redistributivo estatista– para darse cuenta de ello. Lamentablemente, en un país que ha hecho de las encuestas su fetiche nacional, los argumentos que no se apoyen en ellas tienden a no convencer a muchos cuya capacidad de observación se encuentra atrofiada. Por eso no me ha quedado más remedio que incluir algunos datos que reflejan el hecho indesmentible de que las ideas de izquierda, es decir, aquellas contrarias al sistema económico liberal y partidarias de un Estado interventor y redistributivo, son predominantes entre la población chilena. Los datos que expongo a continuación son meramente ilustrativos y pretenden dar cuenta simplemente del hecho de que, más allá de las diversas interpretaciones que se puedan hacer, existe hoy un terreno fértil para la siembra del discurso estatista a nivel popular. Discurso que ha recobrado vigor ante la pasividad amébica de la derecha chilena, enarbolándose nuevamente, como veremos con profundidad en la segunda parte de este libro, por amplios sectores de la clase política nacional con un

objetivo bastante definido: liquidar el sistema económico liberal de los Chicago Boys. Este es el nefasto camino que plantea la intelectualidad y la clase política progresista actual, el que solo puede recorrerse pagando con nuestra libertad y prosperidad. Socialistas moderados, socialistas descolgados y democratacristianos, todos apuntan en esa dirección. Y lógicamente, la masa, cuya opinión se define a partir de lo que transmiten sus líderes políticos e intelectuales, se suma a este anhelo estatista igualitario. Veamos los siguientes datos.

En 1990, recién comenzados los gobiernos de la Concertación, solo el 18% de los chilenos decía que el ingreso debía ser más igualitario, y un 22% pensaba que este tenía que ser entendido como un incentivo para superarse. Casi dos décadas de gobiernos y prédica socialista después, el 34% dice que el ingreso debe ser más igualitario –casi el doble que en 1990– y un magro 8% –menos de la mitad– cree que el ingreso debe ser un incentivo para hacer las cosas mejor en el trabajo.[1] Según encuestas realizadas a principios del gobierno socialista de Ricardo Lagos, las peores desigualdades para los chilenos son las de ingresos, con un 34%, y luego las de educación, con un 30% que, como sabemos, son derivadas de la primera. A ello se suma un 76% de chilenos que cree que el desarrollo económico ha beneficiado solo a una minoría y a un magro 13% que ve en él la herramienta para eliminar la pobreza. Al mismo

[1] Véase la ponencia de José Miguel Izquierdo en *¿Chile en crisis?*, seminario organizado por el Movimiento Humanista Cristiano junto al Centro de Innovación Pública de la Universidad Santo Tomás y patrocinado por la Fundación Jaime Guzmán E., Santiago, 14 de julio de 2007. Editorial JGE, Santiago, 2008.

tiempo, un 60% piensa que la distancia entre pobres y ricos se agranda, de modo que habrá más pobres dentro de los próximos 20 años y un 70% afirma que es inútil atacar la desigualdad en la educación si no se resuelven las desigualdades económicas.[2] Los responsables de las desigualdades son, en primer lugar, el Estado, con un 76%, luego los empresarios, con un 69% y finalmente el individuo, con un 53%.[3]

De los estudios citados se concluye, entre otras cosas, que para la mayor parte de los chilenos el Estado es responsable de las desigualdades en el sentido de no intervenir para corregirlas, mientras los empresarios son responsables en el sentido de generarlas. Una encuesta de fines de 2008 ratifica esta conclusión: la mayoría de los chilenos está de acuerdo o muy de acuerdo en que el Estado tenga empresas de utilidad pública (71,6%); que exista una AFP estatal (67,2%); que aumenten los bancos estatales (65,7%); y que el transporte público esté en manos de una empresa estatal (58,1%). Del mismo modo, la mayoría de los encuestados (52,9%) dijo ser partidario de que todas las universidades pasen a manos del Estado y de que exista una cadena de supermercados

---

[2] Véase *Percepciones culturales de la desigualdad*, estudio realizado por el Departamento de Sociología de la Universidad de Chile y la Unidad de Estudios Prospectivos de Mideplan en el período 1999-2000. Disponible en: <http://www.mideplan.cl/admin/docdescargas/centrodoc/centrodoc197.pdf>. Última visita: 03/03/2009. A este informe dedicaré un capítulo especial en la segunda parte del libro, en el que analizaré la lectura marxista que hace de la realidad social chilena y sus radicales planteamientos antiliberales como eje programático del progresismo.

[3] *Ibid.*

estatal (51,9%).[4] El gobierno socialista de Bachelet, con su visceral desconfianza en la libertad, por supuesto celebró la noticia: «puede ser que la gente esté viendo en el Estado la garantía para enfrentar las barbaridades y el salvajismo del liberalismo económico», dijo el entonces ministro vocero de gobierno Francisco Vidal.[5]

A usted podrá parecerle increíble que después del fracaso estrepitoso de los sistemas estatistas y del éxito arrollador de lo que se llamó «capitalismo popular», la mayoría de quienes han sido precisamente los beneficiados del sistema económico liberal, es decir, la masa de chilenos, piense que el Estado empresario e interventor debe regresar en gloria y majestad. Pero esto no es raro, es más, es absolutamente entendible e incluso era previsible. Lo que pasa es que desde que retornó la democracia al país, la derecha chilena –política, económica y social– nunca realizó un trabajo de penetración cultural e ideológica para consolidar las ideas liberales sobre las que se basa nuestro sistema de mercado. Cómo será el fracaso en esta materia que ni siquiera ha sido capaz de articular un auténtico proyecto político en dos décadas. Y la razón por la que no lo ha hecho es bastante simple: la derecha chilena, salvo escasas excepciones, no entiende ni cree en el poder de las ideas y de la cultura como factores decisivos de la evolución política, económica y social. Suele reducir sus categorías de análisis a lógicas productivas, técnicas e incentivos, olvidando

---

[4] La encuesta fue realizada por la Universidad Diego Portales. Véase: <http://www.udp.cl/comunicados/1208/10/encuesta.htm>. Última visita: 03/03/2009.

[5] Véase <http://www.lanacion.cl/prontusnoticiasv2/site/artic/20081218/pags/20081218141847.html>. Última visita: 01/03/ 2009.

que el ser humano se mueve fundamentalmente por las creencias, prejuicios, estereotipos, valores e ideas que le transmite el colegio, la iglesia, la familia, la universidad, la televisión, los libros, el teatro, la música, etc. Todo ese espacio en que la persona forja su identidad y las creencias que definirán sus acciones es lo que se suele llamar cultura. Este es el campo de batalla por excelencia de cualquier proyecto político y social. Es a través de las creencias e ideas difundidas en ese espacio donde se ganan los apoyos de las mayorías. La derecha, que no entiende lo anterior, ha dejado que la izquierda acapare la cultura casi sin contrapesos permitiéndole instalar su mensaje. Esa es la fatal ignorancia de la derecha chilena: no entender que la cultura y el mundo intelectual son decisivos en la batalla por las ideas y que del resultado de esa batalla depende finalmente el de la lucha política y en consecuencia el destino del país.

En esto no hay que equivocarse: sin ideas de derecha no hay ni política ni economía de derecha. Así de sencillo. Si se abandona la cultura al predominio de las ideas socialistas nadie puede quejarse después de que el país es cada vez menos libre, que la economía se estanca, que los sindicatos paralizan empresas, que los impuestos son muy altos y suma y sigue. Y aunque parezca difícil de creer, el avance de las ideas socialistas en Chile se debe en parte importante a que no se ha dado como corresponde la batalla por la cultura. No se ha ofrecido una alternativa real y menos un proyecto político con contenido. Y es que al sector encargado de este trabajo no le interesa este tema, peor aún: suele despreciar todo lo que huela a cultura y ese tipo de cosas «inútiles». Si el pecado original de la izquierda en el mundo, como

dijo Hayek, es la arrogancia, el de la derecha chilena, que tiene una capacidad tremenda para muchas cosas pero fracasa rotundamente en esta materia, sin duda es la ignorancia. Aunque de buena fe, esta ignorancia resulta nociva para el bienestar del país, pues sin un inteligente e intenso trabajo de penetración cultural no puede mantenerse a flote el sistema económico liberal que ha permitido enriquecerse a todos, desde el más rico al más pobre. Sin la lucha por la imagen, es decir, por el prestigio del sistema, el avance progresista es incontrarrestable y con él nuestro empobrecimiento y pérdida de libertad.

Para contener esta amenaza, la derecha chilena y en general quienes aspiran a una sociedad más libre y próspera, deben entender que el factor de mayor gravitación en la evolución social y económica de un país son las ideas y los intelectuales. Basta con detenerse un instante en el siglo XX para observar algo tan simple. En él las doctrinas hermanas nacionalsocialista y marxista amenazaron, cada una a su turno, con destruir por completo la civilización occidental. Y fueron también las ideas las que evitaron esa destrucción y no, como se suele creer, una suerte de justicia poética –el bien siempre termina prevaleciendo sobre el mal– ni la predestinación histórica. No, lo que evitó el triunfo final de las tiranías socialistas fue el arduo trabajo de millones de seres humanos que dieron la batalla porque creían en la libertad.

Hoy en día muchos parecen haber olvidado que, como la del comunismo, la historia del nazismo es fundamentalmente la historia de las ideas. Ni los regímenes comunistas ni Hitler habrían sido posibles si no se

hubiera verificado antes un largo y progresivo retroceso de las ideas liberales irradiadas desde Inglaterra hacia el este, y en particular del elemento individualista sembrado por el cristianismo y consolidado en el Renacimiento. Es ese elemento, que hoy vemos cargado de un insano y falso estigma de inmoralidad, el que se encuentra en el eje de la lucha ideológica más feroz que haya presenciado la historia humana y será siempre su subsistencia o aniquilamiento el factor que inclinará la balanza hacia la libertad y el progreso o hacia la tiranía y la decadencia.

El rol que jugaron las ideas, es decir, la filosofía y los intelectuales en el ascenso del nazismo en Alemania y el esparcimiento del socialismo en el mundo no puede ser subestimado. Hayek acierta absolutamente cuando dice que el nacionalsocialismo no fue una simple revuelta contra la razón, ni un movimiento irracional sin trasfondo intelectual alguno. «Si fuera así –sostiene–, el movimiento sería mucho menos peligroso de lo que es. Pero nada más alejado de la verdad ni más engañoso. Las doctrinas del nacionalsocialismo son la cima de una larga evolución ideológica, de un proceso en el que han participado pensadores que ejercieron una gran influencia mucho más allá de las fronteras de Alemania. Se piense lo que se quiera sobre sus premisas de partida, lo cierto es que los hombres que engendraron las nuevas doctrinas, escritores vigorosos, han dejado la impronta de sus ideas sobre el pensamiento europeo entero. Desarrollaron su sistema con rigurosa consecuencia, y una vez que se aceptan las premisas iniciales no es posible escapar a su lógica. Es, simplemente, el colectivismo, libre de todas las huellas

de una tradición individualista que pudiera embarazar su realización».[6]

En Chile, desgraciadamente, esta realidad es ignorada y despreciada por quienes debieran asumir un rol protagónico en la defensa y difusión de las ideas de libertad necesarias para lograr un auténtico progreso económico y social. Es bastante obvio –para qué nos engañamos– que las élites económicas, sociales y políticas de derecha desprecian peligrosamente todo quehacer intelectual a excepción de aquellos rentables en dinero como la economía y ciertas áreas del derecho. La verdad es que, con pocas excepciones, el tema intelectual y cultural simplemente no interesa en los círculos de derecha, lo que explica el hecho de que una parte fundamental de la clase dirigente –precisamente la encargada de promover las ideas liberales– presente serias limitaciones en la comprensión de los fenómenos sociales que la rodean. Ese desprecio por lo intelectual ha generado un efecto perverso: a pesar del inmenso poder económico del sector calificado como «derecha», la hegemonía cultural en Chile la ejerce fundamentalmente la izquierda.[7] En otras palabras, la izquierda influye mucho más sobre las mentes y emociones de las

---

[6] Friedrich Hayek, *Camino de Servidumbre*, Alianza, Madrid, 1985, pp. 206-207.

[7] Respecto a la utilización del calificativo «derecha» me parece que en rigor es inapropiado, pues a mi juicio no puede hablarse de la existencia de una «derecha» chilena y menos latinoamericana. Esto porque no existe una fuerza de ideas orgánica e identificable como «derecha» de la manera como la hay en la izquierda. Sin embargo, daré en este libro al término «derecha» el uso común, de modo de no confundir al lector.

personas que la derecha, y por tanto también sobre su forma de votar.

La hegemonía cultural de la izquierda ha permitido que sus ideas hayan ganado valioso terreno en los ámbitos más diversos a expensas de espacios de libertad y de ciertos valores fundamentales para la conservación de una sociedad sana y pujante. El eslogan de la igualdad es el mejor ejemplo. Este se ha establecido de manera acrítica y transversal en la discusión pública chilena, causando un daño tremendo a la imagen de las élites –que sin entender lo que hay detrás, incluso lo reafirman– y cambiando el eje de las políticas públicas hacia un tipo de modelo corrector de desigualdades que ha fracasado hasta la saciedad.

La derecha no advierte el sutil avance de la odiosidad de clases que se ha nutrido de la desigualdad económica y social existente en el país y la región para recobrar vigor. Preocupados solo de la macroeconomía, marco en el cual se define su éxito económico, han descuidado cuestiones domésticas como los ideologizados programas de educación en colegios públicos, la restauración de símbolos socialistas de los más diversos tipos, legislaciones de claro cuño «antiburgués» y, en general, las diversas vías que se han abierto para lograr la reconstrucción y difusión del ideario socialista en su versión moderna.

Así las cosas, uno de los propósitos de este libro es remecer, si acaso eso fuere posible, a las élites de derecha, sean liberales o conservadoras, para sacarlas de la peligrosa pasividad intelectual en la que se encuentran. Para ello explicaré con mayor profundidad el enorme rol que juegan las ideas como modeladoras de la realidad, la función trascendental que cumplen los intelectuales en

ese mismo sentido y advertiré de paso sobre los riesgos que conlleva descuidar esta dimensión.

Intentaré, por lo tanto, aunque parezca ilusorio, invitar a tomar conciencia sobre este asunto tan ajeno a las preocupaciones de la vida diaria pero de tanto impacto sobre nuestro destino. No hay que equivocarse: los efectos de la derrota cultural –así ocurre con las ideas– emergen de manera paulatina, transformando sigilosamente la realidad social hasta hacerla irreconocible.

Como el lector ya habrá advertido, este no pretende ser un libro contingente que abarque cuestiones políticas del momento, aunque ocasionalmente se haga referencia a ellas. La alusión a las encuestas no constituye en ningún caso un aspecto esencial de este ensayo, sino solo un marco que sirve para contextualizar la discusión. La tesis central del libro, por tanto, trasciende alcances particulares apuntando a una realidad válida en todo tiempo y lugar, a saber: que son las ideas y los intelectuales a través de la cultura quienes definen la evolución social, política y económica de un país. En consecuencia, lo que se diga hoy será una plataforma para las discusiones del futuro. El tiempo dirá qué tan relevante ha sido este aporte en la batalla de las ideas y si logró o no modificar en algo la fatal ignorancia que campea en amplios círculos de liderazgo económico y político. En todo caso, en lo que a este esfuerzo respecta, me basta con una certeza para sentirlo plenamente justificado: es imposible ganar una batalla que no se pelea.

Santiago, abril de 2009

Es indudable que las creencias morales y religiosas pueden destruir una civilización y que, cuando tal tipo de doctrinas prevalecen, no solo los más excelsos ideales metafísicos, sino también los líderes morales más venerables –figuras a veces de indiscutida santidad, cuyo altruismo se halla más allá de toda sospecha– pueden convertirse en graves peligros para valores que también la gente considera inquebrantables.

FRIEDRICH VON HAYEK

El poder político de las ideas filosóficas, muy a menudo de ideas filosóficas dañinas, inadecuadas o derechamente tontas, es un hecho que bien puede deprimirnos e incluso aterrarnos y, efectivamente, podría decirse que casi todas nuestras guerras son ideológicas: guerras religiosas o persecuciones ideológicas.

KARL POPPER

Capítulo I
El ignorado poder de las ideas

Dos ejemplos concretos: la idea del «buen salvaje» en la relación Europa-América Latina y la influencia de Francis Bacon en la Revolución Industrial

Decidí comenzar el libro con dos ejemplos concretos de cómo las ideas, la filosofía y los intelectuales influyen en la realidad y en el curso de la historia para abrir de golpe los ojos a aquellos que creen que el mundo intelectual es inútil y no merece mayor preocupación. Partamos con la primera idea.

A cualquiera que conozca algo de la imagen que los europeos tienen de nuestro continente no puede dejar de resultarle curiosa esa fascinación que históricamente han experimentado con nuestros proyectos revolucionarios. Su amor por guerrilleros sanguinarios como el Che Guevara, su idolatría nauseabunda por tiranos como Fidel Castro y su abierta simpatía por gobernantes con vocación autoritaria como Evo Morales y Hugo Chávez dan cuenta de este fenómeno. No es un misterio que en Europa todo proyecto revolucionario y dictatorial latinoamericano que no sea calificado de «fascista» genera una especie de hipnotismo acrítico, concitando simpatías de forma bastante transversal. Detrás de todo esto se

esconde una idea que ha sido catastrófica para nuestro continente y que ha sido potenciada por diversos intelectuales en la historia, extendiéndose con singular virulencia por el mundo desarrollado europeo. Se trata de la idea del «buen salvaje», la que se remonta a tiempos del descubrimiento de América. Como recuerda Carlos Rangel en una obra que debiera ser lectura obligada de todo latinoamericano más o menos letrado, en la época del descubrimiento cierta teología afirmaba que Dios no había destruido el paraíso sobre la Tierra y que este se encontraba en alguna isla o lugar perdido en el Mundo.[8] En esta isla no habría enfermedades ni vejez, ni males de ningún tipo. Sería un Nuevo Mundo no corrompido por la civilización y poblado de seres que no conocían el mal, es decir, de «buenos salvajes». El «buen salvaje» sería un hombre en estado puro de inocencia viviendo en total armonía con la naturaleza y los demás en comunidades en que, como decía un entusiasta Montaigne, no había ricos ni pobres ni superioridad política alguna y no se conocían palabras como traición, mentira, avaricia o envidia. Era el ser humano antes de la caída, un ser no pervertido por la civilización europea que Rousseau denunciaba como el *summum* de la decadencia. Un ser sin aquellas pasiones que justifican la existencia de leyes y sin nociones de propiedad privada responsable, según el mismo Rousseau, de dar inicio a la execrable civilización con todas sus guerras, desigualdades y atrocidades.[9]

---

[8] Véase Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1982.

[9] Sobre este tema resulta de gran interés el discurso de Rousseau titulado *Sobre el origen y fundamento de las desigualdades entre los hombres,* en el cual se encuentran una serie de elementos recogidos posteriormente

Esta idea del «buen salvaje» es, según Rangel, la responsable del complejo de culpa que hasta hoy tienen los europeos respecto del rol que jugaron en los países del Tercer Mundo y particularmente en América Latina. Ellos habrían venido a «contaminar» con su despreciable civilización a los buenos salvajes, a pervertirlos y a destruir su inocencia importando las despreciables leyes e instituciones corruptas y antinaturales como la propiedad privada, antes inexistente en América y ahora fuente de todas las desigualdades y males sociales. La propiedad privada impediría el derecho natural al goce igualitario de todos los bienes y frutos de la Tierra, cual era la situación antes de la caída y antes de la conquista europea de América.

Como era de esperar, toda esta mitología alimentó a caudillos latinoamericanos, en todas las épocas, que abogaban por una «igual repartición de la riqueza» como forma de resolver los problemas entre los hombres. En ese intento por derrocar el orden corrupto impuesto desde afuera, el «buen salvaje» se convierte en el «buen revolucionario», un ser que lucha por librarse del virus decadente traído por los europeos y más tarde por los norteamericanos. El «buen revolucionario» sería el descendiente indígena de los habitantes primitivos que poblaban estas felices tierras antes de que los europeos comenzaran su saqueo y sembraran la corrupción, y que cual Robin Hood lucha por reestablecer el orden natural y puro.

Aunque usted no lo crea, todas estas patrañas, cultivadas por pensadores de la talla de Rousseau, forman

---

por las corrientes socialistas y marxistas, entre los que destaca una visceral condena a la propiedad privada.

parte de la visión europea sobre América Latina hasta el día de hoy. Y las consecuencias de estas falsas ideas, promovidas por hordas de intelectuales europeos y latinoamericanos, no son menores. Desde escándalos a raíz de la película de Mel Gibson *Apocalypto*, que enfrentó de manera directa y gráfica a los europeos con la obscena crueldad de los aztecas, pasando por la abierta adoración de dictadores y la simpatía por caudillos populistas, hasta un directo aporte de capitales europeos a los brazos más extremos de los movimientos indigenistas latinoamericanos. Sin ir más lejos, en el caso de Chile los grupos extremistas que conforman la Coordinadora Arauco Malleco reciben apoyo directo desde España, Francia, Holanda y otros países que ven a los indígenas como «explotados» y «discriminados» por el sistema «neoliberal» contra el cual luchan heroicamente para evitar su extinción como cultura. En Europa se muestran documentales de ciudad en ciudad sobre el tema mapuche, pidiendo colaboraciones en dinero para la causa que toca la fibra de los acomplejados europeos. En las pantallas y disertaciones se ven indígenas agredidos por la policía, detenidos y sufrientes, víctimas de grandes consorcios forestales que pretenden arrebatarles todas sus tierras.

El tema mapuche en Europa goza de una popularidad de la que un chileno poco informado se sorprendería. Es un tema de moda entre intelectuales y círculos académicos. El llamado del escritor portugués y Premio Nobel de literatura José Saramago a principios del gobierno de Bachelet, el año 2006, invitándola a «mirar a los mapuches», dice bastante sobre el posicionamiento de este asunto en la agenda intelectual europea. Y esto no es nuevo. Ya en 2002 la exprimera dama francesa Danielle

Mitterrand se había dado el lujo de criticar al entonces presidente Ricardo Lagos por la detención de mapuches que habían bloqueado carreteras para detener la construcción de la central hidroeléctrica del Alto Biobío.

Así se exacerba desde Europa el violentismo mapuche; el que, por supuesto, como dice en un artículo de la edición chilena de *Le Monde diplomatique* el antropólogo Rosamel Millamán, no es más que una lucha legítima contra el sistema «neoliberal» impuesto en la dictadura militar con el fin de recuperar sus «derechos ancestrales».[10]

Estas son solo algunas muestras del legado de la idea del «buen salvaje» que los europeos han cultivado por siglos y que los ha llevado a aplaudir y apoyar dictaduras, movimientos terroristas y revoluciones, en el pasado y también hoy. Cosas como las descritas más arriba son enseñadas en las universidades y colegios, donde los alumnos, puestos en manos de la intelectualidad progresista que predomina en Europa, aprenden a sentir culpa y a justificar los intentos por recuperar ese paraíso perdido en que vivían los antiguos primitivos latinoamericanos. Algunos incluso vienen a nuestro continente a integrarse a estos grupos de «redentores».

El daño de estas ideas «buensalvajistas» ha sido efectivo y concreto para nuestro continente y continúa causándose año a año estimulado, como dice Jean-François Revel en el prólogo del libro comentado, por el uso que

[10] Véase Rosamel Millamán, «La confrontación mapuche contra el sistema neoliberal chileno», en *Le Monde diplomatique*, «Historia y luchas del pueblo mapuche», Editorial Aún Creemos en los Sueños, Santiago, 2008.

los europeos históricamente han hecho de América Latina como «apoyo de fábulas». De esta forma, aun cuando sin duda seamos los latinoamericanos los primeros responsables de la propagación de mitos nefastos, Europa hace su parte ofreciéndonos un estímulo prodigioso en el hecho que los espejismos de nuestra imaginación y las excusas que nos forjamos «son devueltas del extranjero, estampados con un certificado de autenticidad de conciencia universal».[11]

La idea del buen salvaje, que además se avino muy bien con teorías imperialistas como las que ha esparcido el uruguayo Eduardo Galeano,[12] y según las cuales nuestra pobreza se debe a la explotación por parte de países desarrollados y la riqueza de ellos se explica por lo que nos han succionado, ejerce hasta el día de hoy una influencia real. Ella permite explicarnos en parte fenómenos completamente actuales como el del *lobby* mapuche en Europa, y nos da luces para entender esa irracional fascinación con la que los europeos miran a Latinoamérica. Aunque sea difícil creerlo, la idea del «buen salvaje» en ese contexto se encuentra quizás tan vigente como hace cinco siglos. Siguiendo su desprecio ancestral por el conocimiento auténtico de nuestro continente, muchos europeos se encuentran convencidos de que los terroristas mapuches en el sur de Chile son pobres víctimas de la represión y discriminación de grandes y poderosas corporaciones forestales y del Estado

[11] Carlos Rangel, *op. cit.*, p. 13.

[12] Sobre este punto hablé con mayor detención en mi anterior libro *El Chile que viene,* donde expliqué los efectos y la raigambre marxista de las teorías imperialistas que campean en América Latina.

chileno, aún capturado por el modelo «neoliberal» de Pinochet. Por eso los financian y defienden en sus ataques terroristas, que ven como una salida desesperada a la cruenta persecución racista de quienes solo buscan ser respetados en su pureza ancestral, libres de las corrupciones de la civilización capitalista. De esta forma, el agricultor en Temuco que pierde su casa producto de un atentado incendiario de grupos financiados desde Europa es mucho más víctima de ideas acuñadas hace cinco siglos de lo que pudiera llegar a imaginar.

Veamos ahora brevemente otra idea que fue clave en el desarrollo de Occidente y que no tiene nada que ver con el mito del «buen salvaje». Pocos conocen la influencia que tuvo el filósofo inglés Francis Bacon en el desarrollo de la revolución industrial. Bacon, creador de la teoría de la inducción, fue el primero en prometer que la liberación de la humanidad se lograba a través del conocimiento. Según él, a través de la ciencia el hombre alcanzaría la felicidad, un futuro esplendoroso logrando superar, entre otros, los males de la pobreza. Esta idea de la autoliberación material a través del conocimiento, como apunta el filósofo austriaco Karl Popper, constituyó el chispazo inicial de la revolución industrial inglesa, que en primera instancia fue una revolución filosófica y religiosa.

La promesa de Bacon, dice Popper, «estimula la empresa y la confianza en sí mismo. Alienta a los hombres a depender de sí mismos en la búsqueda de conocimiento y de esta manera a independizarse de la revelación divina y de antiguas tradiciones».[13] Bacon fue así el portador

[13] Karl Popper, «La influencia de las ideas filosóficas en la historia de Europa», en *Revista Estudios Público*s, n.º 2, Santiago, 1981, p. 193.

del mensaje de la Ilustración que cortó con la creencia cristiana tradicional según la cual había que esperar la otra vida para disfrutar del porvenir. A partir de Bacon el lema pasó a ser el clásico dicho de que «Dios ayuda al que se ayuda a sí mismo». La promesa de poder y riqueza estaba hecha y la civilización europea la asumió extendiéndose en el mundo entero.

El ejemplo de Bacon nos permite entrar en la que según Popper es la idea de mayor importancia histórica y sin la cual, por cierto, Occidente no sería lo que es hoy y ni usted ni yo estaríamos donde estamos. Se trata de la idea que tan bien expresó Platón en su alegoría de la caverna, según la cual los seres humanos podemos conocer la verdad absoluta, idea que hoy sabemos falsa, pero que definió el curso de la evolución occidental como ninguna otra. Platón la había formulado en *La República*, donde sostuvo que todos conocíamos la verdad antes de nacer pero que al llegar a este mundo simplemente la olvidábamos y solo teníamos imágenes difusas de ella. Se trata, entonces, según Platón, de utilizar la razón para ver más allá de las sombras y reconocer así la verdad. Este optimismo epistemológico resurge en el Renacimiento y con Bacon como uno de sus máximos exponentes. Rechazando el trabajo especulativo como fuente del conocimiento –esto es, la idea según la cual la verdad se puede conocer sin necesidad de observar la naturaleza–, Bacon propone la observación de la naturaleza como la forma de establecer leyes y como única fuente del conocimiento científico. Una vez conocida la verdad por esos medios, esta merecía absoluto respeto. Así, Bacon no solo dio un giro en las formas de conocimiento de la época, sino que además hizo del respeto por las verdades científicamente

reveladas casi un objeto de culto que ningún misticismo podía discutir, con lo cual inició una revolución científica sin precedentes en la historia humana. Para Voltaire, Bacon fue uno de los más grandes hombres de la historia, un filósofo que luchó contra la ignorancia de las universidades y quien inauguró, no solo la filosofía, sino también la física experimental. Según Voltaire, incluso las tesis de Newton habían sido ya sugeridas por Bacon. Para el filósofo francés la relevancia de Bacon en la historia es gigantesca: antes de él casi todos los descubrimientos habían sido obra del azar.[14]

Las dos ideas que he tratado brevemente bastarían para sepultar cualquier argumento que negara la importancia de los intelectuales y las ideas en el desarrollo de la historia humana. En lo que sigue de esta primera parte del libro voy a profundizar en el análisis explicando la forma en que el mundo de las ideas y de la cultura, tan despreciados por los sectores de derecha en Chile, operan sobre las mentes de los hombres –la suya y la mía– determinando sus acciones y opiniones, advirtiendo de paso sobre el hábil uso que la izquierda hace de esta dimensión.

La derecha y el peligroso desprecio por la filosofía

A pesar de haber superado hace tiempo el umbral de bienestar necesario como para dedicar más tiempo y recursos a temas intelectuales y culturales, nuestra élite

[14] Véase: Voltaire, «Sobre el canciller Bacon», en: *Cartas filosóficas y otros escritos*, Sarpe, Madrid, 1983, pp. 60-63.

social y económica no ha desarrollado un interés serio por fomentar lo intelectual. Ni siquiera ha aumentado sustancialmente sus esfuerzos por cultivarse a sí misma, lo cual queda en evidencia en muchos casos con una simple conversación. Particularmente sorprendente resulta el que personajes connotados del mundo de los negocios, abogados, empresarios o políticos, demuestren serios problemas al enfrentarse con temas que trasciendan lo que Hegel llamó «vida concreta», como si fueran súbitamente arrojados a un inmenso y árido desierto.

Este provincianismo intelectual, que consiste en creer que el mundo se reduce a lo que conocemos, es un rasgo característico de aquella etapa en la cual los temores alimenticios nos impulsan a concentrar todas nuestras energías en acumular riqueza. En el caso de buena parte de la élite chilena, la superación de la etapa materialista –esa en que desesperadamente luchamos por asegurar nuestra subsistencia– no se ha traducido aún en el desarrollo de una consciencia reflexiva, ni menos en un cambio sustancial de hábitos intelectuales. Lo cierto es que muchos de sus integrantes viven una realidad posmaterialista en los hechos –la plata ya está, por lo que dejó de ser una urgencia–, pero conservan una mentalidad materialista bastante primaria –siguen persiguiéndola como si fuera lo más importante en la vida–. Son las mismas personas que luego suelen quejarse cuando las cosas andan mal, pero que no hacen mucho por cambiarlas.

No debemos engañarnos: las élites chilenas, pudiendo destinar muchísimos más recursos al consumo de cultura y sobre todo a asumir un rol crucial en la definición de las ideas dominantes en la sociedad, salvo honrosas excepciones, le deja ese campo a la izquierda.

Y se lo deja, como hemos dicho, porque en estos círculos el mundo de las ideas y de la cultura en general es despreciado por ser «inútil». Víctimas de ese arraigado prejuicio son carreras universitarias como sociología, filosofía, ciencia política, historia, arte o antropología, las cuales son mal vistas e incluso llegan a ser prohibidas a los jóvenes que ocasionalmente se manifiestan interesados en ellas.

Este, por cierto, es un error gigantesco que implica no entender la utilidad y el poder político y social que tienen las ideas, cuyos profesionales, denominados «intelectuales», son capaces de cambiar el curso de la historia para bien y las más de las veces para mal. La venta de camisetas y pósteres con la cara de Marx exclamando: *Sorry guys, it was just an idea*, es mucho más significativa de lo que podría pensarse. Y es que las ideas de este personaje, que gustaba describirse a sí mismo como ratón de biblioteca –el paradigma del inútil, diríamos en Chile–, influyeron decisivamente en la historia de la humanidad, tiñéndola de crímenes, miserias y atrocidades. Y no hay duda de que su legado perdura, aunque con otros rostros, hasta hoy. Como él, legiones de pensadores menos conocidos han formateado el curso de la historia contribuyendo así a definir nuestra suerte. Por eso, la común afirmación según la cual la filosofía es inútil es extremadamente peligrosa, porque la Filosofía, la ciencia de las ideas por llamarla de alguna forma, o es útil o trasciende a la utilidad, pero en ningún caso es inútil. De hecho, esta «inútil» disciplina es la responsable de los más grandes avances y de las peores catástrofes de la historia.

Jacques Maritain, el pensador católico más importante del siglo XX, era categórico en esta materia. Él era un

convencido de que las ideas mueven a los hombres y que, por tanto, la lucha por las ideas es algo que jamás se debe descuidar. Sobre la importancia de la filosofía en la vida de personas como usted y como yo, Maritain es enfático:

> Nuestras decisiones prácticas dependen de la postura adoptada ante las cuestiones últimas, sobre las que el pensamiento humano es capaz de preguntarse. Por esta razón, los sistemas filosóficos –que no se dirigen hacia una utilidad y aplicación prácticas– producen, como indiqué al principio, un impacto sobre la historia humana.[15]

Ni usted ni yo necesitamos dedicarnos a la filosofía para que esta determine nuestra forma de pensar. Basta con que otros lo hagan y nosotros estemos expuestos a sus ideas a través de la literatura, la televisión, la prensa, la iglesia, la universidad, para que pensemos de cierta manera y tomemos ciertas decisiones. Así, por ejemplo, la mayoría de los católicos nunca ha leído a Santo Tomás de Aquino, pero sin saberlo muchas de sus posturas frente a temas de gran sensibilidad pública –aborto, divorcio, píldora del día después– están influidas por las obras de este pensador que vivió en el siglo XIII. Lo mismo pasa con todo tipo de filosofías e ideas. Estas influyen por una razón muy simple que el mismo Maritain se encarga de explicar: los seres humanos «pensamos antes de obrar y nada puede limitar el orden del pensamiento».[16]

El problema es que nuestro pensamiento no tiene limitaciones; la fantasía y la imaginación dan para cualquier

---

[15] Jacques Maritain, *Utilidad de la filosofía*, Ediciones Morata, Madrid, 1962, p. 23.

[16] *Ibid.*

cosa. Aquí se encuentra la esencia del poder destructivo o constructivo que encierran las ideas y los sistemas de ideas. Al ser las posibilidades del pensamiento humano inagotables, es inevitable que surjan ideas desquiciadas que se intenten llevar a la práctica, lo cual constituye una amenaza permanente y concreta para el bienestar de las sociedades y del ser humano. Ideologías como el nacionalsocialismo y el marxismo son clarísimos ejemplos de ello. En ambos casos, la ruptura radical con las ideas que habían permitido el progreso hacia sociedades más libres y modernas fue conducido primordialmente por pensadores cuyas nuevas teorías penetraron primero universidades y luego estructuras políticas y sociales. Ambas ideologías concibieron la posibilidad de crear mundos perfectos a través del poder. Fueron doctrinas, cuerpos de pensamiento, que no vieron limitación alguna en el poder de sus ideas y al hacerlo ciertamente demostraron dicho poder, pero en su dimensión más macabra.

Este poder de las ideas y de la cultura como espacio para difundir ideas es algo que la izquierda siempre ha tenido muy claro, desde Marx en adelante. Marx, como usted recordará, criticaba a los filósofos de su época por limitarse solo a «explicar el mundo», es decir, por no usar la filosofía y las ideas como herramienta de poder con el fin de influir sobre los intelectuales y las masas. En la décima tesis sobre Feuerbach lo dice sin rodeos: «Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de diversas maneras; de lo que se trata es de transformarlo».[17]

[17] Este aspecto de la filosofía marxista parece contradictorio con el historicismo que profesa. Lo que no resulta discutible en todo caso, es que el marxismo promueve un abierto activismo intelectual.

Para quienes siguen vertientes socialistas, cualquiera sea su naturaleza, la filosofía, y por tanto las ideas, son un instrumento de poder. En otras palabras, las ideas son esencialmente útiles y su objeto es el poder y no reflejar la verdad. Esta forma de concebir la filosofía nos permite entender por qué la izquierda ejerce tan abrumadora hegemonía en el campo de lo intelectual y cultural alrededor del planeta: se trata de estrategias para asegurarse una plataforma de poder real, fundamentalmente político.

Penetrar la cultura es así un objetivo estratégico de todo socialista. Por eso buscan infiltrarse en todo orden de instituciones como forma de esparcir sus ideas para que la gente que las integra comience a actuar de acuerdo a ellas. Irving Kristol, pensador conservador de notable influencia en los Estados Unidos, nos advierte que un pequeño cambio en los cuadros intelectuales puede producir transformaciones relevantes haciendo sal y agua lo que creíamos más sólido. Advirtiendo sobre el poder imperceptible pero potencialmente letal de las ideas, Kristol dice:

> La verdad es que las ideas son absolutamente importantes. Las masivas y aparentemente sólidas instituciones de cualquier sociedad –económicas, políticas y religiosas– están siempre a merced de las ideas en la cabeza de las personas que pueblan estas instituciones. La influencia de las ideas es tan grande que un mínimo cambio en el clima intelectual puede transformar –quizás lentamente, pero de manera inexorable– una institución conocida en algo irreconocible.[18]

---

[18] Irving Kristol, «Utopismo antiguo y moderno», en *Revista Estudios Públicos*, n.º 33, Santiago, 1989, p. 16.

Lo que Kristol advierte en este pasaje es cómo ciertos valores e instituciones que se estiman fundamentales para el sano desarrollo de la sociedad –familia, Iglesia, Estado, etc– pueden verse súbitamente contagiadas por nuevas ideas o bien ideas ya superadas, cercenando el resorte de valores sobre el cual descansan. Una institución funciona bien en la medida en que la ética que inspira a quienes la integran, es decir, sus valores e ideas, permanecen vigentes. Y para ello se requiere de personas que defiendan dichas ideas y valores permanentemente, de manera tal que no sean desplazados por *antivalores*. Por eso Kristol llama a preocuparse de los cuadros intelectuales, pues es ahí donde toman forma nuevas ideas que van irradiando sutilmente las fuerzas sociales hasta «hacer de la sociedad algo irreconocible».

Siguiendo esta línea argumental podemos decir que los peores enemigos y a la vez los mejores guardianes de las instituciones son los intelectuales. A ellos me referiré especialmente en un capítulo aparte. Antes me interesa profundizar en la utilidad que el progresismo de izquierda atribuye a las ideas como factor movilizador de masas, de poder político, pues me parece que es esencial para entender su obsesión por la hegemonía cultural, así como la ventaja que ha logrado en esta materia.

La izquierda y las ideas: el lenguaje como arma política

En el capítulo anterior vimos que para la izquierda las ideas son instrumentos que tienen por objeto transformar el mundo mediante la acción política. En otras palabras, para el progresismo las ideas son un arma cuyo

objetivo es el poder. Expliquemos un poco más este punto y analicemos cómo piensa la izquierda en esta materia para entender por qué sus ideas arrasan en la sociedad. Ya sabemos que la filosofía, es decir, las ideas, son fundamentales para el progresismo. Según el francés Luis Althusser, uno de los intelectuales marxistas más connotados del siglo XX, la filosofía orienta al pueblo en su lucha de clases, ayudándolo a distinguir entre las ideas (políticas, morales, estéticas, etc.) que supuestamente le sirven, y que él califica como las ideas «verdaderas», y las que no le sirven, que serían «falsas».[19] En términos actuales podríamos decir, siguiendo la lógica de la izquierda, que las ideas católicas, por ejemplo, no le sirven al pueblo y son por tanto ideas «falsas», a diferencia de las progresistas, que sí le sirven y son «verdaderas». De la misma manera, ideas como la libertad de empresa, el principio de subsidiariedad del Estado, la flexibilidad laboral y la responsabilidad individual, entre otras, serían ideas «falsas» y por tanto perjudiciales para el pueblo. Por el contrario, ideas como la seguridad laboral, la justicia social y la protección estatal serían «verdaderas» y beneficiosas para el pueblo.

Pero hay otro aspecto fundamental en la estrategia progresista que lamentablemente pocos parecen advertir. Se trata del envenenamiento del lenguaje, o en otras palabras, de la instrumentalización que históricamente ha hecho la izquierda de los conceptos para así lavar cerebros a las masas. El mismo Althusser se encarga de explicarlo:

---

[19] Luis Althusser, *La filosofía como arma de la revolución*, Cuadernos del Pasado y Presente /4, 3.ª ed., Córdoba, 1971, pp. 19-20.

> ¿Por qué razón la filosofía lucha en torno a las palabras? Las realidades de la lucha de clases están «representadas» por medio de ideas que son «representadas» por medio de palabras. En la lucha política, ideológica y filosófica, las palabras también son armas, explosivos, calmantes y venenos.[20]

Aquí Althusser sostiene una cuestión cuyo análisis es de máxima importancia para comprender el poder de las ideas: las realidades que usted y yo observamos las representamos en nuestra mente por medio de ideas que a su vez representamos usando palabras. Esto es fundamental. Las palabras, el lenguaje, constituyen el instrumento mediante el cual los seres humanos nos representamos el mundo. Cuando usted piensa, lo hace principalmente a través del lenguaje, y su capacidad de entender el mundo está directamente relacionada con su capacidad de manejar el lenguaje. Por eso, una discusión entre expertos sobre física quántica le resultará con toda seguridad incomprensible. Y es que el lenguaje de la física es para usted y para mí un lenguaje desconocido; por lo tanto, no tenemos ninguna posibilidad de entender cómo funciona esa dimensión del mundo. Usted y yo sin duda entenderíamos mejor el mundo si supiéramos de física quántica. Lo mismo se aplica para la economía, la sociología, la psicología, el derecho, la historia, etc.

Así como el lenguaje nos lleva a entender de una u otra forma el mundo, de la misma manera puede llevarnos a no entender nada o a entenderlo de manera completamente falsa. Es lo que ocurre en el caso de

[20] *Ibid.,* p. 19.

las ideologías. Los discursos políticos ideológicos estilo Hitler o Castro utilizan el lenguaje y la cultura en general para transmitir ideas de tal forma que terminen formando parte del lenguaje de las masas. A través de este proceso las personas, sin darse cuenta, modifican su comprensión del mundo y por tanto su opinión del mismo. Dicho de otra forma, sus cerebros son lavados. Quien incorpora la «lucha de clases» a su lenguaje, por ejemplo, va a interpretar la realidad como la de un conflicto entre clase dominante y clase explotada, entre empresario y trabajador. Ya no va a pensar que cuanto mejor le vaya a la empresa mejor le va a ir a él, sino que va a creer que lo están explotando y que debe protegerse de los abusos de que es víctima.

Conceptos de fácil asimilación y a la vez de gran carga ideológica y emotiva como «lucha de clases» pueden ser en extremo letales, verdaderos «explosivos o venenos» como decía Althusser. Una vez incorporados como categoría de representación de la realidad, en muchos casos modifican el pensamiento y en consecuencia la decisión y acciones de las personas. De ahí la importancia que los marxistas otorgan a capturar palabras:

> Este combate filosófico por las palabras es una parte del combate político. La filosofía marxista-leninista no puede realizar su trabajo teórico, abstracto, riguroso, sistemático sino con la condición de luchar también por palabras muy sabias (concepto, teoría, dialéctica, alienación, etc.) y sobre palabras muy simples (hombres, masas, pueblo, lucha de clases).[21]

[21] *Ibid.,* p. 20.

Aunque pueda parecer algo confuso, este tema es tan importante que es capaz de marcar la diferencia entre una sociedad libre que avanza y una menos libre que se estanca. Podríamos simplificar todo lo anterior en el dicho «hay que decir las cosas por su nombre». Si nos detenemos a analizarlo, nos vamos a percatar de que ese proverbio apunta exactamente a lo mismo que venimos explicando. Decir las cosas por su nombre es reflejar la verdad, es decir, los hechos, en las palabras. Cuando esto no se hace, las personas captan ideas falsas sobre las cosas, ideas que no tienen nada que ver con la realidad. No hay mejor manera de lograr que las personas acepten e incluso apoyen abusos y aberraciones que manipular el lenguaje. Es lo que hacían los socialistas comunistas y los socialistas nazis. Hitler por ejemplo, decía que su dictadura era la «verdadera democracia», su Estado policial el verdadero «Estado constitucional» y su tiranía la «verdadera libertad». De igual modo, Stalin hablaba de la «democracia» soviética mientras decía que su constitución era «la única constitución democráticamente perfecta en el mundo».[22] ¿Acaso conceptos como esos no suenan fantásticos? ¿Quién podría oponerse a la «constitución perfectamente democrática» y a la «verdadera libertad»? Y así millones de personas los siguieron y admiraron en el mundo entero a pesar de que la realidad era totalmente la opuesta a la declarada: ambos eran totalitarismos sangrientos que nada tenían de democráticos.

Desde luego, la manipulación del lenguaje como parte de la lucha política no es cosa del pasado. En lo local

---

[22] Véase: Alf Ross, *Sobre el derecho y la justicia*, Eudeba, Buenos Aires, 2005, p. 372.

tenemos un caso muy concreto: el Transantiago. Probablemente usted recuerde que en el gobierno de Bachelet existió la intención de reemplazar el nombre Transantiago por otro. «Transantiago es una muy mala palabra», dijo Bachelet en su momento. La iniciativa finalmente no prosperó, pero el objetivo político era evidente: el «Transantiago» como concepto contenía una carga de ideas muy inconvenientes para la imagen del gobierno. Solo oír la palabra lleva a pensar en una catástrofe, incompetencia política, fracaso del Estado y personas humilladas entre otras ideas negativas. Si se hubiera cambiado el nombre y se le hubiera puesto, por ejemplo, «Sistema Bicentenario», en poco tiempo se habría limpiado de las mentes de millones de personas gran parte de la carga de ideas y emociones negativas asociadas a la palabra «Transantiago», generando así un directo beneficio para la imagen del gobierno. Esa era la estrategia y Bachelet la dejó en evidencia cuando hizo esa declaración.

En lo internacional, un buen ejemplo del uso de palabras como parte de la lucha política lo constituye el esfuerzo de intelectuales progresistas de todo el mundo en contra de lo que consideran el peor de todos los males: el sistema «neoliberal», cuyo origen reconocen en el Chile de los Chicago boys. Naomi Klein, intelectual de izquierda muy de moda que se ha convertido en icono de los movimientos anticapitalistas y antiglobalización en el mundo, dice que para derrotar el neoliberalismo, conceptos como «democracia» y «autonomía» deben ser provistos de un nuevo contenido que refleje ideas participativas como las que propugna Evo Morales en Bolivia.[23]

---

[23] Véase: Entrevista de Carlos Morales Peña a Naomi Klein, en: *Entrevista con la globalización*, Plural, La Paz, 2008.

De esta forma, sugiere Klein, lo que hoy se llaman «pretensiones autoritarias» como las de Morales, pasarán a entenderse como intentos realmente democráticos, y lo que hoy el neoliberalismo entiende por «democracia», tendrá que entenderse como sistemas antidemocráticos, elitistas y no participativos. El resultado pretendido por esta captura del lenguaje, como es obvio, es de tipo político: que se apoye exactamente lo contrario a lo que se defendía antes. Porque si entendemos que «verdadera democracia» es la de Evo Morales, entonces ¿cómo no la vamos a apoyar? El que no la apoya, automáticamente pasa a ser calificado como un elitista antidemocrático.

«Capitalismo» y «justicia social»: dos casos de envenenamiento del lenguaje

Hemos visto que lo más peligroso de las manipulaciones del lenguaje es que estas, al modificar la forma en que las personas entienden la realidad, son capaces de transformarse en una letal arma política que pone en riesgo el bienestar de las sociedades. Es lo que pasa con el concepto de «justicia social», arma fundamental en el discurso político de izquierda y que en Chile se ha instalado de forma transversal. Veamos cómo opera.

Cuando hablan de justicia social, los progresistas quieren decir una cosa bastante definida y clara: redistribuir la riqueza. Ellos asumen que es injusto que haya desigualdad de ingresos y por eso dicen que hay que redistribuir. Aunque a algunos les parezca medianamente razonable a primera vista, la verdad es que esto no resiste el menor análisis. Primero porque es imposible saber dónde está

el límite entre lo socialmente justo e injusto. ¿Es injusto que un futbolista que apenas sabe hablar gane quinientas veces más que un profesor de colegio? ¿Le quitamos por la fuerza al futbolista entonces y le damos al profesor? ¿Cuánto sería «justo» quitarle, 10%, 30% o 70%? ¿No será que el futbolista gana lo que gana porque millones de personas, actuando libremente, han decidido ver los partidos de su equipo, comprar sus camisetas, escoger las marcas que este promociona, etc.? Y si el ingreso del futbolista se debe a que millones de personas que ni se conocen entre sí, han decidido libremente reconocer su talento y esfuerzo pagando por la satisfacción que les produce su trabajo de futbolista, ¿se puede realmente decir que es «injusto» lo que gana? Obviamente no.

Llevemos ahora la máxima de la justicia social a nivel humanitario y preguntémonos lo siguiente: ¿es justo que haya países ricos y países pobres? No, va a contestar un progresista, no es justo; por lo tanto, los países ricos tienen que darle dinero a los pobres. Hasta ahí llegan. Pero si usted tiene la oportunidad lleve a un progresista más allá y pregúntele si estaría dispuesto a proponer que Chile destine un tercio de lo que produce para donarlo a Haití. ¿Y por qué no? Al lado de Haití, Chile es un país riquísimo. Si se le exige al rico dentro de Chile que le de al pobre, ¿por qué Haití no le puede exigir a Chile que le dé? ¿Acaso los pobres de allá no merecen justicia social?

Como puede ver, el eslogan de justicia social no tiene sentido, es un concepto vacío. Y lo es porque cuando hablamos de justicia siempre nos referimos a una conducta humana voluntaria. Es justo que yo respete la propiedad de otro y es injusto que otro no respete la mía. Pero no es injusto si un terremoto destruye mi propiedad, de

eso ciertamente no puedo culpar a nadie. La justicia es ante todo una entidad moral que pretende orientarnos acerca de nuestro deber para con los demás. Será injusto el que obre perjudicando a un tercero, pero no puede ser injusto algo que no se sigue de la voluntad humana. En consecuencia, no es injusto que haya personas que nacen con enfermedades o en desventaja económica, por ejemplo, pues en ninguna de esas situaciones ha intervenido la voluntad humana. Aquí llegamos a la esencia del problema: los socialistas intentan hacer parecer que la desigualdad de ingresos es injusta, y como la justicia implica voluntad humana, entonces tiene que haber responsables –los ricos– y víctimas de la injusticia –los pobres–. Teniendo claro lo anterior, ahora se requiere de un juez para que «corrija» la injusticia. La pregunta cae de cajón: ¿Quién es el juez de la justicia social? ¿Quién es el súper iluminado que determinará para todos cuánto es justo que gane y cuánto que entregue? El gobierno, obviamente. Son los burócratas de turno, siempre tan iluminados y decentes, a quienes toca decidir lo que es justo. De esta forma, es la autoridad la encargada de determinar lo que se considera justo o injusto en cuanto a distribución de bienes y de imponer dicho plan de distribución al resto de los individuos. Esto último plantea un problema adicional que normalmente pasa desapercibido a pesar de su gravedad: en la base de la justicia social se encuentra la coerción, es decir, el uso de la violencia. Porque para quitarle a usted y darle a otro el gobierno claramente lo tiene que hacer por la fuerza; si usted no cumple, le pasan multas o lo meten preso. Por lo tanto, no le queda más opción que someterse a los dictados de la autoridad, perdiendo así no solo su dinero y, en

consecuencia, el tiempo que invirtió para obtenerlo, sino la posibilidad misma de elegir; es decir, su libertad.

Lo que los progresistas de izquierda no entienden es que la justicia social o distributiva tenía sentido en pequeñas comunidades primitivas en que los miembros se encontraban completamente subordinados en su actuar al interés común y, por tanto, carecían de toda libertad. De hecho, como explica Hayek, los impulsos emocionales que hasta hoy nos llevan a considerar injusta una repartición desigual de la riqueza son reminiscencias del período primitivo en que los hombres formaban pequeñas bandas de cazadores recolectores y que distribuían de manera igualitaria el resultado de lo obtenido en las excursiones de caza y recolección. Para lograr esta distribución equitativa había una autoridad, un jefe, que se encargaba de distribuir cubriendo las necesidades de los miembros de la banda. Todo esto, desde luego, dejó progresivamente de existir con el surgimiento de la civilización, la agricultura y el comercio en ciudades cada vez más grandes y globalizadas. Entonces la distribución de bienes que antes era realizada por una autoridad que gobernaba grupos de un par de decenas de personas, se vio reemplazada evolutivamente por el mercado, que surge de la libre interacción de los individuos logrando un alcance y potencial creador de riqueza y bienestar nunca antes visto.[24] Pero incluso en el caso de tribus primitivas es discutible que haya existido una distribución «justa» de los alimentos y demás bienes de subsistencia, pues nada impedía al jefe tribal beneficiar a unos más que a otros.

[24] Sobre esto véase: Friedrich Hayek, «El atavismo de la justicia social», en: *Revista Estudios Públicos*, n.º 36, Santiago, 1989.

La justicia social violenta directamente las fuerzas impersonales del mercado y por tanto la libertad. Dado que el mercado no responde a un plan deliberado sino a fuerzas espontáneas que no son organizadas de manera consciente, los resultados que este produce solo pueden ser justos. Pero si usted mete la justicia social entre medio, además de la imposibilidad de definir lo que es justo y de que tenderá que usar la fuerza para imponerlo, pasa algo peor. Cuando la autoridad tenga que decidir a quién toca qué cosa, ¿a quién cree usted que va a privilegiar? Pues obviamente a aquellos grupos de interés lo suficientemente poderosos como para asegurarle su permanencia en el poder. ¿O vamos a creer en la infinita sabiduría, bondad e imparcialidad de políticos y burócratas? Los gobiernos tienden a satisfacer, escudados en el eslogan de la justicia social, a grupos de interés en perjuicio del resto de la sociedad Así, este proceso transformador del orden social inspirado en el espejismo de la justicia social está lejos de lograr lo que cabría esperar: «El pueblo, en la seguridad de que cabe alcanzar algo parecido a la justicia social, ha otorgado a los gobiernos poderes que estos no pueden negarse a utilizar en la satisfacción de las aspiraciones de un número siempre creciente de intereses particulares que, a su vez, han aprendido a utilizar el sésamo de la justicia social».[25]

De este modo vemos cómo el concepto de «justicia social» y las pretensiones del socialismo, de una parte carecen de significado en sociedades modernas en que la distribución de bienes es consecuencia de las transacciones

---

[25] Friedrich Hayek, *Derecho, legislación y justicia,* vol. II, Unión Editorial, Madrid, 1979, pp. 120-121.

de millones de personas actuando libremente, y de otra, sirven para incrementar el poder de los gobiernos y de grupos de interés en perjuicio del resto de los miembros de una sociedad.

Otro caso emblemático del uso de palabras como arma política ha ocurrido con el concepto «capitalismo». Según Hayek, este solo fue equiparado con la antítesis del socialismo a partir de 1902, año en que se publicó la revolucionaria obra de Werner Sombart *Der Moderne Kapitalismus*. En ella el concepto se identificó por primera vez con los intereses de los poseedores del capital supuestamente contrarios a los del proletariado. Se incorporó así en un solo concepto la idea de lucha de clases. Esta tergiversación del término capitalismo fue nefasta, levantando una profunda animadversión entre quienes eran en realidad sus principales beneficiarios, a saber, los pertenecientes al proletariado.[26] La idea del antagonismo esencial de intereses, carente de todo fundamento, prendió y se generalizó en el mundo con tal potencia que, aun después de la Guerra Fría, en pleno siglo XXI, el término mantiene una universal connotación de inmoralidad a pesar de su rotundo éxito en mejorar las condiciones de vida de las masas, particularmente de los más pobres.

Esto nos lleva de regreso a la forma en que opera el lenguaje en nuestra representación y juicios sobre la realidad. Recapitulemos el proceso: una vez incorporado como categoría de representación de la realidad, la carga semántica del concepto «capitalismo», es decir, las ideas

---

[26] Friedrich Hayek, *La fatal arrogancia: los errores del socialismo,* Unión Editorial, Madrid, 1990, p. 180.

comprendidas en él, hacen su trabajo contribuyendo a definir en una determinada dirección la interpretación de la realidad de quienes lo han incorporado; en este caso, de los proletarios.

Utilicemos una imagen del politólogo italiano Giovani Sartori para explicar el fenómeno que venimos describiendo. Dice Sartori, dejando en evidencia la táctica progresista que relataba Althusser y que sin duda resulta ampliamente aplicable a las manipulaciones ideológicas del lenguaje:

> El marxismo es como un par de gafas, o mejor aún, como unos anteojos: hace ver el mundo tal y como lo filtran sus a priori. Y el hecho es que las gafas marxistas viajan junto a la terminología marxista con el vocabulario del marxismo. Mientras sigamos diciendo, por ejemplo, democracia «capitalista», la democracia será entendida, y mal entendida como un sistema de dominio económico y no como una estructura política. Del mismo modo, mientras sigamos diciendo democracia «burguesa», continuaremos viendo por todos lados clases y siniestros intereses de clase, y no veremos todas las demás cosas que comporta la democracia. Y así indefinidamente.[27]

Difícilmente puede explicarse de manera más clara cómo las ideas que definen nuestras representaciones mentales pueden desfigurar la percepción que tenemos de la realidad. Las ideas y los conceptos que las comprenden funcionan como gafas que pueden ser más o menos

---

[27] Giovanni Sartori, *La democracia después del comunismo*, Alianza, Madrid, 1993, pp. 32-33.

ajustadas a la verdad. Esto conlleva el riesgo de que aun cuando la realidad indique una cosa, la interpretación a través de las ideas instaladas puede oponerse absolutamente a ella generando consecuencias transformadoras desastrosas.

El poder contrafáctico *de las ideas*

Lo anterior nos plantea una nueva dimensión del poder de las ideas que solemos descuidar a pesar de su enorme potencial destructivo, a saber: estas pueden y suelen ser más convincentes y poderosas que los mismos hechos. El caso de la animadversión de los proletarios para con el sistema capitalista que los beneficiaba y el estigma de inmoralidad que aún pesa sobre el capitalismo a pesar de ser el sistema más exitoso de la historia humana, nos enseña que de producirse una confrontación entre ideas y hechos, las ideas pueden perfectamente prevalecer, aun siendo completamente falsas. Podríamos denominar a esta dimensión del poder de las ideas como poder *contrafáctico*.

Un ejemplo casi patológico de este poder *contrafáctico* de las ideas lo constituye la fe que políticos e intelectuales socialistas mantuvieron durante décadas en los regímenes comunistas, a pesar de haber resultado desde el principio en un completo fracaso económico y social y de haber escrito uno de los capítulos más atroces de la historia humana. Para Jean-François Revel, es aquí donde debemos reintroducir el papel de las representaciones mentales en la historia, entendiendo por representaciones mentales aquellas que no proceden de la realidad:

> Las ideas mueven al mundo, sobre todo las malas. Si todos los juicios sobre la realidad estuvieran sacados de ella misma, si todos se hubieran confrontado lealmente con ella, el comunismo hubiera durado menos de seis semanas.[28]

Revel toca un aspecto clave en la discusión: las ideas no son necesariamente producto de la realidad y menos aún son confrontadas con ella para efectos de medir su veracidad. Es ese irrealismo lo que hace tan seductoras y al mismo tiempo tan peligrosas a ciertas ideas, al extremo de poner en jaque sistemas que han demostrado ser exitosos en la práctica, como podría ocurrir perfectamente en Chile. Ocurrió con la generación del 68, que condenó el capitalismo democrático occidental, expresando su admiración por el sistema realmente fracasado que era el socialista. En este caso, al igual que en el del capitalismo relatado por Hayek, el divorcio entre la realidad y las ideas terminó resolviéndose en favor de las últimas. Veamos la explicación de Revel:

> La ausencia de relación entre la realidad y nuestra estima o desprecio por el sistema político que le da forma es frecuente cuando el sistema es bueno, lo mismo que cuando es malo. Nunca, quizás, tuvo mejor éxito un tipo de organización social como el capitalismo democrático entre 1945 y 1985. Nunca ningún otro había aportado tanta prosperidad a tan gran número de personas, a pesar de las crisis, y tanta justicia, a pesar de las desigualdades, en comparación con el pasado y con

[28] Jean-François Revel, *El renacimiento democrático*, Plaza & Janés Editores, Barcelona, 1992, p. 156.

> el resto de las sociedades contemporáneas. Y sin embargo, durante todo este período, el capitalismo y la democracia se sintieron culturalmente vencidos. En su fuero interior, los miembros de esta sociedad, incluso los que no eran ni comunistas, ni marxistas, ni socialistas o socialdemócratas, osaban apenas creer en ella, y, en sus discursos, defenderla… Los demócratas, en gran número, al tiempo que rechazaban el marxismo, se veían y se jugaban a través de los ojos marxistas, tanto más cuanto que estos se habían apropiado de la educación y la cultura.[29]

Como consecuencia de esta influencia aplastante de las ideas marxistas en la sociedad occidental, en 1968 la juventud de las grandes ciudades del mundo libre se alzó contra el sistema, no solamente para denunciar sus defectos, sino con vistas a destruirlo y rechazarlo en bloque. «Ahora bien –insiste Revel–, en ningún otro momento de la historia, en ningún otro tipo de organización social, pasada o presente, se constataba un nivel de vida más alto, desigualdades que fueran hasta ese punto en vías de reducción; una solidaridad más comprensiva; una libertad civil más real; una educación en vías de una más amplia distribución entre las clases sociales; una vida de las ideas, las artes, de las letras, de la ciencia, más independientes de cualquier control. Que sin embargo una generación entera haya percibido esta civilización como tan execrable y represiva que se hubiese ganado la muerte, y que nada de ella mereciera ser salvado o mejorado, de forma que debía ser aniquilada, implica un antagonismo integral entre lo ideal y lo real, entre

[29] *Ibid.*, p. 157.

la experiencia vivida y la traducción intelectual de esta experiencia...».[30] Finalmente, Revel destaca un aspecto de relevancia gigantesca:

> Cuando pensamos que los revoltosos de 1968 venían en su mayor parte de las grandes universidades y de las grandes escuelas de Occidente, es decir, que poseían los mejores niveles de conocimiento y acceso a la información del mundo, se mide el abismo que puede separar a la cultura de la comprensión.[31]

No vale la pena ahondar en el tema, pues el pasaje de Revel resulta bastante claro en cuanto al poder que pueden lograr ciertas ideas aun cuando estas sean abiertamente contrarias a la realidad. Sí es necesario reparar en el hecho de que fenómenos como las revueltas de mayo del 68 se explican por una derrota a nivel cultural de aquellas ideas que ratifican y dan sentido a la realidad existente en un determinado contexto económico y social, logrando transformar las representaciones mentales incluso de los beneficiados del sistema. Por eso, la convicción de que los hechos bastan para persuadir y movilizar o tranquilizar a las masas –el discurso tecnocrático y la arraigada creencia de que el consumo es una garantía de estabilidad– es peligrosa y falsa. Es peligrosa porque nos lleva a descuidar el pilar central de todo sistema que consiste en el consenso en torno a determinadas ideas y es falso porque, como bien señala Revel, la ausencia de relación entre la realidad y nuestro juicio respecto a

[30] *Ibid.*, p. 158.
[31] *Ibid.*

ella se encuentra tan vigente en aquellos sistemas que funcionan como en los que no funcionan. Esa es la razón por la cual, como decíamos más atrás, se requiere de la permanente defensa y difusión de aquellas ideas que ratifican y sustentan los hechos. Y ese precisamente ha sido, como ha dicho el teólogo Michael Novak, el talón de Aquiles del capitalismo democrático durante más de dos siglos.[32] Simplemente no ha apelado al espíritu, lo que lo ha llevado a fracasar en términos culturales, cediéndole el espacio a las corrientes progresistas.

El rol de los intelectuales: la amenaza encubierta

Hemos visto hasta aquí cómo las ideas influyen en el curso de los acontecimientos y el poder que tienen en cuanto arma política. Corresponde ahora hablar del rol que desempeñan los profesionales de las ideas, es decir, los intelectuales, comúnmente tan despreciados en medios de derecha. El análisis es de suma importancia porque nos permite comprender una dimensión fundamental del poder social que normalmente pasa desapercibida para el hombre común que solo identifica poder en el dinero, el prestigio, la tecnología y la política. Sin embargo, y tal vez precisamente porque nuestra cultura moderna ha multiplicado como nunca al «hombre común», la tarea de examinar la influencia que pueden ejercer y de hecho ejercen los intelectuales en la vida de personas como usted y yo es más necesaria que nunca. Es cierto que en casi

[32] Michael Novak, *El espíritu del capitalismo democrático*, Ediciones Tres Tiempos, Buenos Aires, 1984, p. 31.

todo el mundo las masas han experimentado sustantivas mejoras educacionales en el último siglo, pero parece bastante claro que ella no ha generado un aumento en su capacidad reflexiva: estas son tan permeables como siempre a las ideas de «moda». La verdad es que las masas son educadas para producir y no para reflexionar, algo que estas jamás han hecho por lo demás. Esto no quiere decir que sean tontas y que no puedan distinguir cotidianamente entre lo que las beneficia y lo que las perjudica, sino que por la naturaleza de su actividad estrictamente productiva no son capaces de generar ideas propias ni tampoco de velar por el bienestar de aquellas instituciones necesarias para el buen funcionamiento de la sociedad.

Pero vamos al punto. Cuando hablamos del «rol de los intelectuales» podemos formularnos dos preguntas relacionadas y al mismo tiempo esencialmente distintas. La primera consiste en preguntarse por el rol de los intelectuales en cuanto agentes históricos. En otras palabras, por la participación o responsabilidad que podemos atribuirles en el devenir de los acontecimientos históricos.

La segunda pregunta consiste en reflexionar en torno a la función que «deberían» cumplir los intelectuales. Esta pregunta, por supuesto, se encuentra directamente condicionada por las conclusiones extraídas de la primera, pues si fuera el caso que los intelectuales no tuvieran ni pudieran tener mayor incidencia en el desarrollo histórico, entonces el examen acerca de su obligación moral para con la sociedad perdería toda relevancia.

Comencemos entonces dando algunos apuntes acerca del rol de los intelectuales en el curso de la historia. Si bien es cierto que los acontecimientos históricos inciden

en la percepción y el juicio de quienes los experimentan, parece que mucho más influye el pensamiento en la generación de dichos acontecimientos. Y la razón es que, como vimos al comentar a Maritain, el pensamiento precede a la acción. Esto significa que la historia es en parte importante, aunque no exclusivamente, el resultado de las ideas, principios y concepciones que desarrolla la mente humana, que puestas en práctica generan determinadas transformaciones sociales. De ahí la importancia gigantesca de esa cuestión supuestamente «inútil» que es la filosofía, y de ahí también la enorme relevancia de los intelectuales que con su actividad definen en gran medida el curso de la historia. Con toda razón decía el filósofo y economista inglés John Stuart Mill que es imposible estudiar la historia sin entender que

> la lección dada a la humanidad por cada época, y siempre menospreciada, de que la filosofía especulativa, que para los espíritus superficiales parece cosa tan alejada de los negocios de la vida y de los intereses visibles de las gentes, es en realidad la que en este mundo ejerce máxima influencia sobre los humanos y la que tarde o temprano subyuga cualquier influencia salvo las que ella misma debe obedecer.[33]

Vemos la relevancia que Mill asigna a la filosofía, y al mismo tiempo cómo con cierto desprecio se refiere a aquellos «espíritus superficiales» incapaces de entender su importancia en los asuntos humanos. Para Mill, que

[33] John Stuart Mill (1838): «Bentham», en *London and Westminster Review*. En Friedrich Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, Madrid, 2008, p. 154.

escribía en la Inglaterra del siglo XIX, esta es una lección que nos ha dado una y otra vez la historia de la humanidad, lección que ha sido lamentablemente ignorada. Es difícil imaginar un llamado más directo a preocuparse por el mundo de las ideas y a prestar atención a lo que dicen y hacen los intelectuales. Un par de décadas después, la historia le daría la razón nuevamente a Mill, quien no alcanzó a ver el ascenso del comunismo y el nazismo.

Lo preocupante es que, aun después de tan horrendos episodios, la lección a que se refiere Mill no parece haber sido entendida. Y esta afirmación de Mill, como dice Hayek, no se trata de un juicio definido por su contexto histórico, y por tanto inaplicable en otras épocas, sino «de una verdad con vigencia en todos los tiempos, lo reconozcamos o no».[34] El mismo Hayek se encarga de explicarnos por qué no hemos sido capaces de aprender la lección: «se trata de una verdad tan poco entendida porque la influencia de los pensadores abstractos en la masa tan solo opera indirectamente».[35] Así,

> los hombres raramente saben o les importa saber si las ideas generales de la época en que viven proceden de Aristóteles o de Locke, de Rousseau o de Marx, o de algún profesor cuyas opiniones estuvieron de moda entre los intelectuales veinte años atrás. La mayoría jamás leyó las obras, y ni siquiera conoció los nombres de los autores cuyas concepciones e ideales han llegado a formar parte de su pensamiento.[36]

---

[34] Friedrich Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, p. 155.

[35] *Ibid.*

[36] *Ibid.*

Es de esta forma indirecta y subterránea como los intelectuales llegan a las masas poniendo en circulación determinadas ideas. Por eso no es necesario haber leído a Marx para defender ideas marxistas, como tampoco es necesario haber leído a Santo Tomás o a algún teólogo católico para defender determinados valores considerados atemporales. La verdad es que, como sostiene Hayek, las nuevas ideas surgen de unos pocos y se extienden gradualmente hasta llegar a ser el patrimonio de una mayoría que apenas conoce su origen.[37]

Para el credo liberal en general, son las ideas, y por tanto los hombres que ponen en circulación las ideas, quienes gobiernan la evolución social.[38] En otras palabras, son los intelectuales y quienes difunden sus ideas –escritores, publicistas, profesores e historiadores, entre otros– quienes determinan la evolución social. Como Mill y Hayek, Ludwig von Mises, economista contemporáneo a Hayek y uno de los precursores de lo que se ha denominado falsamente «neoliberalismo», sostiene que las masas casi nada tienen que decir en lo que respecta al curso histórico propulsado por las ideas. Para Mises, a los responsables de las políticas e ideas destructivas de nuestros tiempos debemos buscarlos entre los intelectuales y no en las masas. Y la razón es sencilla: «las masas, precisamente por no desarrollar filosofías propias, siguen a los líderes».[39] En un pasaje de *Planificación para la libertad*, Mises toca la esencia de la pregunta que venimos

---

[37] *Ibid.,* p. 154.

[38] *Ibid.*

[39] Ludwig von Mises, *Planificación para la libertad*, Centro de Estudios Sobre la Libertad, Buenos Aires, 1999, pp. 236-237.

examinando. Nos dice que las ideologías que produjeron todos los errores y catástrofes del siglo XX no fueron un logro de las multitudes, sino hazañas de los pseudoeruditos y pseudointelectuales. Fueron propagadas por las cátedras universitarias y fueron diseminadas por la prensa, las novelas y obras teatrales y por las películas y la radio. Estas ideologías –continúa Mises agregando un dato fundamental– «deben el poder que hoy tienen al hecho de que todos los medios de comunicación se han volcado a sus partidarios y todos sus opositores han sido virtualmente silenciados».[40]

¿Qué responsabilidad cabe entonces a los intelectuales en los grandes desastres sociales de la historia? Siguiendo la línea de Mill, Hayek, y Mises, otro ícono del liberalismo, Karl Popper, da una respuesta que incluso parece exagerada:

> Nosotros los intelectuales hemos hecho el más terrible daño durante miles de años. Los asesinatos en masa a nombre de una idea, de una doctrina, una teoría o una religión fueron obra nuestra, invención nuestra, de los intelectuales.[41]

Popper, por cierto, no exagera. Como pocos él estudió el influjo que ciertas doctrinas y corrientes de pensamiento pueden lograr en el curso histórico. Nadie ha dejado en evidencia con mayor lucidez el carácter totalitario y falaz del marxismo y de sus precursores intelectuales

---

[40] *Ibid.*

[41] Karl Popper, *En busca de un mundo mejor*, Paidós, Barcelona, 1994, p. 242.

desde Platón hasta Hegel. Popper desenmascaró desde sus orígenes las doctrinas historicistas, de las cuales la mayor expresión moderna fueron el comunismo y el nazismo. El historicismo es una verdadera patología intelectual consistente en asumir que la historia se encuentra determinada por leyes que pueden y deben ser desentrañadas por las ciencias sociales permitiéndonos así predecir el futuro de la evolución histórica.[42] Para Marx la ley que rige la historia es de carácter económico y se traduce en la lucha de clases por la supremacía económica, lo cual habrá de terminar inevitablemente con el triunfo de la clase proletaria, elegida por la historia para transitar hacia una sociedad de abundancia e igualdad. Para los nazis, las leyes que rigen la historia son de tipo biológico y consistirán en la superioridad de una raza elegida por la evolución para dominar el mundo. En ambos casos la ley histórica permite explicar el pasado, el presente y el futuro. Nazismo y marxismo se presentan así como doctrinas «científicas» de validez incuestionable.

Es fácil imaginar las consecuencias que pueden derivarse de estas doctrinas y el riesgo que en general implica cualquier doctrina historicista. Y no hay duda de que esas ideas, desarrolladas por una larga fila de intelectuales, influyeron decisivamente en el curso de la historia ejerciendo su influjo sobre todo tipo de personas, desde las más educadas a las más ignorantes.

Aunque pueda parecer sorprendente el hecho de que mentes preparadas y estudiadas se dejen arrastrar por ideas y doctrinas tan siniestras, la verdad es que no es

---

[42] Véase Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, capítulo 1.

algo poco común. Comentando las vinculaciones de la filosofía de Heidegger con la doctrina nazi, George Steiner realiza una afirmación bastante reveladora en ese sentido:

> Es un secreto a voces –dice– que los intelectuales de biblioteca y los hombres que se pasan su vida rodeados de palabras, de textos, pueden experimentar con especial intensidad las seducciones de las propuestas políticas violentas, particularmente cuando tal violencia no toca a su propia persona.[43]

Fuera de Heidegger y, por cierto, Marx, dos casos emblemáticos en ese sentido son el filósofo existencialista francés Jean-Paul Sartre y el dramaturgo alemán Bertolt Brecht. El primero no solo optó por ignorar las atrocidades de la Unión Soviética e incluso justificarlas, sino que deliberadamente falsificó lo que sabía de esa masacre demencial que fue la Revolución Cultural en China. El segundo fue un abierto defensor de las políticas de asesinato selectivo estalinistas y del régimen comunista de la Alemania Oriental.

Pero no es necesario ir tan lejos, porque también en Chile hay un gigante intelectual fascinado con la violencia. Se trata del máximo orgullo de las letras nacionales, el poeta Pablo Neruda, quien elogió abiertamente a uno de los dictadores más sanguinarios y despiadados de la historia de la humanidad, el líder de la Unión Soviética Joseph Stalin. A este personaje, cuya enfermiza crueldad es comparable con la de Hitler y Mao, Neruda dedicó

---

[43] George Steiner, *Heidegger*, Fondo de Cultura Económica de México, México, 1999, p. 32.

ni más ni menos que una de sus célebres *Odas*, en la que lo ensalzó como «el más grande de los hombres sencillos». La admiración y aprobación de Neruda por Stalin y sus asesinatos en masa es explícita. En su *Canto General* de 1950, el poeta dice: «Stalin alza, limpia, construye, fortifica, preserva, mira, protege, alimenta, pero también castiga. Y esto es cuanto quería deciros, camaradas: hace falta el castigo». Luego, Neruda se declara un incondicional y orgulloso seguidor del líder genocida:

> Stalinianos. Llevamos este nombre con orgullo. Stalinianos. Es esta la jerarquía de nuestro tiempo. En sus últimos años la paloma de la Paz, la errante rosa perseguida, se detuvo en sus hombros y Stalin, el gigante, la levantó a la altura de su frente. Así vieron la paz pueblos distantes.

Resulta evidente, a la luz de sus escritos y también de su trayectoria política marxista que, como tantos otros intelectuales, Neruda sintió una fascinación irresistible por la violencia.

Dicho lo anterior, la respuesta a nuestra segunda pregunta cae por sí sola. La responsabilidad que cabe esperar de los intelectuales va en directa relación con el rol que desempeñan en la sociedad y la influencia que logran alcanzar. Popper indudablemente tenía razón cuando dijo que los intelectuales se hallaban detrás de muchas de las peores tragedias de la historia, y como buen liberal, por cierto pensaba que los intelectuales no solo pueden, sino que deben hacer todo lo posible por evitarlas. El razonamiento de Popper es en extremo básico, pero no por ello de menor relevancia: dado que los intelectuales han tenido una responsabilidad determinante en masacres,

guerras, asesinatos y otras fuentes de miseria humana, es que tienen la obligación moral de corregir el camino andado y utilizar su «poder» para construir un mundo mejor. En ese sentido «es mucho lo que nosotros podemos hacer», dice Popper. Y prosigue: «Cuando digo nosotros me refiero a los intelectuales, a seres humanos interesados en las ideas; en especial a los que leen y a veces escriben».[44]

Las reflexiones de Popper recién citadas, que expuso en una conferencia en Alemania bajo el título «Tolerancia y responsabilidad intelectual», nos muestran la absoluta convicción que tenía este genial filósofo del imperceptible pero a la vez letal poder que pueden ostentar los intelectuales a través de las ideas. Su llamado a la responsabilidad intelectual, como es obvio, no tendría sentido si la filosofía y las ideas en general fueran realmente «inútiles». Para Popper, ese enorme poder puede ser tan destructivo como constructivo y, por tanto, puede ser usado tanto para hacer el bien como para hacer el mal. En lo que concierne a América Latina, no hay duda de que intelectuales tipo Galeano, con sus teorías de la explotación imperialista, han sido los principales fabricantes de la miseria que asola la región.

El punto de partida de la responsabilidad intelectual es la modestia. Popper la invoca directamente como la única forma de asegurar la tolerancia y, por tanto, como la única actitud compatible con la libertad. La modestia consiste, usando una expresión de Mill, en asumir «que los hombres no son infalibles; que sus verdades, en la mayor parte, no son más que verdades a medias».[45]

---

[44] Karl Popper, *En busca de un mundo mejor*, p. 242.

[45] John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, Sarpe, Madrid, 1985, p. 94.

Esta conciencia de nuestra falibilidad y de nuestras limitaciones, ya planteada por Sócrates, tiene una consecuencia ética gigantesca: la tolerancia.[46] En esto Popper se hace eco de Voltaire, para quien la tolerancia era la consecuencia directa de constatar nuestra falibilidad humana. Pero además debemos ser honestos, debemos «asumir nuestros errores, nuestra falibilidad, nuestra ignorancia».[47]

La primera obligación de todo intelectual y de toda persona podríamos decir que es asumir su falibilidad y ser honestos en reconocer sus errores e ignorancia. Sin duda, si se hubiera seguido esta máxima, el mundo se habría ahorrado fenómenos como el nazismo, el comunismo y probablemente también muchas guerras religiosas. Pero además nos evitaríamos innumerables atropellos y agresiones en la vida diaria si aceptáramos que no estamos en posesión de la verdad y que nuestras opiniones solo tienen derecho a prevalecer cuando, sometidas a las reglas del diálogo racional, han demostrado ser las mejores y en ningún caso de manera definitiva.

Ahora bien, como es obvio siempre habrá intelectuales y, por tanto, ideas destructivas. Eso es inevitable y es uno de los resultados de la sociedad abierta. La libertad de que disfrutamos en Occidente para expresarnos e informarnos también es el espacio para que surjan ideas destructivas. Por ello se requiere de intelectuales encargados de defender, explicar, reinterpretar y crear aquellas ideas esenciales para la conservación de una sociedad

---

[46] Debe aclararse que la tolerancia para Popper, por cierto, tiene límites, los que tienen relación con su autoconservación. En una palabra, no podemos tolerar a los intolerantes.

[47] Karl Popper, *En busca de un mundo mejor*, p. 243.

sana y pujante. Eso es lo que la derecha no entiende en Chile. Sin intelectuales que asuman la defensa del sistema económico liberal a nivel de ideas y no solo a nivel técnico, no hay nada que hacer. El fracaso a nivel cultural del sistema capitalista no es hoy muy distinto a lo que era en tiempos de las revueltas del 68. La verdad es que no puede darse por sentado que la economía liberal en Chile llegó para quedarse y que por tanto no requiere de guardianes, menos aún en un continente como América Latina que siempre la ha despreciado visceralmente. La evolución del esquema liberal de la década de los ochenta al esquema intervencionista de fines de los noventa en adelante es una señal clara en ese sentido. Nos estamos hundiendo en la mediocridad estatista y eso se debe en gran parte a que, a nivel cultural, el sistema llamado falsamente «neoliberal» ha fracasado. Y este fracaso, como dijo Michael Novak sobre el capitalismo, no ha sido determinado por una conjunción de astros en el cielo, sino que es un resultado del intelecto, lo que quiere decir que los responsables de este fracaso son «los custodios de su espíritu», es decir, los intelectuales, clérigos y, en general, quienes transitan por el mundo de las ideas.[48]

Las ideas como factor de progreso: el motor oculto del capitalismo

Así como las ideas pueden hundirnos, también pueden sacarnos adelante. Un excelente análisis sobre la gigantesca importancia que tienen los valores y las creencias

[48] Michael Novak, *op. cit.*, p. 31.

en el progreso de las sociedades lo constituye la célebre obra del sociólogo y economista alemán Max Weber: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. En ella, Weber plantea que el desarrollo del capitalismo occidental, que separó la economía doméstica de la industria y desarrolló la contabilidad racional, fue el resultado de ciertos valores acuñados luego del proceso de Reforma que tuvo lugar en el siglo XVI y del cual surgieron las religiones protestantes. En contraste con la concepción que imperaba hasta la fecha, lo propio y específico de la Reforma, según Weber, es el haber acentuado el matiz ético y aumentado la prima religiosa concedida al trabajo en el mundo, racionalizado en profesión.[49] Weber explica que en aquellos pueblos en que se expandió el protestantismo ya existía una cierta concepción religiosa de la profesión que se ve claramente reflejada en la palabra alemana *beruf* y en la inglesa *calling*, que podrían ser traducidas como «llamamiento». En la ética protestante, el trabajo se entiende originalmente como un llamado de carácter divino que no puede ser desatendido.

Uno de los primeros escollos que tuvo que enfrentar el capitalismo fue la mentalidad «tradicionalista». El «tradicionalismo» consistía en ciertas creencias y hábitos que se encontraban arraigados en la época precapitalista esencialmente opuestos a la ética del trabajo y la acumulación de riqueza. Un caso ilustrativo de este «tradicionalismo», señala Weber, se dio en la economía agrícola. Con el fin de incrementar el rendimiento en tiempos de cosecha, lo que resultaba crítico para no dejar la producción a la

[49] Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Sarpe, Madrid, 1984, p. 96.

suerte de las variables climáticas, muchos empresarios agrícolas aumentaron los salarios por unidad cosechada. Se esperaba que con eso los obreros cosecharan más unidades para generar ingresos extraordinarios en poco tiempo. Sin embargo, ocurrió exactamente lo contrario. Para sorpresa de los empresarios agrícolas, el alza de salarios por unidad cosechada no aumentó, sino que disminuyó el rendimiento de los obreros, quienes en lugar de incrementar su productividad, la redujeron y acomodaron al nuevo salario, trabajando solo hasta tener «suficiente» para mantener su estilo de vida tradicional. La apelación al sentido del lucro derivó así en un completo fracaso.

A diferencia de ese espíritu «tradicionalista» firmemente arraigado en la tradición de la época, los movimientos protestantes antitradicionalistas –entre los que no se contaba propiamente el luteranismo– promovían no solo el carácter religioso del trabajo, sino la idea de la predestinación. Según esta idea, Dios había destinado desde un principio a algunos hombres a ser condenados a la muerte mientras otros serían salvados y gozarían de la vida eterna. Para la nueva doctrina protestante, los condenados no podían ser ayudados ni por sacerdotes ni por Iglesia alguna, y tampoco podían salvarse por sus obras. Estaban simplemente perdidos. La única manera de descubrir si lo que esperaba a cada cual era la salvación, era el ejercicio metódico y sistemático del trabajo profesional. El hombre sería instrumento del poder divino y su trabajo una forma de honrar a Dios y de ayudar al género humano. En ese contexto, el éxito en la profesión constituía una señal en el sentido de la gracia divina, es decir, una prueba de haber sido elegido para la

salvación. Lo mismo se aplicaba a la labor de empresario. A diferencia de la concepción paulina de la acumulación de la riqueza, que la veía como algo pecaminoso, para el protestantismo esta era el resultado del cumplimiento de un deber con Dios: quien pudiendo acumular riqueza no lo hacía, incumplía un mandato divino. Este nuevo enfoque prorriqueza iba acompañado de un férreo ascetismo, derivado de la metodización de la vida profesional como único camino para obtener –o confirmar– la gracia divina. Ese ascetismo, que en la concepción cristiana anterior se practicaba solo por los monjes aisladamente en los monasterios, fue desarrollado por el protestantismo como un sistema de vida para civiles. Su objetivo fue la racionalización de la conducta, es decir, capacitar a los hombres en la afirmación de sus «motivos constantes» educándolos en su personalidad. En ese marco la riqueza solo era mala cuando incitaba a la pereza o al goce de todos los placeres que ella podía ofrecer, tendencia que era el principal enemigo de la vida ascética y racional. El consumo era cuidadosamente restringido y la defensa del trabajo como obligación divina llegó a tal punto que incluso se pensaba que el rico que no trabajaba no debía tener derecho a comer, pues incumplía con su mandato divino. Un pasaje de Richard Baxter, predicador puritano que Weber cita en su obra, resulta bastante esclarecedor respecto a la concepción protestante de la riqueza y el trabajo. El texto dice lo siguiente:

> Si Dios os muestra un camino que os va a proporcionar más riqueza que siguiendo camino distinto y lo rechazáis para seguir el que os enriquecerá menos, ponéis obstáculos a uno de los fines de vuestra vocación (*calling*)

> y os negáis a ser administradores de Dios y a aceptar sus dones para utilizarlos en su servicio cuando Él os lo exige.[50]

Y luego advierte: «Podéis trabajar para ser ricos, no para poner luego vuestra riqueza al servicio de vuestra sensualidad y vuestros pecados, sino para honrar con ella a Dios».[51]

De esta forma, la nueva ética protestante no solo rompió con el «tradicionalismo» en el sentido de interpretar el trabajo como un mandato divino, sino que además legitimó la acumulación de riqueza que hasta entonces tenía una connotación pecaminosa en la tradición católica. Esto, por supuesto, significó una revolución desde el punto de vista productivo. A la liberación del espíritu de lucro de todas sus trabas se sumó el carácter ascético de la ética protestante, manifestado en una restricción drástica del consumo, todo lo cual derivó, como resultado, en la acumulación de capital. Y como a su vez este no podía gastarse inútilmente, entonces solo podía ser invertido con fines productivos multiplicándose aún más para pasarse de generación en generación.

En síntesis, podemos resumir el espíritu del capitalismo como la valoración ética del trabajo incesante realizado sistemáticamente en la profesión, la que constituye a la vez el medio ascético superior y la única comprobación segura y visible de la autenticidad de la fe.[52] De lo anterior se sigue una conclusión que podría ser bastante

---

[50] *Ibid.*, p. 197.
[51] *Ibid.*, p. 198.
[52] *Ibid.*, p. 180.

sorprendente para muchos desde el punto de vista de su valor: el capitalismo, como señala el mismo Weber, nada tiene que ver con el afán de lucro ilimitado, sino todo lo contrario: este «debería considerarse precisamente como el freno o, por lo menos, la moderación racional de este impulso irracional lucrativo».[53] A quienes entonces calificaban al capitalismo como la «filosofía de la avaricia», Weber responde que este «es el ideal del hombre honrado y digno de crédito» y recuerda que capitalismo entendido como ambición desmedida existió en China, India y Babilonia, entre otras regiones del mundo.

El caso del surgimiento del capitalismo como resultado de las ideas religiosas dominantes enseña que las creencias y valores pueden ser mucho más poderosos que el mero interés individual, entendido como una ecuación entre costes y beneficios y que, por tanto, a diferencia de lo que plantean ciertas doctrinas económicas, el ser humano no se mueve exclusivamente por incentivos.

Así como en el socialismo fueron las ideas cultivadas por legiones de intelectuales las que amenazaron con destruir la civilización occidental, en el capitalismo fueron las ideas y creencias desarrolladas a partir de la Reforma, acuñadas por una larga fila de pensadores religiosos y laicos, lo que permitió vencer el «tradicionalismo» y cambiar finalmente la fisionomía económica y cultural de Occidente.

---

53 *Ibid.*, p. 26.

La falacia de los incentivos

La falsa creencia según la cual nuestro comportamiento es casi exclusivamente el resultado directo de incentivos está bastante extendida en círculos de derecha. Bien puestos los incentivos, dicen, las personas se inclinarán a actuar de manera eficiente y productiva. Esto lo oímos a diario de parte de empresarios, economistas y políticos en nuestro país.

Aunque este enfoque económico de la conducta humana sin duda es bastante acertado, también presenta serias insuficiencias. La más evidente es que no asigna ningún rol relevante a las ideas y los valores como factores decisivos de la conducta humana. Simplemente asume que, existiendo ciertas condiciones de información, la persona obrará necesariamente buscando satisfacer su interés. Así, el ser humano siempre actuaría sobre la base de un cálculo de costes contra beneficios.

No vamos a repetir lo que se ha expuesto en capítulos anteriores respecto a la forma en que las ideas y los valores definen la acción humana, pues ha quedado bastante claro. Basta con recordar el ejemplo de Weber sobre la mentalidad «tradicionalista» para entender que el ser humano no se reduce a una calculadora –aun cuando ciertamente hay bastante de eso–, y que muchas veces la lectura e interpretación que hace del mundo puede incluso inclinar su conducta en una dirección que lo perjudique desde el punto de vista de su interés.

Douglas North, Premio Nobel de Economía que ha sido un gran crítico del enfoque económico de la conducta humana, afirma que los modelos mentales que guían la toma de decisiones de las personas son más complejos

y se ven directamente influenciados por variables ideológicas y religiosas, así como por prejuicios y mitos de todo tipo, lo cual es necesario encauzar a través instituciones con el fin de hacer viable el mercado:

> las ideas, ideologías, mitos, dogmas y prejuicios tienen importancia porque desempeñan un papel clave en la toma de decisiones, y los costes de transacción terminan haciendo que los mercados sean muy imperfectos o que simplemente no existan.[54]

En otras palabras, las ideas, mitos y prejuicios son capaces de aniquilar el mercado si no existen instituciones capaces de canalizarlas adecuadamente. Esto tiene particular importancia en los mercados políticos, dice North, pues en ellos resulta muy difícil medir lo que se intercambia y por tanto exigir el cumplimiento de lo prometido, por lo que el nivel de coincidencia entre los intereses del elector y las políticas aplicadas es mínimo. Dada la imperfección de ese mercado, lo que termina prevaleciendo como criterios de decisión son estereotipos ideológicos, prejuicios y cuestiones que poco tienen que ver con cálculos de beneficios.

Esto último resulta de relevancia gigantesca para entender por qué la izquierda suele triunfar en América Latina. North nos avanza la respuesta: como los electores no pueden realmente medir la concordancia entre sus intereses y las políticas aplicadas por los gobiernos, entonces recurren a mitos y estereotipos al momento de

[54] Douglas North, «¿Qué queremos decir cuando hablamos de racionalidad?», en *Revista Estudios Públicos*, n.º 53, Santiago, 1994, p. 3.

elegir. Y es sabido quiénes son los campeones de la mitología y el manejo de las ideas a través del lenguaje. Por eso la izquierda, aun cuando lo haga muy mal en el gobierno, logra salir elegida una y otra vez sobre la base de espejismos como la «justicia social», el discurso de la igualdad y su supuesta preocupación por los pobres. Y es que, como dice North confirmando la tesis del poder *contrafáctico* de las ideas desarrolladas en un capítulo anterior, tal como ocurre con la religión y ciertas doctrinas políticas, las ideologías «son materia de fe antes que de la razón y subsisten pese a las abrumadoras pruebas en contra».[55]

¿Y qué hay de la derecha o los sectores no progresistas en este cuadro? Bueno, como la derecha no destina ni tiempo ni demasiados recursos al mundo de las ideas y piensa casi exclusivamente en términos de productividad, convencida de que los seres humanos nos movemos solo por incentivos, entonces lógicamente no atrae a las masas. Al no transmitir ideas, la derecha no logra configurar una identidad ni perfilarse como referente. Peor aún, termina estigmatizada por los mitos y prejuicios que la izquierda hábilmente transmite a las masas a través de teleseries, discursos políticos, cátedras universitarias, columnas de opinión, etc. Chupasangres, explotadores, «fachos», partidarios del gran capital y pinochetistas son algunos de los conceptos con que astutamente la izquierda ha logrado identificar a la derecha chilena. Y a no engañarse, porque esa visión torcida es precisamente una de las consecuencias del desprecio de la derecha por la

---

[55] *Ibid.*, p. 6.

cultura y las ideas. Es producto de mucho tiempo sin hacer un trabajo de imagen.

Ahora bien, si le creemos a North en que el ser humano no solo se mueve por incentivos, debemos concluir que en el mercado político, especialmente las propuestas técnicas, no atraerán por sí solas a las masas, menos aún en países con bajos niveles educacionales. Se requiere de un relato de fondo que promueva estereotipos, valores e ideas favorables a la sociedad libre como las que defienden las derechas en otras partes del mundo. Eso ayudará a emparejar las cosas en la lucha por las ideas y en la contienda electoral sin la patética necesidad de esperar que un gobierno de izquierda termine arruinando al país para tener opciones de llegar al poder.

El poder electoral de las ideas

Existe una directa relación, aparentemente ignorada por buena parte de las élites y los sectores de derecha chilenos y latinoamericanos, entre las ideas transmitidas y la decisión electoral de las masas. Con North vimos que una de las razones de esta relación es que en el mercado político los prejuicios y estereotipos ideológicos constituyen los criterios de decisión por excelencia. Si esa afirmación la analizamos a la luz del contexto latinoamericano en el que Chile se encuentra, la realidad es aún más dramática. América Latina se caracteriza por una arraigada mitología izquierdista que hace tremendamente difícil el progreso. En pocas partes del mundo el lenguaje, la historia y las ideas se desvirtúan de la forma en que se hace en América Latina, y Chile no es la excepción. No

entraré en detalles, pues sobre esto se ha escrito abundantemente,[56] pero diré que siendo este un dato duro, resulta particularmente arriesgado olvidar la defensa de las ideas y valores necesarios para el progreso de nuestras sociedades. A diferencia de los países desarrollados, en Chile y en los países de nuestra región el proyecto de llegar al desarrollo pende de un frágil hilo que es la legitimidad popular de los sistemas económicos. Por desgracia, ella suele ser proclive a sistemas demagógicos y populistas que prometen soluciones mágicas a los problemas sociales de los que se responsabiliza al «neoliberalismo». Ideas de esa especie han vuelto a tomar vigor en Chile, horadando la legitimidad sobre la que descansa el sistema económico que ya demasiadas voces acusan de «neoliberal» y responsable de reproducir la desigualdad. La mutación del Estado hacia un esquema intervencionista benefactor que nada tiene que ver con lo construido en la década de los ochenta, da cuenta de este fenómeno. De esta manera, la sociedad chilena ha cambiado lenta pero inexorablemente, y de no revertirse la tendencia, lo seguirá haciendo hasta quedar irreconocible.

Pero antes de entrar en las consecuencias del avance de las ideas estatistas, analicemos desde otra perspectiva la forma en que ellas, traducidas en poder electoral, han ido erosionando la legitimidad del sistema económico

---

[56] Sobre este tema puede consultarse mi libro *El Chile que viene* (Santiago, 2007), cuya primera parte aborda esta cuestión. Otros textos de interés sobre la materia son *El manual del perfecto idiota latinoamericano* de Álvaro Vargas Llosa, Carlos Alberto Montaner y Plinio Apuleyo Mendoza; *Fabricantes de miseria*, de los mismos autores; *Del buen salvaje al buen revolucionario*, de Carlos Rangel; y *Cuentos Chinos*, de Andrés Oppenheimer.

liberal imperante en Chile. Robert Dahl, cientista político y profesor de la Universidad de Yale, explica que hay diversos factores que concurren en la formación de las creencias de los individuos. Uno de ellos es el acceso a las ideas. Para tener acceso a una idea, es necesario que esta forme parte de nuestro entorno; en otras palabras, que nos veamos expuestos a esa idea de manera más o menos regular. El período crítico para que esa exposición surta efectos se da en la juventud de cada persona, que es el periodo de mayor receptividad. En ese momento, la influencia de quienes propugnan las ideas es de vital importancia y contribuirá en buena parte a definir las creencias de las nuevas generaciones. El colegio, la universidad y la iglesia resultan así determinantes en quienes están en período de formación. Ahora bien, la formación recibida hará que las personas se inclinen por ciertas preferencias políticas representativas de las creencias adquiridas en el período formativo. Dahl cita el ejemplo de la influencia que tuvieron las universidades inglesas en la difusión y cristalización de las ideas liberales en el sistema político de la India y en las universidades indias. Para Dahl, el sistema político de tipo occidental en la India fue la consecuencia de la formación recibida por intelectuales, líderes y diversos eruditos en las universidades inglesas, y llega a sostener que si, en lugar de haber estado expuestos los estudiantes indios a las ideas liberales, lo hubieran estado a ideas antidemocráticas y antiliberales, difícilmente en la India se habría abierto el acceso a una poliarquía.[57] En el caso de Chile ocurrió algo similar. El sistema económico liberal implementado

[57] Robert Dahl, *La poliarquía*, Tecnos, Madrid, 1989, p. 154.

en el gobierno militar estuvo a cargo de jóvenes que habían estudiado economía en universidades norteamericanas, fundamentalmente en la de Chicago. En ese lugar estuvieron expuestos directamente a las ideas de Milton Friedman, cuya forma de entender las políticas públicas y la política económica en general inspiró directamente el modelo introducido en Chile. Si en lugar de Chicago Boys, la política económica chilena la hubieran definido los Moscú Boys o los Paris Boys, jamás habría existido el «milagro chileno» y la institucionalidad económica actual sería muy distinta a la que conocemos. Fue esa particular y revolucionaria concepción de la economía desarrollada por la Escuela de Chicago –y antes por la Escuela Austriaca de Economía– lo que permitió a Chile sobresalir en la región. Y muchas de esas ideas son también las que rigen la enseñanza de la economía en las universidades más prestigiosas del país hasta el día de hoy.

Del argumento anterior es fácil concluir lo peligroso que resulta el desprecio por la cultura y la formación intelectual. Las obras de teatro, los libros, la educación en universidades, la música, el arte, todo eso contribuye a definir la opinión de las masas y a inclinarlas políticamente. De este modo, si la formación recibida en colegios y universidades tiende a ser de sello progresista, entonces las creencias de quienes se han formado en dichos lugares al expresarse políticamente tenderán a hacerlo por quienes digan representar proyectos de izquierda. De igual manera, el funcionamiento institucional de un país responderá a las creencias adquiridas en la formación de quienes las integran. «Parece evidente –dice Dahl– que las creencias de los individuos influyen en las acciones colectivas y, por ende, en la estructura y en el funcionamiento de las

instituciones y de los sistemas».[58] Aquí vemos reiterada la advertencia de Kristol respecto a la importancia que tienen las ideas en el funcionamiento de las instituciones, pero se suma además el funcionamiento de los sistemas en general –políticos y económicos–. Así las cosas, no es de pura casualidad que la izquierda se empeñe tan afanosamente en tomarse la cultura, y particularmente en hacerse con una posición dominante en la educación escolar pública y el mundo intelectual. Es que ellos no creen que la filosofía, las ideas, sean inútiles, sino todo lo contrario: manejadas de forma inteligente pueden ser sumamente útiles, e incluso rentables.

Pero hay un segundo aspecto que tiene relación con el desarrollo de creencias y que resulta de la mayor relevancia. El éxito político de una determinada idea está ligado, además, según Dahl, con el prestigio de la idea, es decir, con la reputación de sus partidarios y de sus enemigos y con los éxitos y fracasos de las organizaciones y las personas que las promueven. No hay duda de que aquí encontramos el talón de Aquiles histórico de la derecha chilena y en general de las élites chilenas y latinoamericanas que no se identifican con la izquierda. Y es que, como mencionaba anteriormente, la idea de derecha, en conjunto con las ideas liberales de esfuerzo individual, riqueza y lucro, en nuestro país y continente siempre han tenido un pésimo prestigio. La campaña sistemática por enlodarlas ha sido realizada por el progresismo a todo nivel y con efectos concretos sobre las creencias de la gente.

Por si todavía quedaran dudas acerca del rol esencial de los intelectuales y del gigantesco error de despreciar

[58] *Ibid.*, p. 119.

la actividad intelectual como una cuestión inútil, veamos lo que dice Dahl al respecto:

> los intelectuales y eruditos ocupan una posición estratégica en lo que atañe a conferir o restar prestigio a una idea, pues intelectuales, científicos, eruditos y demás expertos acreditados conceden a las ideas la validez necesaria para que las acepten los que no pueden investigar por su cuenta.[59]

Más allá de la obvia concordancia de la afirmación de Dahl con las reflexiones que hemos visto de Popper, Hayek, Mises y Mill, entre otros, llama poderosamente la atención la expresión que utiliza Dahl para referirse a los intelectuales. Dice el politólogo norteamericano que estos ocupan una «posición estratégica». Con ello se refiere a estrategias de poder político, o lo que se ha llamado tradicionalmente «política arquitectónica». En otras palabras, los intelectuales, dotando de prestigio y reputación a ciertas ideas, construyen buena parte de la plataforma popular necesaria para que ciertos partidos políticos lleguen al poder. Son una especie de punta de lanza de los partidos políticos.

La educación pública como plataforma del proyecto político-económico progresista

La izquierda, como hemos visto ya largamente, es experta en el manejo de las ideas. Lejos de caer en el cortoplacismo tan propio de las derechas latinoamericanas,

---

59 *Ibid.*, p. 155.

concientemente o no, esta trabaja desde la base en proyectos realmente transformadores de la sociedad. En ese sentido, la escuela y la formación intelectual en general son de vital importancia. Transmitir e inculcar desde la más temprana edad ideas estatistas resulta crucial para lograr una masa crítica suficiente que se traduzca posteriormente en valioso capital político. Dominar la educación pública y en lo posible la universitaria –y así la cultura– es, por ello, una prioridad para el progresismo. La mecánica de este proceso fue expuesta en el capítulo anterior, en el que se analizó la forma en que se configuran las creencias en la etapa de formación escolar y universitaria y cómo estas se manifiestan luego políticamente. La obsesión de la izquierda por fortalecer la educación pública y capturar en general el mundo intelectual y el de la cultura se explica en ese contexto. Y este fenómeno no ocurre exclusivamente en América Latina, sino en casi todo el mundo occidental y especialmente en Europa. Veamos algunos ejemplos europeos para entender cómo opera en la práctica en pleno siglo XXI la estrategia concientizadora del progresismo.

En un interesante artículo de Roger Scruton, profesor visitante de varias universidades entre las que se cuentan Cambridge, Princeton y Standford, titulado «La hegemonía intelectual de la izquierda progresista», el autor señala que la educación en Gran Bretaña se encuentra completamente sesgada hacia la izquierda. Scruton cita como ejemplo uno de los textos escolares más estudiados en Inglaterra. Su reproducción resulta interesante para advertir el tipo de ideas transmitidas a jóvenes en proceso de formación y que, como veremos, coincide con lo que

se enseña en países como Francia y Alemania. El texto dice lo siguiente:

> La desigualdad de poder y de los privilegios ha sido una característica muy común, si no universal, de las sociedades humanas, aun cuando el grado de desigualdad ha variado enormemente. Casi siempre se ha dado que algún grupo o grupos han dominado o explotado a otros grupos. En algunos momentos de la historia de una determinada sociedad, el pueblo se ha rebelado contra esta desigualdad y la ha desafiado; en otros, en cambio, ha aceptado sumisamente su subordinación.[60]

El anterior es un emblemático ejemplo de cómo las ideas socialistas se inculcan desde la etapa escolar sin ofrecer visiones alternativas. Como advierte Scruton, la lectura marxista de la historia es evidente en el texto. Este sesgo izquierdista, por lo demás, se observa en casi todas las humanidades y se deriva de dos prácticas que Scruton denuncia. La primera es la instalación de un discurso académico que solo superficialmente es crítico, pero que en el fondo busca cerrar filas en torno a ciertas ideas no cuestionadas. A ella se agrega una segunda práctica que consiste en realizar críticas ideológicas a toda manifestación intelectual que no sea progresista. Así, por ejemplo, se atribuye un carácter autoritario a textos tradicionales y se ven intereses de clases dominantes en la promoción de ciertas reglas de conducta y determinados valores. Se persigue obsesivamente el

---

[60] Tony Bilton *et al.*, «Introducing Sociology», Londres, 1981, en Roger Scruton, «La hegemonía intelectual de la izquierda progresista», en *Revista Estudios Públicos* n.º 85, Santiago, 2002, p. 258.

«poder» en todo aquello que no sea afín a la izquierda acusándolo de clasista o paternalista. Como resultado de estas dos prácticas, dice Scruton, «las humanidades quedan abiertas a una absoluta politización, y la intelectualidad de la izquierda progresista controla el currículum, el método y la ideología de estudio».[61]

Los casos de Francia y Alemania no son muy diferentes. El economista alemán Stefan Thiel realizó un estudio sobre los textos que deben estudiar los alumnos en Francia y Alemania en sus cursos de economía. Las conclusiones publicadas en un interesante artículo en la revista *Foreign Policy* son sorprendentes.[62] Según Thiel, en pleno siglo XXI millones de niños son educados en el prejuicio y la desinformación. Las escuelas públicas en ambos países han logrado crear un fuerte sentimiento anticapitalista en la población. Así, por ejemplo, el 2005 solo un 36% de los franceses decía apoyar el sistema de empresa privada, mientras en Alemania, hacia el año 2007, el apoyo a ideas socialistas alcanzaba un histórico 47% contra el 36% de 1991. Como consecuencia, la expansión de las ideas estatistas expresadas en el mito del Estado benefactor han terminado por asfixiar las economías de ambos países, los que en la última década han enfrentado niveles de desempleo récord y serios problemas de eficiencia.

Según reza literalmente un texto escolar en Francia, «el crecimiento económico impone una forma de vida

---

[61] Roger Scruton, *La hegemonía intelectual de la izquierda progresista*, p. 259.

[62] Véase Stefan Thiel, «Europe's Phylosophy of Failure», en *Foreign Policiy*, enero-febrero de 2008. Artículo disponible en: <http://www.foreignpolicy.com/story/cms.php?story_id=4095>. Última visita: 5/1/2009.

agotadora que produce exceso de trabajo, estrés, depresión, enfermedades cardiovasculares e incluso cáncer». Otros textos que deben memorizar los estudiantes franceses dicen que las últimas dos décadas «han duplicado la riqueza, duplicado el desempleo, la pobreza y la exclusión, cuyos efectos perniciosos constituyen el fundamento de un profundo malestar social», y finaliza afirmando que la prosperidad en el futuro «depende de la regulación del capitalismo a escala planetaria». El capitalismo, por su parte, es descrito como «brutal», «salvaje» «neoliberal» y «americano». Aunque usted no lo crea, este texto escolar fue publicado el año 2005.

El Ministerio de Educación francés, por supuesto, dispone que los alumnos aprendan que el progreso económico es el responsable de los males sociales de los que el Estado debe proteger a los ciudadanos por medio de la regulación. Además, se enseña que el progreso tecnológico destruye puestos de trabajo y que una de las soluciones a la perversa globalización es aplicar un impuesto global a la movilidad de capitales.

En Alemania, los cursos de economía se encuentran elaborados desde el prisma del conflicto entre trabajador y empresario con un especial énfasis en la protección de los trabajadores por parte del Estado. A los gerentes y dueños de empresas se los muestra en caricaturas como alcohólicos, fumadores empedernidos, plutócratas e incluso vinculados al trabajo infantil. Alusiones al emprendedor exitoso, a las ideas de mérito y esfuerzo, prácticamente no existen, según Thiel. Sobre el problema del desempleo, los textos sostienen que el Estado es la solución, culpando del mismo a la tecnología y los robots. En cuanto al éxito de China e India, se enseña

que este se debe a la práctica del proteccionismo y a la gran cantidad de empresas en manos del Estado. Por último, la educación pública alemana es especialmente cuidadosa en enseñar a los alemanes cuáles son sus «derechos» como receptores de asistencia del Estado benefactor alemán.

Tanto franceses como alemanes aprenden, en pocas palabras, que el Estado crea empleo y el sector privado lo destruye, que los empresarios explotan y el Estado protege, que el mercado libre es el caos y el gobierno el orden y que la globalización es destructiva. Todas ideas que parecen estar cada vez más de moda en Chile, y ni hablar de América Latina.

Como bien sostiene Thiel, esta formación determina en buena medida las decisiones que los estudiantes tomarán en su vida adulta, tanto a nivel personal como político. Así, por ejemplo, solo 2 de 5 alemanes y franceses prefieren ser su propio jefe, en oposición a 3 de 5 americanos. Mientras tanto, las cifras de emprendedores son 4 y 8 veces más altas en Estados Unidos que en Alemania y Francia, respectivamente.

Dado que los franceses y alemanes aprenden a desconfiar del capitalismo y a creer en el Estado desde la escuela, al tener que votar muchos sentirán inclinación de hacerlo por quienes propugnan medidas más estatistas, las que una vez implementadas –como ocurrió con la jornada laboral de treinta y cinco horas semanales en Francia– definen el éxito económico de un país.

En el caso de la enseñanza de la economía en Chile, actualmente esta no tiene mayor importancia dentro de los contenidos fijados por el Ministerio de Educación. Con anterioridad a la reforma educacional de 1997,

Economía Política era estudiada como una asignatura independiente en tercer año de enseñanza media. La reforma la eliminó como asignatura independiente, dividiendo sus contenidos en otras ramas estudiadas el primer año de enseñanza media. Dos estudios del Instituto Libertad y Desarrollo sobre la enseñanza de la economía en Chile arrojaron interesantes resultados. El primero de ellos fue realizado el año 2004. En él se concluyó que los textos con que los alumnos de colegios públicos chilenos estudiaban economía «recogían un pensamiento económico y político con un sesgo importante en la dirección reguladora e intervencionista del Estado».[63] El material de estudio, agrega el informe, no recogía el amplio consenso existente en torno a la conveniencia de la economía de mercado y planteaba una visión pesimista y egoísta del capitalismo.

El segundo informe, realizado en 2005, detectó importantes avances consistentes en la abstención de emitir juicios subjetivos en los textos de estudio. Sin embargo, el mismo informe señala que todavía existe un sesgo en algunas áreas, y que la entrega de información incompleta puede llevar a los alumnos a sacar conclusiones equivocadas en temas como la desigual distribución del ingreso. En cuanto a los modelos económicos, el sistema liberal aún es presentado con un sesgo egoísta, mientras los sistemas colectivistas y mixtos se plantean como centrados en el bien común. No hay un análisis crítico sobre los fracasos estrepitosos de los sistemas centralmente planificados y

---

[63] LyD: *¿Qué aprenden de economía nuestros niños en el colegio?*, informe económico n.º 159, octubre de 2005. Disponible en: <www.lyd.com>. Última visita: 30/04/09.

tampoco una explicación del principio de subsidiariedad del Estado. De hecho, se afirma que dentro de las funciones del Estado se encuentra la de proveer transporte público, agua, energía e incluso automóviles. De paso, los textos hacen también una limpieza de imagen del gobierno de Salvador Allende señalando que «al inicio de los 70 Chile se encontraba entre los países con mayor desarrollo social de América Latina. El nivel educacional, el sistema público de salud y el programa masivo de alimentación para escolares constituían uno de los más avanzados en la región».[64] Tal como se encarga de aclarar la investigadora en el informe, el texto distorsiona la realidad. No viene al caso exponer los datos con que se refuta el pasaje citado, pero resulta interesante advertir cómo opera el trabajo de propaganda a nivel escolar.

En suma, la formación que reciben los alumnos en colegios públicos chilenos en economía es escasa y distorsionada.

Sobre la relevancia de las creencias en torno al mercado y el trabajo, además de los trabajos de Douglas North, existe toda una vertiente económica liderada por el Nobel de Economía Edmund Phelphs, que plantea que estas son finalmente más importantes en el desempeño económico de los países que factores como el gasto social, los niveles de impuestos y la regulación laboral. Y estas creencias se adquieren fundamentalmente en el colegio y las universidades, es decir, en el mundo que manejan los intelectuales.

Como chilenos y latinoamericanos debemos preocuparnos el doble que los europeos por los prejuicios que

[64] *Ibid.*

adquieren nuestros estudiantes en la educación pública y universitaria. Ello sencillamente porque no hemos alcanzado los niveles de riqueza y desarrollo que han alcanzado los europeos como para poder darnos el lujo de despreciar y desconfiar del único camino capaz de sacarnos adelante. Incluso los europeos, si quieren salir del estancamiento en que se encuentran, tendrán que revisar su aproximación para con el capitalismo a todo nivel, partiendo de la formación escolar.

Políticos e intelectuales progresistas: una sociedad conveniente

Si nos detenemos a examinar brevemente qué partidos o corrientes políticas cuentan con la mayor cantidad de «intelectuales» –particularmente sociólogos, politólogos, antropólogos y filósofos–, la respuesta es más que evidente. Lo mismo ocurre si examinamos la cultura en general. Difícilmente encontraremos artistas, escritores o poetas que no sean de izquierda, y salvo un par de universidades tampoco el mundo académico constituye la excepción a esta hegemonía progresista. Hay tres razones fundamentales por las que la cultura, la educación y el mundo intelectual suele ser dominado por la izquierda. La primera razón es que, como hemos dicho, las élites sociales y económicas de derecha desprecian el mundo intelectual por no ser rentable en dinero, profesando un falso optimismo capitalista. La mayoría estudia carreras con enfoques estrictamente productivos, y rara vez alguno se proyecta dedicándose al tema intelectual.

La segunda razón, que también hemos mencionado, es que, a diferencia de lo que ocurre con la derecha, la

izquierda política conoce perfectamente la importancia que tienen las ideas como agente movilizador de masas. Cuenta por eso mismo con una larga trayectoria acaparando la cultura y los sistemas escolares y universitarios, mientras la derecha se dedica a ganar dinero confiando ingenuamente en que sus hijos estarán a salvo en sus colegios particulares.

La tercera razón tiene que ver con los incentivos de los intelectuales, sus «intereses de clase», que diría Marx. Si la mayoría de ellos son de izquierda y, por tanto, defienden un rol intervencionista del Estado, se debe no solo a su real convicción en ese sentido, sino también a que el Estado les garantiza un mínimo de salida. En otras palabras, muchos intelectuales encuentran en el aparato público una riquísima fuente de trabajos e ingresos seguros, libres de los riesgos del mercado. Antropólogos, sociólogos, politólogos y otros intelectuales, las más de las veces mediocres, que compitiendo en el mercado, como todos los demás, simplemente no sobrevivirían, integran numerosas comisiones, universidades, organizaciones no gubernamentales y organismos públicos de dudosa utilidad pero que, financiados directa o indirectamente por el Estado, transmiten ciertas ideas –que podríamos reducir a la idea de «igualdad»– políticamente rentables para quienes los financian, es decir, para los políticos también progresistas que controlan el gobierno o parte de la administración pública. La simbiosis es perfecta: los políticos de izquierda garantizan a través del Estado trabajos e ingresos a intelectuales de izquierda y, por contrapartida, estos se convierten en verdaderos activistas políticos, difundiendo por todos los medios –colegios, universidades, arte, teleseries, prensa, etc.– las

ideas igualitaristas que los primeros venden como eslóganes políticos para llegar al poder. A ello se agrega una cuota relevante de envidia del mundo intelectual de izquierda, que considera inconcebible que un «primitivo» comerciante de frutas gane varias veces más que un «iluminado» cientista social. Esa envidia incrementa los anhelos de igualdad a todo nivel y, en consecuencia, las ansias de captura del Estado.

El activismo político de los intelectuales de izquierda tiene un lado que es particularmente perverso. Como necesitan del Estado para contar con ingresos y trabajos seguros, entonces deben promover abiertamente el intervencionismo estatal en toda suerte de esferas. Sumada a sus falaces visiones ideológicas, esta necesidad de subsistencia sin esfuerzo competitivo real los lleva a alimentar una serie de escenarios socialmente conflictivos a los que ellos mismos se presentan como la solución. Probablemente pocos contribuyeron tanto a agravar el problema indígena en el sur de Chile –bandera de lucha del progresismo– como los intelectuales de izquierda. Y es que la existencia de un «conflicto mapuche» –expresión falsa utilizada para dar la impresión de que se trata de la lucha de una etnia entera en contra de un determinado sistema– obliga al Estado a intervenir en aras de una solución que respete la diversidad, los derechos ancestrales y una serie de fórmulas en que los progresistas son expertos. Por supuesto, para eso son necesarias legiones de antropólogos, sociólogos y otros «expertos» que el Estado supuestamente requiere para enfrentar el problema. Así, colgada del eslogan de la autonomía indígena, de los derechos ancestrales, de la justicia histórica y un sinfín de conceptos las más de las veces

vacíos pero políticamente rentables, nuestros intelectuales de izquierda se presentan como la solución a los problemas que ellos mismos se han encargado de azuzar.

La amenaza del discurso igualitario: algunas ideas anticapitalistas de moda

Hemos analizado algunas de las causas por las cuales la izquierda ejerce una hegemonía casi total en los círculos intelectuales y en los diversos ámbitos de la cultura. También profundizamos en la forma en que las ideas sirven como instrumento movilizador de masas por la vía electoral. Toca ahora analizar la idea más fuerte de la izquierda progresista, el eje de su discurso político y la obsesión de sus intelectuales. Me refiero a la idea de igualdad. En mi anterior libro *El Chile que viene,* afirmé que el discurso igualitarista de la izquierda es falaz. Repetiré brevemente el argumento en las próximas líneas como modo de introducción a un análisis más detallado sobre este problema.

La falacia de la igualdad en el discurso de izquierda radica en el supuesto de que la igualdad es intrínsecamente buena. Para los sectores de izquierda la igualdad es buena en esencia y, por tanto, debe ser la aspiración de todo proyecto político, económico y social y de todo esfuerzo intelectual. La falacia del argumento queda al descubierto con una pregunta muy sencilla: ¿Es siempre buena la igualdad? O formulado en otras palabras, ¿es preferible la igualdad social y económica de Haití a las desigualdades económicas y sociales de Chile?

Para ser consecuente, un progresista que estima que la igualdad es buena por definición deberá responder

que es preferible la situación económica y social de Haití, donde hay más igualdad, a la chilena, donde hay menos igualdad. Porque si la igualdad siempre es buena, entonces en todos los casos será preferible a la desigualdad que, *a contrario sensu*, siempre será mala. La consecuencia de este razonamiento falaz es evidente: es mejor la igualdad en la pobreza que la desigualdad en la riqueza.

La historia ha demostrado que, invariablemente, las vertientes progresistas han preferido la igualdad en la miseria que la desigualdad que acompaña de forma natural al mercado. Los socialismos reales al estilo cubano son el mejor ejemplo. Esta aversión por la desigualdad, como se sabe, es la piedra angular del marxismo, que creyó que el paraíso en la tierra era posible eliminando las distinciones de clase y la propiedad privada.

Pero a pesar del rotundo fracaso del socialismo, al que se ha sumado recientemente la crisis de los Estados de bienestar europeos, la aversión por la desigualdad –estimulada en gran parte por la envidia– no ha sido superada, por lo que sigue siendo una amenaza real para la prosperidad de países como los nuestros. En economía y psicología social existe una vertiente muy fuerte que argumenta, con estudios en mano, que las sociedades más desiguales tienden a tener una calidad de vida mucho peor y a enfermarse más. El argumento sugiere que los seres humanos somos tan sensibles a las diferencias de poder, jerarquías y posición que se dan en nuestras relaciones cotidianas, que el desequilibrio en esta materia deriva en serias enfermedades e incluso en la muerte prematura. La explicación es claramente materialista –en el sentido marxista de la palabra– y alude esencialmente a las relaciones de producción y las

relaciones de clase (en esta línea se insertan los textos de estudio de colegios europeos citados más arriba).

Según esta corriente de pensamiento, los factores llamados «psicosociales» definen de manera determinante nuestra salud y los procesos biológicos que conducen a enfermedades. Muchas de nuestras enfermedades, dice la teoría, se desencadenan por lo que pensamos y sentimos acerca de nuestra situación social y circunstancias materiales[65] (aquí hay que llamar la atención sobre la función que juegan nuevamente las ideas que tengamos sobre nuestro estatus social).

Richard Wilkinson, académico británico que ha dedicado su carrera a la investigación sobre los efectos de las desigualdades de ingresos sobre la salud de las personas, afirma sin más que aquellas sociedades en que las diferencias entre ricos y pobres son pequeñas son más sanas, debido a que son sociedades menos estresantes, menos violentas y menos hostiles. Wilkinson dice:

> Las desigualdades en las rentas afectan a todo, desde el tipo de estructura social a la que se enfrentan los individuos hasta la naturaleza del desarrollo emocional temprano. Las desigualdades socioeconómicas ejercen un profundo efecto en la calidad del entorno social y del bienestar psicosocial de la población.[66]

Luego, Wilkinson realiza una afirmación que a mi juicio representa el mayor peligro en la lógica progresista: lo que define la salud de una persona y de la sociedad,

---

[65] Richard Wilkinson, *Las desigualdades perjudican*, Editorial Crítica, Barcelona, 2001, p. 10.

[66] *Ibid.*, p. 14.

según el autor, «no son los niveles absolutos de renta y bienestar, sino la renta relativa y el estatus social».[67]

Esta afirmación es de relevancia gigantesca y nos lleva de vuelta a la falacia de la igualdad comentada al principio. Porque si lo que realmente cuenta no son los niveles absolutos de renta, es decir, que la persona tenga suficiente para darse una buena salud, una educación razonable y tener una vivienda digna, sino que en realidad lo que define nuestra salud es no tener mucho menos que el otro, entonces lo que importa no es crear riqueza sino garantizar una igualdad distributiva de la cual debe hacerse cargo el Estado. Tenemos así que es preferible la igualdad en la pobreza que la desigualdad en la riqueza. Con este argumento, la falacia de la igualdad encuentra sustento científico. Ahora bien, como la salud es un tema de políticas públicas, entonces corresponde al Estado resolverlo y, por tanto, corregir las desigualdades en aras de procurar una convivencia social y salud individual mejor. Y para eso debe intervenir, como decíamos, con una propuesta cada vez más redistributiva y estatista. Wilkinson plantea que el problema se da fundamentalmente en aquellos países donde el nivel de ingreso significa mucho en la jerarquía social, precisamente el caso de Chile y los países latinoamericanos.

Disminuyendo los niveles de desigualdad, dice Wilkinson, no solo disminuirán las enfermedades, la mortalidad prematura, el estrés y muchos otros males, sino también las tasas de homicidios, la hostilidad y la violencia en general. Para evitar todo ello hay que desmontar las «estructuras de dominación» que existen en las sociedades

---

[67] *Ibid.*, p. 23.

jerarquizadas y establecer relaciones sociales más horizontales, lo cual solo es posible de lograr disminuyendo la brecha entre ricos y pobres. Esto, como es lógico, solo puede hacerse nivelando hacia abajo, es decir, empobreciendo a los que tienen más para distribuir entre los que tienen menos. Ese es el modo de superar la jerarquía social, que según esta vertiente sociológica –y de la sociología marxista en general–, «se basa en el poder, la coacción y el acceso a los recursos sin tener en cuenta las necesidades de los demás».[68] Para Wilkinson, la única forma de que exista la amistad, pieza clave de la salud humana y social, según dice, es eliminando el estatus social y reemplazándolo por posiciones de reciprocidad y reconocimiento de las necesidades de los otros. Y ante la objeción según la cual la violencia se da principalmente entre pobres, que son iguales, la teoría responde que también es una forma de violencia dejar al pobre sin vivienda, comida o educación. Se trataría de una «violencia institucional» de los ricos contra los pobres que los haría sentir humillados y avergonzados. Por eso predominaría la violencia en los estratos sociales bajos, pues es la forma tradicional del ser humano para intentar restaurar su dignidad. Veamos la siguiente afirmación de Wilkinson:

> La violencia ha sido siempre el modo en que los hombres han intentado defender su honor y conservar su prestigio. Esto explica por qué sucede con mayor frecuencia entre los que se encuentran en la parte inferior de la escala social, ya que está fuertemente relacionada con la desigualdad en la renta y tiende a desencadenarse en

[68] *Ibid.*, p. 39.

> situaciones en las que la persona siente que su dignidad ha sido atropellada. Una amplia diferencia en la renta significa que la gente ha sido excluida de los puestos de trabajo y salarios, que constituyen el origen habitual de la posición social. Las acusaciones de inferioridad hacen a las personas mucho más sensibles en el tema de respeto y dignidad. Por consiguiente, el hecho de que el delito violento esté relacionado con la desigualdad, indica que lo que realmente importa en la privación relativa no es tanto el bajo nivel de vida en sí, sino la afrenta a la dignidad y el respeto, y la acusación de inferioridad que acompaña a la pobreza relativa.[69]

En pocas palabras, no importa cuánto tengo yo, si usted tiene mucho más y, por tanto, una posición social superior, yo me sentiré agredido y humillado y, en el intento de restaurar mi dignidad, tenderé a la violencia. O dicho de otra forma: peor que tener poco es tener menos que otro; por tanto, es mejor y más sana una sociedad donde muchos tengan poco pero en cantidades similares que una donde muchos tengan más pero con grandes diferencias.

Estas, por cierto, no son de ideas obsoletas, sino de última moda entre cientistas sociales, políticos y economistas en el mundo entero.

Una línea similar a la anterior es la que promueve Richard Layard, profesor de la London School of Economics y experto en lo que se ha llamado «economía de la felicidad».[70] Al igual que Wilkinson, Layard, un

---

69 *Ibid.*, p. 47.

70 Véase: Richard Layard, *Happiness, has social science a clue?*, conferencia presentada en la London School of Economics and Political

crítico del capitalismo, afirma que lo importante para la felicidad no son los ingresos en términos absolutos sino relativos. Según Layard, nuestra incapacidad para sentirnos satisfechos con lo que tenemos nos condena a una *rat race* (carrera de ratas) enfermiza. El argumento sostiene que, alcanzado un cierto nivel de riqueza –15 mil dólares de ingreso per cápita–, el enriquecimiento extra paradójicamente no aumenta la felicidad en la sociedad, sino que la disminuye. Esto se conoce como la paradoja de la prosperidad o paradoja de Easterlin y podría formularse en términos simples de la siguiente manera: aunque mi situación mejore, me sentiré peor, pues la de otro mejoró más y por tanto no podré estar satisfecho con mi nueva situación. La solución, entonces, dice Layard, es aumentar impuestos para desincentivar el trabajo duro, desacelerar la movilidad y disminuir las desigualdades de ingresos que nos hacen infelices, es decir, fomentar un abierto intervencionismo estatal. Esto, afirma Layard en concordancia con Wilkinson, nos hará más felices y más sanos.

En Chile, parte importante del mundo progresista moderado sigue esta línea y es observable tanto en sus discursos como en los análisis más elaborados de sus intelectuales a través de *papers* y columnas de opinión. En una columna publicada en el diario *El Mercurio* el 1 de noviembre de 2005, uno de los máximos referentes intelectuales de la izquierda chilena, el sociólogo Eugenio Tironi, señalaba citando directamente un libro de Richard Layard lo siguiente:

Science, marzo de 2003. Disponible en: <http://cep.lse.ac.uk/events/lectures/layard/RL030303.pdf>. Última visita: 10/01/2009.

> Europa continental goza de tasas de felicidad bastante mayores que Estados Unidos. ¿Por qué? Porque hay menor flexibilidad, competencia y desprotección (o lo que es lo mismo, mayores grados de rigidez, predictibilidad y amparo); porque trabajan menos horas; porque mantienen un estilo de vida donde la libertad se alcanza en la comunidad y no en la libertad que da la fortuna individual, donde se privilegia la pertenencia y no la autonomía, la estabilidad y no la movilidad. Esto –agrega Tironi– hace que exista más confianza, más seguridad y relaciones humanas de más calidad.

En otras palabras: para ser más felices debemos trabajar menos, tener mercados laborales más rígidos, ser menos competitivos y someter nuestras preferencias a los dictados de la comunidad.

El de Tironi es tan solo un ejemplo de lo que promueve el progresismo en Chile. Otros ejemplos serán analizados más adelante. Por ahora digamos que hay argumentos suficientes para destruir planteamientos igualitaristas y anticapitalistas como los presentados. En efecto, de acuerdo a Harris, encuestadora de fama mundial, el 65% de los estadounidenses el año 2003 veía su futuro personal con optimismo –factor esencial de la felicidad– contra un 44% de los europeos, cuyas sociedades son mucho más igualitarias. Al mismo tiempo, un 58% de estadounidenses se declaraba satisfecho con sus vidas contra un magro 33% en la benefactora comunidad europea.[71]

---

[71] Johan Norberg, *¿Quién dice que el dinero no puede comprar la felicidad?*, artículo disponible en: <http://www.elcato.org/node/138>. Última visita: 19/12/2008.

Bastarían esas cifras para hacer tambalear el argumento de la seguridad y el incremento de impuestos. La verdad es que las sociedades son más felices en la medida en que se enriquecen porque aumenta el control de las personas sobre su vida y aumenta su libertad. Una persona con mayores ingresos puede darse el lujo incluso de reducir su horario de trabajo, como de hecho ocurrió con el 48% de los norteamericanos entre los años 1998 y 2003. Es más, en el último siglo la jornada de trabajo semanal promedio en Estados Unidos disminuyó en un 40% gracias a la acumulación de riqueza.[72]

Un estudio particularmente decidor en estas materias fue realizado por la Universidad de Pennsylvania el año 2008. Xavier Sala-i-Martin, profesor de la Universidad de Columbia, señala que, según este estudio, en el 80% de los casos la gente de los países ricos declara ser más feliz que en los países pobres.[73] Otros datos interesantes arrojados por el estudio apuntan que en los países ricos la proporción de personas que dice haber sonreído en las últimas 24 horas es mucho mayor que en los países pobres, y que en promedio, la gente de derecha es más feliz que la de izquierda. Esto último se explicaría porque en la derecha las personas tienden a ser más religiosas y a estar casadas en mayor proporción que en la izquierda.[74] Así, a igualdad de ingresos, las personas casadas y religiosas muestran ser más felices.

---

[72] Véase Jerry Jordan, *Jobs creation and goverment policy*, artículo disponible en: <http://www.cato-at-liberty.org/2009/01/12/making-work-destroying-wealth/>. Última visita: 27/03/2009.

[73] Xavier Sala-i-Martin, *Dinero y felicidad*, artículo disponible en: <http://www.elcato.org/node/3733>. Última visita: 19/12/2008.

[74] *Ibid*.

En fin, las críticas son múltiples y van desde datos estadísticos duros hasta cuestiones teóricas en torno a la felicidad. No es el objeto de un libro centrado en la importancia de las ideas abordar con profundidad discusiones de naturaleza técnica. Resulta, en todo caso, necesario destacar que detrás de los planteamientos presentados existen hordas de intelectuales progresistas de diversas disciplinas promoviendo sus ideas con el objeto de aumentar la intervención del Estado y «combatir» las desigualdades. Lo que acabo de presentar son ideas muy de moda en el mundo progresista y particularmente peligrosas para países en vías de desarrollo incapaces de soportar cargas estatales elevadas. No debemos equivocarnos en eso: los niveles de desigualdad existentes en Chile son simplemente intolerables para quienes se llaman a sí mismos «progresistas» y creen en su ideal igualitario. El proyecto de formar un «Estado social de derecho» o una «sociedad de garantías» se inserta en la lógica de corregir las desigualdades sociales que para la izquierda son la fuente de casi todos los males en la sociedad, y de paso asegurarse una plataforma de poder permanente.

Un punto importante en este contexto tiene relación con el hecho de que las élites sociales son el objetivo del discurso político e intelectual estatista. A los ojos progresistas son ellas las que hacen del país un antro de desigualdad con sus colegios privados, sus redes de poder social, su aislamiento en los barrios altos, sus grupos religiosos de élite, sus universidades desconectadas de la realidad, sus clubes sociales, su obsesión por los apellidos y su predilección por personas de buen barrio y aspecto europeo. Ellas son y serán siempre la fuente

que alimenta el discurso igualitarista que se nutre de paso especialmente bien de la envidia que caracteriza la cultura nacional.

La segunda derivada de este discurso igualitarista, políticamente muy rentable por cierto, se verifica en las políticas públicas. El incremento del tamaño del Estado y la consecuente asfixia de la economía son efectos de este discurso y proyecto igualitario. Si la productividad en Chile se desplomó en un 3,8% en el período 1996-2000, situándose en un magro 0,2% para luego caer nuevamente en los años 2006 y 2007 ubicándose en un -0,7% y -0,3%, respectivamente, cerrando el 2008 con un -0,5%,[75] no es por circunstancias fortuitas. Tampoco lo es el hecho de que el crecimiento económico promedio a partir de fines de la década de los noventa haya sido la mitad del de la década previa. Los economistas suelen quedarse solo con las cifras y culpar a malas políticas laborales o regulaciones ineficientes de la preocupante pérdida de competitividad de nuestra economía. Lo que muchos de ellos no ven, es que detrás de esta pérdida de competitividad, cuyos orígenes son anteriores a la crisis económica de 2008, lo que hay son ideas. En efecto, detrás de esos números se encuentra la reinstalación del proyecto progresista redistributivo que pretende acabar con la desigualdad a través de la intervención estatal. Son ideas como las de Wilkinson y Layard que, de forma más o menos consciente, mueven a políticos e intelectuales

[75] Cámara de Comercio de Santiago, Informe Económico, Abril 2008, disponible en: <http://www.ccs.cl/html/informe_economico_files/04%20%20productividad%2017-04-08.doc>. Última visita: 23/01/2009.

de izquierda. Esas ideas son las que han gobernado la evolución económica y social con creciente influencia desde los 90 sofocando las pretensiones del país de llegar al desarrollo. Son las mismas ideas que llevaron a legislaciones garantistas en materia procesal penal, inspiradas en una visión marxista del delincuente como una persona humillada por la sociedad que no le ha dado oportunidades y que delinque para reafirmar su dignidad. También esas ideas alteraron desde fines de los 90 el clima laboral, agitando el sindicalismo y promoviendo legislaciones antiempresariales en aras de la supuesta «protección de derechos» de los trabajadores. La lista de ejemplos es larga. Solo digamos para terminar que el discurso igualitarista responde a ideas que están gobernando la evolución social en Chile, encaminándolo de un país más libre y próspero a uno menos libre y cada vez más estacando y decadente. Lo que queda por ver es cómo se va a manifestar en el futuro socialmente esta exacerbación del discurso igualitarista. En un país semidesarrollado y desigual como Chile, jamás se debiera olvidar la importancia de las ideas.

«Es habitual que se aprecien muy bien los daños producidos por las corrientes ya debilitadas y pasadas de moda; que se estigmaticen con horror las lesiones gravísimas que ellas le han inferido al sentimiento de la justicia, y que en cambio no se perciban, o se excusen, o se condenen muy débilmente, los daños análogos que produce o amenaza con producir la corriente que está en boga. Se grita y se proclama que se ha logrado la libertad, que la tormenta ha pasado, cuando en verdad esta no ha hecho más que cambiar de dirección y, si cabe la metáfora, de forma y color».

GAETANO MOSCA

«No deja de llamar la atención cuánto han ganado terreno visiones que hasta hace pocos años eran muy minoritarias. Hoy, al aglutinarse, se constituyen en referentes que obligan a redoblar esfuerzos para desvirtuar las ideas que, fundadas en concepciones mundialmente desechadas, se obstina en proponer este grupo».

Conclusión del Instituto Libertad y Desarrollo luego de analizar diversas propuestas de reforma constitucional planteadas por un grupo de políticos e intelectuales vinculados a la Concertación el año 2008.[76]

[76] Véase LyD: *Reformas a la Constitución: ¿Cambios necesarios?*, documento n.º 903, enero de 2009. Disponible en: <http://www.lyd.com/LYD/index.aspx?channel=3757>.

Capítulo II

Chile nuevamente en la pendiente del estatismo: el avance de las ideas de izquierda y el resquebrajamiento del consenso en torno al sistema económico liberal

Chile y el fin de la historia: la retirada de las ideas liberales

En páginas anteriores mencioné el desprecio que existe entre las élites sociales, económicas y políticas de derecha por el quehacer intelectual y la cultura en general. Sostuve que este desprecio se funda en la arraigada y extendida idea de que la labor intelectual no es lucrativa o «útil», mentalidad propia de la etapa materialista que, salvo excepciones, no ha sido superada. Sin embargo, parece que existen otras razones por las que las élites nacionales, incluidos muchos académicos que pertenecen o se relacionan directamente con ellas, se han consagrado a una explotación de carácter netamente productivo del intelecto. Veamos cuáles son esas razones.

En el escaso mundo intelectual no progresista que existe en Chile –fundamentalmente economistas–, la

lucha por las ideas ha dejado de tener sentido, me parece, por una razón de contingencia histórica. Las décadas de los sesenta, setenta y ochenta, como es sabido, estuvieron especialmente marcadas por la Guerra Fría. El conflicto entre dos grandes propuestas ideológicas, el marxismo-leninismo por una parte, y el capitalismo democrático por otra, situaron la esencia de la discusión en las ideas. En ese contexto, Chile emergió como el primer país del mundo en plantear la alternativa democrática al socialismo al elegir por primera vez en la historia mundial a un presidente marxista. Irónicamente, mil días después de esa elección, Chile fue también el primer país del mundo en abandonar el socialismo e implementar el sistema económico más revolucionario del siglo XX. Me refiero al exitoso modelo de los Chicago Boys y su referente Milton Friedman, imitado luego por Ronald Reagan y Margaret Thatcher en Estados Unidos e Inglaterra, respectivamente. Aunque amparados en un gobierno militar, los economistas chilenos de entonces entendían que la recuperación de Chile se trataba de una lucha que trascendía lo meramente técnico. Había que convencer a la ciudadanía de que el sistema capitalista era el camino no solo hacia una mejor calidad de vida, sino también hacia la libertad. Esta idea, a diferencia de lo que se diga hoy, era y es la esencia del capitalismo, como está por lo demás manifiestamente claro en la obra de Milton Friedman *Capitalismo y libertad*. En esa línea se hicieron notables esfuerzos por proveer de respaldo ciudadano a las revolucionarias reformas implementadas bajo el gobierno militar, que se explicaban cuidadosamente y de forma básica en editoriales, columnas de opinión, universidades, seminarios y otros medios. En ese

contexto se creó el Centro de Estudios Públicos, donde se dedicaban extensas jornadas y revistas al pensamiento de Hayek, Friedman y otros grandes defensores del capitalismo y del mundo libre. El debate de entonces era fundamentalmente de índole filosófico-económico y filosófico-político.

Con el término de la Guerra Fría, que coincidió con el retorno de la democracia al país, la anterior preocupación por las ideas desapareció aceleradamente. El clima predominante en los 90 era que el capitalismo había triunfado definitivamente y que el sistema estaba no solo reivindicado por la historia y legitimado moralmente, sino también, en el caso chileno en particular, amarrado jurídicamente. La sensación de triunfalismo era intensa y extendida al punto que el célebre politólogo norteamericano Francis Fukuyama, entonces funcionario del Departamento de Estado americano, afirmó que el mundo asistía al «fin de la historia». Según Fukuyama, la idea de Occidente, expresada en el capitalismo y la democracia, se había impuesto definitivamente: «el triunfo de Occidente, de la idea occidental, es evidente, en primer lugar, en el total agotamiento de sistemáticas alternativas viables al liberalismo occidental», escribía Fukuyama.[77] Y luego afirmaba:

> Lo que podríamos estar presenciando no solo es el fin de la Guerra Fría, o la culminación de un período específico de la historia de la postguerra, sino el fin de la historia como tal: esto es, el punto final de la evolución

[77] Francis Fukuyama , «¿El fin de la historia?», en *Revista Estudios Públicos*, n.º 37, Santiago, 1990, p. 6.

> ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano.[78]

Estas afirmaciones merecen un análisis detenido por sus alcances y consecuencias. Aunque parezca una obviedad, Fukuyama tenía razón cuando advirtió que la Guerra Fría fue fundamentalmente un conflicto de ideas y no de propuestas técnico-económicas o políticas sin más. En ese sentido acertó al señalar que el triunfo del liberalismo era fundamentalmente el triunfo de ciertas ideas, algo que hoy parece olvidado. El problema, sin embargo, empieza en la segunda parte de la afirmación, específicamente en la tesis de que la democracia liberal occidental y el sistema capitalista serían «la forma final de gobierno humano». Esta afirmación sugiere, como es fácil advertir, que las ideas liberales habían llegado para quedarse y prevalecer en el mundo, afirmación que deriva de un optimismo historicista radical que es falso y extremadamente peligroso. Es falso porque no existen ideas definitivas en el mundo que se instalen y perduren por la mera disposición de leyes históricas cuya existencia es, por lo demás, indemostrable (este argumento sería suficiente para derrumbar la tesis de Fukuyama). Las ideas surgen, por diversas razones, de mentes tan complejas como diversas y en cualquier período histórico, gobernando, como vimos más atrás, la evolución social –en esto Fukuyama demuestra alejarse del credo liberal– y sin reconocer necesariamente límites en la realidad exterior.

---

[78] *Ibid.*, pp. 6-7.

Pero la tesis de la inevitabilidad del triunfo de la idea liberal es, además de falsa, peligrosa, y ha causado un grave daño al mismo sistema que pretende ensalzar. La razón es la siguiente: si le creemos a Fukuyama y nos dejamos contagiar por el optimismo capitalista, como ocurrió en Chile y en muchas partes del mundo, lo primero que haremos luego de darnos por vencedores será colgar los guantes y abandonar la lucha por las ideas. Después de todo, no tiene sentido seguir predicando las ideas de libertad y economía abierta si estas han triunfado de manera definitiva e irremediable. Ganamos para siempre. Así, abandonamos los esfuerzos por persuadir, mantener y dirigir la evolución social a través de las ideas –afines en este caso al capitalismo democrático– y, al estilo del historicismo, confiamos en una suerte de infalible piloto automático. Esto es lo que aparentemente ocurrió en Chile. Se asumió que el liberalismo económico o, en otras palabras, que las ideas de Friedman, Hayek y Mises, por mencionar algunos, habían vencido para siempre y que entonces ya no era necesario recordarlas ni defenderlas. La fe en el consumo de las masas reemplazó la necesidad de alimento intelectual a través de valores e ideas y se confió en que los socialistas habían aprendido la lección. Todo esto se vio confirmado cuando la centroizquierda, que en el pasado había abrazado el marxismo, llegó al poder el año 90 asumiendo el compromiso de respetar el sistema económico imperante, que por lo demás se encontraba anclado en la constitución del 80 y en una serie de leyes e instituciones heredadas de tiempos del gobierno militar.

Como era de esperar, este triunfalismo capitalista derivó en una deposición de las armas ideológicas y en el reemplazo de la defensa de ideas por un empobrecido

enfoque técnico productivista que se desmarcó casi completamente de sus fundamentos. El eje de los *thinktanks* cambió del mundo de las ideas al de la economía como disciplina pura, y sobre todo a las políticas públicas. En las universidades prácticamente desaparecieron los cursos de pensamiento económico, reduciéndose todo a cuestiones de técnica económica y estrategias productivas. Al conversar con egresados post Guerra Fría de escuelas de negocios y economía de las mejores universidades del país, llama la atención lo poco o nada que saben de las reflexiones no económicas de Friedman o Hayek. Se olvidó así en nuestro país la sentencia de Hayek según la cual un economista que es solo economista ni siquiera puede ser buen economista.

Como resultado de este proceso, no solo las élites sociales no progresistas sino también el grueso de las nuevas élites académicas no confieren la importancia que merece al mundo intelectual y cultural. Y como finalmente las élites económicas, académicas y políticas afines a la derecha se encuentran emparentadas o, por lo menos, estrechamente relacionadas, inevitablemente la derecha política ha caído en idéntica y políticamente fatal práctica. Su frío discurso tecnocrático y completa ausencia de mensajes de fondo es el síntoma más emblemático de este mal.

La sensación de que la victoria estaba sellada y que de ahora en adelante quedaba solo dedicarse a ganar dinero –manifestación del optimismo «fukuyamiano»– dejó el campo libre para que, paulatinamente, ideas que se creían superadas comenzaran a rebrotar en nuevas versiones. Así empezaron a avanzar imperceptiblemente las ideas socialistas en nuestro país desde el retorno mismo de la

democracia, aprovechando el manejo del poder político, mientras las élites sociales se dedicaban a ganar dinero, las académicas influían en discusiones públicas de carácter técnico –las más de las veces sin el éxito esperado– y las políticas no entendían por qué no lograban concitar mayor adhesión en las masas. Con el tiempo, el avance de estas ideas, al principio casi imperceptible, fue haciéndose evidente. Ya en el gobierno de Ricardo Lagos el discurso y las políticas igualitaristas e intervencionistas eran evidentes, intensificándose en el gobierno de Michelle Bachelet. La lógica de la lucha de clases se reinstaló sutilmente por diversas vías imperceptibles para las élites de derecha, esencialmente ciegas a variables culturales. Las señales fueron diversas. La primera señal concreta en el gobierno de Lagos fue la ley, de dudosa constitucionalidad por lo demás, que obligaba a los clubes deportivos privados a prestar sus instalaciones para el uso de colegios públicos so pena de pagar contribuciones altísimas por terrenos sin valor comercial. Curiosamente, nadie se escandalizó por esta medida más allá del coste involucrado para los socios de los diversos clubes. Otra señal fue el proyecto de ley del gobierno de Lagos que pretendía imponer la donación a las empresas inmobiliarias del 5% de sus terrenos para la construcción de viviendas sociales. A ello se suman una serie de iniciativas laborales, como la «ley de subcontratación», amparadas directamente en el supuesto carácter explotador de las empresas subcontratistas. En educación, por otra parte, hubo serias propuestas en el gobierno de Bachelet para eliminar el lucro y aniquilar así la educación semiprivada, muchísimo más exitosa que la pública. Otros temas que antes nadie se habría atrevido siquiera a poner en cuestión comenzaron a discutirse. Así, en 2007 varios

senadores de la Concertación plantearon la necesidad de revisar la autonomía del Banco Central, mientas en 2008, senadores también oficialistas propusieron nacionalizar todas las aguas entregando su control al Estado. En la misma línea se insertan las propuestas de senadores oficialistas de estatizar el transporte público de Santiago y la de crear una AFP (Administradora de Fondos de Pensiones) estatal, a las que en 2009 se agregó la trasnochada propuesta de la DC (Democracia Cristiana) de reformar la Constitución para que el Estado pudiera intervenir las empresas con problemas financieros. Todas estas ideas y otras más habrían sido impensables siquiera de consideración a principios de los 90. Veinte años después, aunque resistidas, estas no parecen escandalizar demasiado ni a la opinión pública ni a las élites económicas y políticas en general, lo que indica una preocupante aceptación de las ideas de izquierda. Muchas de ellas se han cristalizado a nivel legislativo, dejando aún más en evidencia el hecho de que la evolución social en Chile está siendo crecientemente definida por el pensamiento de izquierda.

De esta forma, mientras algunos ganaban dinero, el progresismo chileno se rearticulaba, no sin dificultades, con el objeto de desintegrar el último bastión de lo que consideran la sucia herencia de la dictadura militar, a saber, el sistema económico liberal friedmaniano.

En suma, el abandono de la lucha por las ideas ha sido consecuencia de un optimismo falaz que adormeció a todo un sector del país –aquel que originalmente lo sacó adelante–, mientras el otro avanzaba gradualmente para lograr la instalación de un auténtico y renovado proyecto «progresista» en lo referente a los valores y en lo económico. Veamos en qué consiste.

El proyecto estatista de la izquierda chilena: un revelador informe elaborado por Mideplan y la Universidad de Chile

El año 2000, recién comenzando el gobierno del socialista Ricardo Lagos –quien proponía «crecer con igualdad»–, el Ministerio de Planificación y Cooperación, en conjunto con el Departamento de Sociología de la Universidad de Chile –es de suponer que por orden del gobierno central–, realizó un estudio sobre lo que los chilenos piensan de las desigualdades. El informe se denominó «Percepciones culturales de la desigualdad» y tuvo por objeto ofrecer una guía orientadora para los gobiernos de la Concertación en el desarrollo de políticas públicas con el fin de reducir la desigualdad. La lectura del trabajo es tan reveladora como preocupante. El informe da cuenta de la postura radicalmente estatista que ha adoptado al menos parte importante de la izquierda política e intelectual de nuestro país, expresando explícitamente su propósito de acabar con el modelo económico liberal.

Uno de los aspectos interesantes del estudio es que deja meridianamente claro qué es lo que la izquierda progresista entiende por igualdad. Según los autores, esta «refiere a la distancia efectiva entre categorías sociales, supone un piso y un techo, implica una intervención permanente de la sociedad para corregirla y exige del Estado una acción redistributiva».[79] La igualdad, entonces, supone un piso y un techo, es decir, un rango que ni

[79] *Percepciones culturales de la desigualdad*, p. 3. (véase nota al pie n.º 2).

por debajo ni sobre el cual puede encontrarse ninguna persona. El encargado de la nivelación, desde luego, es el Estado.

Enseguida, el estudio afirma que «la superación de la desigualdad existente en la sociedad chilena aparece como un imperativo ético de carácter irrenunciable, porque ellas atentan contra la solidaridad, es decir, la comunidad nacional».[80] Dicho de otra forma, la igualdad entendida como la reducción de las distancias entre las categorías sociales a través de la acción redistributiva del Estado es un imperativo moral irrenunciable. El informe continúa, siguiendo la línea de Wilkinson y Layard, señalando que para los chilenos es al menos tan importante disminuir la desigualdad como reducir la pobreza: «el tema de la disminución de las distancias entre unos y otros, es decir, el tema redistributivo, es al menos tan importante como el de los instrumentos para que todos puedan progresar».[81] Luego afirma que no es suficiente con asegurar la igualdad de oportunidades para que todos puedan salir adelante, sino que tiene que asegurarse cierta igualdad de resultados, es decir, que aun cuando todos hayan tenido oportunidades, ninguno pueda terminar teniendo mucho más que otro. En ese contexto no parece adecuado, dice el informe, sustituir el principio de igualdad de resultados por el de igualdad de oportunidades, porque los chilenos no solo distinguen estos dos principios, sino que consideran a ambos imprescindibles. El segundo, «porque afecta y destruye a las personas» (se refiere a la falta de oportunidades),

80 *Ibid.*, p. 5.
81 *Ibid.*, p. 9.

y el primero, «porque su ausencia afecta y destruye al país como comunidad» (se refiere a la falta de igualdad de resultados en materia de ingresos). Por eso, dice el informe, hay que preocuparse por la distancia entre ricos y pobres y no solo por reducir la pobreza.[82]

En otras palabras, lo importante no es que todos mejoren su situación, sino que no haya algunos que tienen mucho más que otros. La consecuencia es evidente: el Estado debe procurar repartir riqueza para igualar y no mejorar las condiciones productivas con el fin de que todos avancen, pues en este último caso, aun cuando todos mejoren su posición en términos absolutos, seguirá persistiendo la nefasta desigualdad.

En otro pasaje, la lectura marxista de la realidad social se hace evidente:

> La principal razón por la que la desigualdad es valorada negativamente es porque destruye la solidaridad, es decir, la comunidad nacional. En ese sentido, la causalidad es también estructural –ya sea en la forma del actual modelo económico, que hace prevalecer el individualismo y la competencia, a través de una historia político-social de dominaciones, exclusiones y marginaciones, o por medio de una estructura de clases o factores culturales como la intolerancia y un *ethos* no comunitario–.

A la idea de que el libre mercado es el responsables de la destrucción de la solidaridad y de la fatal desigualdad agrega:

> la gente no asume la ideología de mercado, sino que ve en el modelo que la consagra una de las principales

[82] *Ibid.*, p. 13.

> fuentes de desigualdad; la desestructuración de las relaciones y del tejido social que el mismo modelo trae consigo, y el debilitamiento de la acción del Estado, dejan a los individuos desprotegidos y con una sensación de que hay que batírselas por sí solos.[83]

Si los pasajes anteriores le han impactado por el alto contenido ideológico marxista es porque, como la mayoría del mundo no progresista chileno, usted no está al tanto de qué es lo que realmente ha venido haciendo y en qué posición está la izquierda chilena. La reivindicación del Estado, la denuncia de siniestras estructuras de dominación en una sociedad «clasista» y la condena al modelo económico liberal como el responsable de «destruir lo mejor que tiene el país», son una constante a lo largo del informe. Veamos otro párrafo por si hasta ahora no ha quedado clara la inspiración de nuestros progresistas: «Lo cierto es que no existe para nada un antiestatismo que se acompañe de una gran confianza en los mecanismos del mercado o en la sociedad civil. La gente concibe al Estado como el principal responsable del desarrollo y la igualdad». La gente, entonces, no cree en el mercado y espera que el Estado se encargue del desarrollo económico y social, así como de superar las desigualdades. La invitación abierta al estatismo fracasado que conocimos por décadas en América Latina es evidente.

Pero la cosa va más allá. Dentro de las sugerencias, el informe añade una que da cuenta del franco carácter antielitista y antiliberal que según los autores debiera inspirar a las políticas públicas concertacionistas:

---

83 *Ibid.*, p. 11.

> Toda política que tenga como objetivo superar las desigualdades debe dar una doble señal: que afecta a los poderosos y que dignifica, considerándolos como sujetos, a los más débiles. Es decir, toda política debe contener un componente simbólico y efectivo de tipo redistributivo.[84]

Y más adelante recomienda que se debe

> recuperar la visión de un Estado a la vez protector [algo que Bachelet haría seis años después con su fórmula del «Estado social de derechos»], eficiente y transparente y mostrar permanentemente que existe la voluntad gubernamental de priorizar la igualdad como meta de políticas de Estado.[85]

Finalmente, y muy de pasada, los autores del informe complementan lo dicho proponiendo una estrategia alarmante: «La acción del Estado en materia de igualdad –redistribución– debe ir acompañada del estímulo a la movilización solidaria de la gente, de modo que esta se sienta sujeto de la lucha por mayores igualdades».[86] O sea, el Estado debe promover la «movilización» de las masas en la «lucha» por mayores igualdades. Las masas deben movilizarse entonces en contra de las minorías privilegiadas y su movilización debe ser promovida por el Estado.

Resumamos brevemente para entender lo que plantea el informe. La sociedad chilena es ante todo «clasista», y por tanto se caracteriza por la presencia de estructuras de dominación de poderosos sobre débiles. El modelo

---

[84] *Ibid.*, p. 14.

[85] *Ibid.*

[86] *Ibid.*

económico liberal ha empeorado esta situación fomentando el individualismo y la competencia, destruyendo la solidaridad de la nación al acrecentar la desigualdad que lleva a su vez a mayores abusos. Para recuperar la solidaridad y el bienestar social, el Estado debe atacar las estructuras de dominación hoy existentes interviniendo el modelo económico liberal responsable de acrecentar la desigualdad. Esto solo se puede lograr afectando a los poderosos en nombre de los débiles, a los que hay que movilizar en contra de los poderosos –los ricos– en la lucha por la igualdad y la supresión de la dominación.

Tal vez ahora le haga más sentido el activismo que en el gobierno de Bachelet asumieron ministros y parlamentarios en la toma de empresas, ataques a fundos privados y agitación sindical, entre otros.

Es difícil ser más claro sobre lo que busca la izquierda en Chile: la destrucción del modelo económico liberal que, según ellos, fomenta el individualismo, destruye la solidaridad y confirma las desigualdades de clase y la explotación. Y esto no fue dicho por un comunista de la década del 60, sino por un informe del año 2000 elaborado por el gobierno de Chile a través de Mideplan y la Universidad de Chile (la rentable sociedad entre políticos e intelectuales de izquierda a que me refiero más atrás).

Pero lo más peligroso es que las conclusiones y sugerencias comentadas, que por cierto son absolutamente sesgadas ideológicamente y en muchos casos no resisten mayor análisis, se encuentran basadas en la supuesta voluntad de la mayoría de chilenos, es decir, en encuestas de cuya calidad técnica no tenemos razones para dudar. Y si eso es así, entonces es cuestión de tiempo para que

en Chile se termine sepultando el sistema económico exitoso que hemos conocido. La razón es simple: la gente quiere más Estado y menos libertad económica y la mayor parte de los políticos están dispuestos a conceder este deseo, primero porque no creen en el sistema, y segundo porque en la medida en que satisfacen las demandas populares su permanencia en el poder está garantizada.

La Democracia Cristiana y el «Decálogo» socialista: dos propuestas constitucionales para terminar con el sistema económico liberal

En el marco del evidente proceso de (re)izquierdización política, económica y social que ha experimentado Chile con especial intensidad desde fines de los 90 en adelante, se inscriben dos proyectos de reforma constitucional desarrollados por democratacristianos y socialistas, respectivamente, con propuestas que hacen revivir los momentos más recalcitrantes del socialismo chileno. El primero, más moderado pero no menos peligroso, es un conjunto de ideas presentadas el año 2008 por la entonces candidatura presidencial de Eduardo Frei y el segundo un conjunto de propuestas desarrolladas por un extenso grupo de políticos e intelectuales del ala más izquierdista de la Concertación. El análisis de ambos proyectos resulta crucial para constatar, más allá de toda duda, que el propósito que inspira al grupo político mayoritario de nuestro país es la demolición del sistema económico liberal para transitar hacia un Estado abiertamente interventor.

En ambos proyectos me detendré solo en sus aspectos económicos, aunque los otros reflejen tanta o mayor inspiración estatista socialista.

Captando perfectamente la «izquierdización» que ha experimentado el país, en su ofertón electoral del período 2008-2009, el expresidente Eduardo Frei sugería derechamente que debía acabarse con el derecho de propiedad como el eje de protección constitucional. En su lugar debían asegurarse los llamados derechos económicos y sociales como educación, salud y seguridad social, entre otros.[87] Ahora bien, en las constituciones modernas estos derechos son considerados aspiraciones programáticas más que derechos efectivamente asegurados por una razón muy simple. A diferencia de derechos como el de libertad de expresión y la vida, los derechos económicos y sociales dependen esencialmente de que el Estado gaste dinero. Por eso es completamente absurdo garantizar una educación de calidad como sugería el proyecto de Eduardo Frei. Sería como asegurarle constitucionalmente a toda persona el derecho a ser millonario. Usted puede escribir lo que quiera en el papel de la Constitución, pero si el dinero no está, no hay nada que hacer. E incluso si estuviera, el Estado echaría una mochila sobre la economía que más temprano que tarde terminaría por arruinarla.

Si se consagrara el derecho a una educación de calidad, por ejemplo, y el Estado no lo respetara –como inevitablemente ocurriría–, entonces cualquiera podría

---

[87] Véase *La Constitución del Bicentenario*, discurso de Eduardo Frei Ruiz-Tagle ante la Comisión Especial de Régimen Político de la Cámara de Diputados, 3 de diciembre de 2008. Documento disponible en: <http://www.oceanosazules.cl/documentos/Constitucion_para_el_Bicentenario.pdf>, p. 13. Última visita: 13/03/2009.

interponer un recurso de protección en contra del Estado con el fin de satisfacer ese derecho. ¿Y qué cree usted que haría el Estado frente a millones de recursos de protección perdidos por la mala calidad de la educación que entrega? Pues subir infinitamente los impuestos con el argumento de mejorar la educación o tal vez sacar alguna ley que obligase a los colegios privados a aceptar cuotas de alumnos de colegios públicos aun cuando estos no pudieran pagar.

El objetivo de semejante absurdo es bastante claro. Tal como dice el documento elaborado entonces por el equipo de Frei, se trataba de «terminar con la concepción que solo ve en la protección de la propiedad el único fin del sistema de derechos de nuestra carta constitucional».[88] Es decir, asestar un golpe directo al eje central sobre el que se basa el sistema de mercado en Chile y que la Constitución del 80 resguardó con gran celo para evitar que se repitieran experiencias como la del gobierno de la Unidad Popular. Curiosamente, cuatro décadas después, el hijo del Presidente que en los 60 allanó el camino político y legal para que los marxistas llegaran al poder, propuso mutilar el eje de protección del mismo derecho cuya destrucción en el pasado fue la gran causa del desastre histórico socialista y reemplazarlo por uno de tipo redistributivo completamente inviable y que significaría la ruina del Estado. El sesgo igualitario redistributivo lo dejaba claro Eduardo Frei en una intervención en el Congreso:

> En una sociedad con tantos problemas de distribución, de igualdad y de acceso efectivo de libertad de las personas, los derechos económicos y sociales mencionados

---

[88] *Ibid.*

> no pueden ser desestimados ni considerados como si fuesen aspiraciones programáticas ideales o juegos de palabras, sino que deben tener una protección efectiva y formar parte central de nuestro sistema constitucional.[89]

Por si todo eso fuera poco, a Eduardo Frei no se le ocurrió nada más brillante que proponer que la pobreza extrema sea «junto al terrorismo» definida como «contraria a los derechos humanos».[90]

Aquí el absurdo toma carisma fantástico. ¿Que la pobreza extrema sea definida como contraria a los derechos humanos? ¿Qué significa eso? Frei no lo explica, pero debe asumirse que, una vez más el Estado, para no violar los derechos humanos, tendrá que erradicar por la vía del asistencialismo la pobreza extrema garantizando a toda persona sin importar lo que haga que jamás caerá bajo un cierto nivel de vida. ¿Qué es eso sino un camino a la ruina económica del país por la vía del asistencialismo populista a destajo que tanto daño ha hecho en América Latina?

Pasemos ahora a las propuestas del mundo más «izquierdizado» de la Concertación. El mismo año 2008, de cara a nuevas elecciones presidenciales y también canalizando la «izquierdización» general del país, un grupo de treinta prominentes figuras del mundo político e intelectual progresista elaboró un documento que calificaron como «El Decálogo para el futuro de Chile». Este decálogo, como bien dice el nombre, traza diez ejes que según sus autores constituyen un nuevo «compromiso

---

89 *Ibid.*
90 *Ibid.*

programático», es decir, las pautas que han de definir la evolución política, económica y social del país hacia el futuro. Como en el caso anterior, me centraré en los argumentos más evidentemente antiliberales y estatistas, solo que esta vez dejaré que el texto hable por sí solo. Para ello he escogido una serie de pasajes tan ilustrativos como impactantes por su agresivo contenido socialista. Los reproduciré para que el lector saque sus propias conclusiones y advierta la coherencia de todo lo expuesto en este capítulo con lo desarrollado particularmente en el anterior y el siguiente.

En la apertura del «Decálogo», la combinación de figuras del mundo PS-PPD[91] y DC, dicen lo siguiente:

> De una economía de mercado se ha terminado generando una sociedad de mercado. E incluso más: una democracia de mercado. La lógica de la rentabilidad y el lucro domina en todos los planos. De hecho, en Chile todos los servicios básicos pueden ser fuente de enriquecimiento para reducidos grupos económicos que muy a menudo abusan en contra de consumidores prácticamente indefensos. Por ejemplo, la educación pública, pilar de la integración republicana y del acceso a las oportunidades sobre la base del mérito y no a los privilegios de cuna, hoy día ha llegado a ser relegada en todos los niveles y enfrenta una crisis de graves dimensiones, coartando su misión de movilidad social en medio de una creciente privatización.[92]

---

[91] [N. del E.]: Siglas de los chilenos Partido Socialista y Partido por la Democracia.

[92] El texto completo se encuentra disponible en: <http://socialismo-chileno.org/Socialismo/index.php?option=com_content&task=view&id=158&Itemid=61>. Última visita: 11/03/2009.

Enseguida agregan:

> El país en todos los planos está sometido a una tensión sin tregua. Las solidaridades colectivas ya no pueden resistir las presiones de un individualismo destemplado. Ello ha generado un cuadro de graves tensiones sociales, cada vez más difícil de encauzar, especialmente frente al récord de ser una economía entre las 15 primeras en materia de «estabilidad macroeconómica», pero entre las 15 últimas en distribución del ingreso. En suma, no ha sido posible el reconocimiento a nivel constitucional y real de «un Estado social y democrático de derecho» que constituye definitivamente todo el sentido de justicia que permita el que nuestra sociedad entera, sin diferencias, tenga el justificado derecho a lograr su felicidad. La Concertación no ha sido capaz de enfrentar el núcleo duro de las desigualdades y ha consentido, y a veces incluso impulsado, soluciones privadas y de mercado allí en donde se requería una vigorosa oferta de bienes públicos que pusieran por delante la satisfacción de los usuarios.

Y más adelante:

> del modelo neoliberal actualmente en vigencia habrá que transitar hacia uno de solidaridad social, que no implique regresar a un pasado de estatismo pero que sí anteponga el interés común al desarrollo de la actividad económica, sin negar la retribución justa a la iniciativa privada.

Ojo con este pasaje. Dice claramente que se debe liquidar el «modelo neoliberal», pero sin caer en el estatismo del pasado y sin negar la retribución «justa» para la

iniciativa privada. Dos cosas sobre esta afirmación. En primer lugar, es imposible terminar con el sistema liberal invocando el rol redistributivo del Estado sin caer en el estatismo. Quizás no se trate del estatismo «del pasado» al estilo de la Unión Soviética, pero sin duda es imposible en la práctica lograr lo anterior sin un Estado sobredimensionado que termine asfixiando la economía, socavando la libertad y empobreciendo al país completo. En segundo lugar, hay que reparar en que la «retribución justa» para la iniciativa privada es una idea completamente falaz y tramposa. Falaz porque, como vimos, la retribución derivada del mercado jamás puede ser injusta cuando todos están sometidos a las mismas reglas del juego. Y tramposa porque es la puerta de entrada a la arbitrariedad y coerción de quienes dirigen el Estado sobre todo el resto de las personas, afectando su libertad. Así, bajo el argumento de la justicia perfectamente podría quitársele por medio de impuestos el 90% de sus ingresos a quien gane una alta cifra de dinero por considerarlo justo. Y ello solo puede lograrse mediante el uso de la fuerza a través del aparato estatal (véase el capítulo sobre la justicia social en la primera parte del libro). En ese sentido se inscribe esta otra idea del «Decálogo»: «Un nuevo sistema tributario eliminará las exenciones actualmente abusivas en el impuesto a la renta y terminará con los paraísos tributarios a favor de las grandes empresas».

Pero el siguiente pasaje es sin duda el más ilustrativo del irrefrenable deseo de la izquierda chilena de hundir el sistema económico liberal, de la radicalización de sus posturas respecto al empresariado y de sus pretensiones de terminar controlando la vida de los chilenos por medio del aniquilamiento de la libertad económica:

> La mala distribución es una consecuencia del modelo económico en aplicación que descansa en la idea que debe dejarse al mercado que resuelva los desequilibrios; que lo privado es bueno y lo público malo, que la intervención del Estado debe ser en todos los terrenos la menor posible; que la economía debe ser indiscriminadamente abierta tanto en lo referente al movimiento comercial como al de los capitales. Creemos en el aumento sustancial de las facultades fiscalizadoras del Estado respecto a las actividades económicas que generen riesgos para el medio ambiente, para la estabilidad económica, para la protección al consumidor y del trabajador. Los bancos y empresas privadas, en especial las grandes, tienen ganancias monopólicas excesivas y son deficientemente controladas por las superintendencias respectivas. Las AFP ponen hoy en peligro los ahorros de los trabajadores con comisiones usureras e inversiones de alto riesgo, mientras que las ISAPRES han logrado utilidades enormes discriminando a los usuarios, en especial las mujeres en edad fértil y a la tercera edad. Muchas empresas violan las leyes que protegen el medio ambiente y muchas empresas eléctricas, de telefonía, de carreteras concesionadas, de Internet, han logrado regulaciones ampliamente favorables a sus intereses, obteniendo utilidades inaceptables a costa de los usuarios.

La arremetida y la odiosidad en contra de la gran empresa es tan alarmante como categórica. Parece ser una declaración de guerra en contra del «gran capital» que ha explotado «usureramente» a la población obteniendo «utilidades inaceptables». Eso, estimado lector, es lo que manifiesta un conjunto de personajes de la más alta figuración pública representando. Si posturas como estas prosperan, ¿cuánto cree que va a tomar en Chile hasta

que se abalancen nuevamente las fauces del socialismo estatista sobre la empresa privada?

Por si le cabe alguna duda sobre el objetivo buscado, veamos lo que dicen al referirse al manejo de recursos naturales:

> El Estado debe defender nuestras riquezas naturales y considerar un nuevo catálogo de delitos medioambientales. En ese contexto, se debe desarrollar una revisión crítica del manejo de nuestros recursos naturales así como la necesaria y urgente nacionalización del agua. El *royalty* establecido es insignificante para los desafíos del país y por los recursos naturales en juego. Promoveremos terminar con las concesiones indefinidas en minería y pesca, estableciendo un sistema de licitaciones cuando sea útil incorporar a privados en la explotación de recursos naturales (es decir, por regla general, la explotación quedará en manos del Estado). Es inaceptable que un par de empresas que solo tienen unas docenas de propietarios obtengan más beneficios que los que obtiene Codelco, que es de los 16 millones de chilenos. La justicia distributiva está directamente relacionada con obtener que los abundantes recursos naturales con que cuenta el país se coloquen en función de los intereses nacionales y de la mayoría de la población. La demostración más elocuente de ello se produce con la explotación del cobre entregado nuevamente al control de unos pocos intereses privados, mayoritariamente extranjeros, que lo exportan en la forma más primaria, sin incorporar en el país trabajo agregado.

Vemos aquí nuevamente cómo la justicia distributiva se utiliza para justificar ataques en contra del mundo privado sobre la base de falsedades que no resisten ningún

análisis. Por primera vez desde los sesenta se replantea en Chile la amenaza de nacionalización de recursos naturales.

Finalmente, entre otras cosas, el texto es idéntico al proyecto de Frei en cuanto a que propone asegurar una determinada calidad de educación constitucionalmente, así como el derecho a una cierta calidad de trabajo:

> La calidad del empleo deberá ser garantizada, por ejemplo, mediante leyes que regulen o prohíban el uso irracional de pesticidas que atenten contra la salud en general y la salud reproductiva de los más de 200 mil temporeros y temporeras de los campos chilenos. El país está en condiciones de financiar progresivamente este esfuerzo y de terminar de una vez con la miseria. En una palabra, el Estado debe reconocer «el derecho al trabajo a nivel constitucional».

Entre los firmantes del «Decálogo» aparecen, entre otros, los senadores Guido Girardi –PPD– y Carlos Ominami –PS–, el diputado Pablo Lorenzini –DC–, el exministro de Aylwin Enrique Silva Cima, el economista Marcel Claude, el senador Nelson Ávila, el exrector de la Universidad de Chile Luis Riveros, el diputado Marco Enríquez Ominami,[93] el secretario del sindicato número uno de empresas Nestlé Luis Cabezas, dirigentes

[93] Cabe tener presente que en su candidatura presidencial Marco Enríquez-Ominami realizó propuestas contradictorias con el contenido del *Decálogo*, entre las que se incluía la posibilidad de privatizar parcialmente empresas públicas como Codelco. Es fácil imaginar que este giro respondió más bien a necesidades estratégicas coyunturales que a un auténtico cambio de ideas.

de la Confederación de Trabajadores, diputados varios, concejales, líderes universitarios, etcétera.

Luego de analizar el famoso «Decálogo», un informe de Libertad y Desarrollo afirmó con algo de alarma y con toda razón que «el documento deja ver una añeja concepción de la democracia y la sociedad, muy cercana al modelo que Chile dejó atrás en los setenta. De hecho, en cada una de sus páginas aparece un discurso marcado por la lucha de clases, por la desconfianza en la iniciativa privada y el mercado y por la añoranza de un Estado planificador».[94] Y luego realiza una afirmación fundamental confirmando la tesis de este libro: «No deja de llamar la atención cuánto han ganado terreno visiones que hasta hace pocos años eran muy minoritarias. Hoy, al aglutinarse se constituyen en referentes que obligan a redoblar esfuerzos para desvirtuar las ideas que, fundadas en concepciones mundialmente desechadas, se obstina en proponer este grupo».[95]

Los efectos ideológicos de la crisis financiera: el nocivo desprestigio del capitalismo

Pare empeorar las cosas tuvo que venir la peor crisis económica desde la Gran Depresión del año 30. Gracias a ella las numerosas tendencias intelectuales y políticas anticapitalistas que han resurgido con particular intensidad a partir de fines de los 90 en Occidente y en Chile, han encontrado el terreno perfecto para «confirmar» sus

[94] LyD: *Reformas a la Constitución, ¿cambios necesarios?*, p. 4.
[95] *Ibid.*

falaces planteamientos. Si antes de la crisis ya existía una crítica feroz al sistema capitalista, a la globalización y a nuestro sistema «neoliberal», después de ella no cabe duda de que las ideas estatistas en el mundo, y especialmente en Chile, avanzarán aún más. Ya es posible advertir que producto de la crisis, la libertad como idea implícita en el funcionamiento del mercado ha quedado bastante a mal traer. Se ha establecido casi como una verdad revelada que la crisis detonó por la codicia y la falta de regulación por parte del Estado, cuando lo cierto es que el Estado fue el principal responsable del desastre al disponer la entrega de créditos hipotecarios para deudores sin capacidad de pago y exacerbar el endeudamiento. Para la intelectualidad progresista mundial la crisis representa el colapso del sistema «neoliberal», el fin de una era en la que se afirmaba que el Estado era parte del problema y no de la solución, como solía decir Ronald Reagan. La crisis *subprime* sería la prueba irrefutable no de que el Estado deba regular adecuadamente el mercado financiero –algo con lo que el más liberal estaría de acuerdo–, sino de que el Estado deba regular ampliamente, es decir, intervenir las diversas esferas del mercado para evitar los «abusos» y el caos que generan los agentes económicos actuando en libertad. Los saltos argumentativos se ven por todas partes. Invocando la crisis, se dice que el Estado tiene que regular más aún el mercado laboral, como si tuviera algo que ver una cosa con la otra, intervenir en toda clase de asuntos e incluso desarrollar estructuras de bienestar. Estas conclusiones son la lógica consecuencia de entender la crisis económica no como un problema circunscrito al mundo financiero, sino como un mal derivado de las deficiencias congénitas de todo un sistema

económico: el neoliberal. Elocuente en este sentido resultó la absurda comparación que hizo el Nobel de Economía Joseph Stiglitz –defensor de las reformas económicas del gobierno de Evo Morales– cuando afirmó que la crisis de Wall Street era comparable a la caída del muro de Berlín. Reformulando las palabras de Stiglitz, que como de costumbre tanto agradaron a la izquierda mundial, habría que decir que la crisis *subprime* es al capitalismo lo que la caída del muro de Berlín fue al comunismo. Así planteadas, las pretensiones de Stiglitz y la lectura que la izquierda mundial ha hecho de la crisis resulta más clara. Para ellos se trataría del derrumbe irremediable de una ideología que atravesaba todas las dimensiones de la vida social y que era fuente de desigualdad y toda clase de males sociales. Si fuéramos consecuentes con el paralelo de Stiglitz, tendríamos que concluir que estamos presenciando algo así como el fin del capitalismo en varios de sus aspectos esenciales, tales como el principio de subsidiariedad del Estado, la más amplia libertad posible de intercambio y la aceptación de los resultados desiguales derivados del juego del mercado. Para no decir que estamos frente al colapso del sistema capitalista como tal y, por tanto, que lo que sigue es el socialismo, lo que suena exagerado, podemos afirmar que la izquierda mundial ha concluido a partir de la crisis *subprime* que la libertad económica como principio rector de la economía y de la sociedad ha fracasado por causas endógenas: como el comunismo, esta no funcionaría por deficiencias que le son intrínsecas. Así regresa el Estado en gloria y esplendor, supuestamente reivindicado por la evidencia histórica de la mano de intelectuales que, una vez más, comienzan a pavimentar nuestro «camino de servidumbre».

Pero lo cierto es que el capitalismo ha tenido decenas de crisis en la historia y a diferencia del socialismo, que fracasó desde el principio, en la suma ha logrado enriquecer a la humanidad e incluso salir fortalecido. Comparar entonces el colapso de un sistema económico, político y social totalitario estructurado sobre la base de la voluntad de una ínfima minoría de tiranos que controlaban por medio del Estado todas las dimensiones de la vida económica y social con el proceso de desintoxicación de un sistema basado en la libertad y la articulación espontánea de los intereses individuales, resultado natural de la libre actividad humana, no es más que una falacia. Pero ya otras falacias han demostrado haberse impuesto en la historia causando estragos, por lo que ideas de este tipo, por absurdas que sean, jamás deben ser descuidadas.

Como es de esperar, en la izquierdista y populista América Latina las ideas de Stiglitz, Klein, Krugman, Chomsky y compañía son recibidas con furor. En Chile, el progresismo se regocija ante lo que la izquierda mundial ha calificado como el fracaso de la «ideología neoliberal». Para nuestros progresistas chilenos esto es particularmente satisfactorio porque en la literatura de los grandes académicos progresistas de los países desarrollados se afirma de manera unánime que esta «ideología», cuya creación atribuyen al Nobel de Economía Milton Friedman, surgió en Chile bajo la dictadura militar con los mundialmente famosos Chicago Boys. «Se acabó la economía sin intervención estatal», afirman entusiastas nuestros progresistas. Por supuesto, en sus argumentos utilizan las ideas con fines políticos para desprestigiar tanto como sea posible el funcionamiento libre del mercado y reivindicar la intervención del Estado en todo lo que

sea posible. Intentan hacer creer a la gente que las intervenciones de los Estados en los países desarrollados para rescatar a la banca se debieron a razones ideológicas, específicamente a que el mercado funcionando libremente es fuente de todo tipo de desastres. El argumento es tan absurdo como el paralelo de Stiglitz, pues es un hecho indiscutible que la intervención de los Estados para rescatar a la banca es por razones de técnica económica y que tan pronto se regularice el funcionamiento del sistema todo volverá a ser como antes en lo que a la propiedad y administración de los bancos respecta. Tan absurdo llega a ser el argumento que basta recordar que fue lo mismo que hicieron los Chicago Boys en Chile en la crisis de 1982 ¿Habrá sido que de pronto se convirtieron al socialismo?

A nosotros como latinoamericanos y especialmente como chilenos la crisis nos vino pésimamente desde el punto de vista de la lucha por las ideas. A fin de cuentas, es el sistema que nosotros pusimos por primera vez en marcha en el mundo y que luego copiaron Reagan y Thatcher el que se ha desprestigiado para gran alegría de la izquierda mundial. Chile experimentará sin duda un endurecimiento del discurso «antineoliberal», lo cual presumiblemente influirá por varias décadas en los cuadros políticos nacionales y en la política económica del país.

Para contrarrestar en parte los perniciosos efectos de este fenómeno se va a requerir de una defensa lo más amplia e intensa posible de las ideas de libertad que nos permitieron ser el país más exitoso en el contexto latinoamericano. Políticos e intelectuales no progresistas tendrán que abandonar su comodidad y cumplir una función crucial en ese sentido si no quieren ver cómo

el proyecto de alcanzar el desarrollo es abortado a instancias de las ideas y políticas estatistas.

Ricardo Lagos y la propuesta redistributiva igualitaria: el estatismo del progresismo «moderado»

La izquierda avanza siempre por dos flancos distintos aunque relacionados: el económico y el relativo a los valores. Ambos son esenciales en la configuración del tejido social influenciándose mutuamente. Así, por ejemplo, la defensa de valores como el esfuerzo y responsabilidad individual son compatibles e imprescindibles en un sistema económico de mercado. En una sociedad en que estos valores se promueven, el Estado necesariamente tenderá a asumir un rol subsidiario y por tanto a intervenir menos en un amplio orden de cosas que van desde las políticas económicas como tales hasta la educación escolar y universitaria. Por el contrario, si los valores que se promueven son la llamada «justicia social», la igualdad y la solidaridad, entonces las instituciones de un determinado país desarrollarán una función intervencionista que tenderá a la regulación de las diversas áreas de la vida social.

En síntesis, mientras los primeros valores suponen la autonomía del individuo y, por tanto, promueven la no intervención –eso que Berlin llamó libertad negativa–, los segundos descreen de la autonomía de las personas propugnando una intervención del colectivo, supuestamente representado por el Estado, para «resguardar» el interés común o «bienestar» social.

En ese contexto, todo proyecto que fomente la intervención del Estado requiere de una base ideológica y de

valores sobre la cual apoyarse y justificarse. La premisa de partida de esta base de valores es la idea según la cual el Estado tiene una función primordial en la vida económica y social de un país, concibiéndose su intervención como el principio rector de su desarrollo. Aceptada esa premisa, la que formulada en otras palabras podría traducirse en la idea de que el Estado siempre procura y logra proteger el bien común, las consecuencias caen automáticamente. El Estado se erige como el responsable de resolver todos los problemas, extendiéndose hasta entrometerse en las diversas esferas de la vida en sociedad.

Aunque ciertamente el Estado debe proteger a los débiles de los fuertes y tener políticas públicas que se hagan cargo de diversos problemas sociales, lo relevante y el punto de discrepancia esencial entre progresistas y liberales pasa por la inspiración que dichas políticas públicas tengan. Porque no es lo mismo combatir el desempleo convirtiendo al Estado en agencia de empleos que combatirlo flexibilizando el mercado laboral para aumentar el dinamismo de la economía. En el primer caso la opción es intervencionista, mientras en el segundo apunta a la subsidiariedad. Esta distinción nos lleva al segundo factor que jamás es considerado cuando se acepta la premisa que venimos comentando, a saber, que el Estado puede y suele ser la causa de los problemas. En efecto, en numerosas ocasiones el Estado es precisamente el responsable de problemas sociales como el desempleo, la pobreza y la desigualdad. Así, por ejemplo, es sabido que el desempleo es producto en parte importante de malas legislaciones laborales y políticas estatales proteccionistas o directamente hostiles a la inversión como las propuestas en el «Decálogo» socialista. Lo mismo ocurre

con la pobreza, consecuencia muchas veces de un Estado sobrerregulador y asistencialista –al estilo del que propuso Eduardo Frei en 2008– que cercena el espíritu emprendedor y asfixia el potencial creativo.

Pero digamos algo más sobre la arremetida progresista en contra del sistema económico liberal que se creó en Chile en la década del 80.

Desde fines de los 90 han aparecido en librerías diversas publicaciones de políticos e ideólogos progresistas buscando atender al desafío de rearticular un proyecto genuinamente socialista acorde a los tiempos actuales. Particularmente interesantes son los breves libros de Jorge Arrate *Allende, ¿sueño o proyecto?*, *Socialismo del siglo XXI, la quinta vía*, de Tomás Moulián, y una publicación del expresidente Ricardo Lagos llamada *El futuro comienza hoy*. De ellos, el más cercano a lo que me parece constituye la dirección económica y social del proyecto progresista «moderado» es el de Ricardo Lagos. Dado que a mi modo de ver sintetiza de manera elocuente las ideas medulares del sector de la izquierda que no firmó el «Decálogo», y dado el carácter de máxima figura de la izquierda chilena que ostenta Lagos, me detendré especialmente en su publicación para dejar establecido que, aun entre los sectores más moderados de la izquierda chilena, la idea de desmontar el sistema económico liberal constituye el objetivo por excelencia de cualquier proyecto futuro.

En el prólogo de su breve libro publicado el año 2008, Ricardo Lagos hace una serie de observaciones sobre la crisis financiera internacional. Como era de esperar, el expresidente optó por realizar una lectura ideológica de la misma.

En contraste con la visión económica liberal, responsable según el expresidente del desastre económico, Lagos señala que el camino del progresismo moderno es uno que «conjuga libertad y protección social», e insiste que es por ese camino por el que Chile debe transitar, «y no por el de aquellos que apuestan a una visión doctrinaria en la que el imperio de la ley de la selva en la economía nacional y mundial se nos presenta como el mejor de los mundos, hasta que sobreviene el cataclismo».[96]

De estas palabras es fácil concluir que, como Stiglitz y el mundo de izquierda en general, Lagos atribuye la crisis a lo que falsamente se ha llamado «ideología neoliberal», que sería la que inspiraría a quienes promueven «la ley de la selva del mercado». Ignora así Lagos que ha habido crisis desde que el capitalismo existe y, por tanto, mucho antes de que asomara siquiera el «neoliberalismo» de Friedman y compañía. Baste recordar que la Gran Depresión de 1929 ocurrió cuando Friedman tenía 17 años y que fue una crisis muchísimo más grave que la del 2008. Más interesante y clarificadora resulta aún la primera especulación que se registra en la historia, que tuvo lugar en Holanda en el siglo XVII. En esa ocasión la burbuja se produjo en torno a tulipanes. Llegó a tal extremo el absurdo de la especulación que se cambiaban mansiones por un solo bulbo de esta flor. Para hacerse una idea de la magnitud especulativa, el valor de una flor llegó a ser equivalente al de 24 toneladas de trigo en un mundo en que el suelo agrícola era todavía la fuente principal de riqueza. Hacia principios del año 1600 casi

[96] Ricardo Lagos, *El futuro comienza hoy*, Ediciones Copa Rota, Santiago, 2008, pp. 10-11.

toda Holanda había invertido en tulipanes, e incluso se creó un mercado de futuros sobre los bulbos aún no cosechados. Finalmente, la burbuja estalló arrastrando consigo a todas las clases sociales, las cuales se habían endeudado al extremo de hipotecar sus propiedades para invertir en tulipanes. El resultado fue la quiebra de la economía holandesa.[97]

El ejemplo recién descrito nos enseña que la especulación, como bien advirtió George Soros comentando la última crisis fi nanciera, aunque pueda acotarse, es inevitable en los mercados. Y es inevitable por una razón muy sencilla: esta deriva de las expectativas de los múltiples actores de un mercado y, por tanto, de un aspecto esencial de la psicología humana. Culpar por eso mismo a una determinada corriente económica que surgió en la década de los setenta de la actual crisis financiera es un absurdo que no resiste el menor análisis. El correlato de este absurdo es asumir que el Estado será capaz de evitar las especulaciones, como si pudiera controlar la psicología de miles de actores actuando libremente. La única forma de lograr algo así sería estatizando todos los medios de producción al estilo de la Unión Soviética; pero en un sistema de libre mercado, por mucha regulación que exista, la especulación jamás podrá ser eliminada. Comparado con los beneficios del sistema capitalista –que a pesar de las crisis, en la suma final ha enriquecido enormemente a la humanidad–, este coste es irrelevante.

---

[97] Sobre este tema, véase Charles Mackay, *The Tulipomania*, disponible en: <http://www.econlib.org/library/Mackay/macEx3.html#Ch.3,%20The%20Tulipomania>. Última visita: 07/01/2009.

Más adelante, Lagos sostiene que la crisis financiera del 2008 «pondrá en discusión definitivamente la visión conservadora de la economía de mercado, abrirá un tiempo de cambios en la política mundial, traerá otros equilibrios y nos invitará a nuevas formas de pensar el futuro».[98]

En eso Lagos desafortunadamente tiene razón. Su opinión ratifica lo que hemos señalado en el capítulo anterior en cuanto a los efectos que la crisis tendrá a nivel de ideas y, por consiguiente, de políticas públicas y económicas. Con entusiasmo, Lagos señala que será «definitivamente puesta en discusión la visión conservadora de la economía», es decir, la visión económica liberal –que él llama conservadora por oponerla a la más estatista progresista– a la que falsamente se ha culpado de la crisis. Lo que se viene, según Lagos, y en esto probablemente tiene razón, es un cambio de eje a nivel de ideas.

En lo que a Chile respecta, este cambio de eje pasa, como hemos visto, por desmontar paulatinamente el sistema económico liberal que nos permitió ser exitosos para construir lo que él llama «sociedad de garantías». Según Lagos, esta «sociedad de garantías» debe asegurar por medio del Estado a todo chileno, por el hecho de ser tal, «una calidad de vida bajo la cual ninguna persona debería vivir».[99] Esto significa, como es obvio, el desarrollo de un amplio proyecto redistributivo e intervencionista para remediar las «injusticias» derivadas del mercado: «Cuando es solo el mercado el que hace la asignación de los frutos del crecimiento, la experiencia demuestra

---

[98] Ricardo Lagos, *op. cit.*, p. 11.
[99] *Ibid.*, p. 29.

que normalmente esos frutos no llegan de una manera equitativa a todos los sectores de la sociedad».[100]

Más allá de la inviabilidad práctica de alcanzar, en un país con los niveles de ingresos de Chile, una sociedad de bienestar de tales características, llama la atención la escasa comprensión que Lagos y la izquierda tienen todavía hoy del funcionamiento del mercado. En efecto, pues criticar que en el juego del mercado los beneficios no se reparten de igual manera es no entender la esencia del mercado. Este precisamente opera sobre la base de la competencia, lo que incentiva la eficiencia castigando a los que se desempeñan mal y premiando a los que lo hacen bien. Es un orden espontáneo que no responde a voluntad humana alguna y cuyos resultados son producto de reglas del juego iguales para todos. Es parte de la esencia del mercado que exista desigualdad en los resultados, así como es parte de la esencia del mercado que quienes tienen menos suerte tengan también la opción de llegar, con su esfuerzo y creatividad, a mejorar su situación. En el mercado hay de todo: gente mediocre, inteligente, esforzada, fea, linda, astuta, estúpida, floja, etc. Los resultados serán el reflejo de esta diversidad, y la única forma de igualarlos es por medio de una economía centralmente planificada al estilo soviético. Toda queja en contra del mercado por no repartir «equitativamente» los beneficios implica la amenaza de la intervención estatal y, por tanto, del uso de la fuerza sobre las personas. Y esto, como se ha visto mil veces en la historia, deriva en la progresiva esclavización de la mayoría por una minoría de «iluminados» que se arroga la capacidad de

---

[100] *Ibid.*, p. 30.

poder determinar para todo el resto lo que es justo y lo que no lo es imponiéndolo a través del poder estatal. Se destruye así la fuente de toda libertad y riqueza. Esa es, ni más ni menos, la consecuencia última de la propuesta de Lagos.

Por eso la libertad económica es la más importante de todas. Sin ella no existe ningún otro tipo de libertad. Y esta se pierde paulatinamente con más impuestos, regulaciones y obstáculos hasta que de pronto ya no se puede emprender, ni decidir con quién trabajar, ni qué comprar o qué hacer con el propio dinero, el cual es arrebatado según lo que la autoridad considera justo. Cuando esto se lleva al extremo se termina forzando a las personas a trabajar donde les digan, a ganar lo que les impongan y a comprar lo que la autoridad quiera. Es decir, el individuo pierde su libertad de movimiento y de expresión –pues no podrá contradecir a la autoridad que le impone todo lo anterior– y, de ese modo, pierde en última instancia la libertad para elegir la vida que quiere vivir. En la historia de la humanidad no existe un solo caso en que la libertad económica haya sido aniquilada sin eliminar todas las otras.

En el juego del mercado nadie tiene garantizado nada: ni la riqueza eterna ni la pobreza, pero tiene libertad. El progresismo no cree en el mercado, sino en la planificación –recordemos que Lagos, en su memoria de grado, proponía estatizar todos los medios de producción–, y se empeña en «asegurar» o «garantizar» a quienes no tienen éxito un cierto resultado sin entender que en ese esfuerzo se aniquila la libertad y con ello la fuente de toda prosperidad. Ese es el proyecto de la izquierda, que de trifundar terminará estancando definitivamente a Chile al imponer

a su aparato productivo la satisfacción de demandas sociales que han demostrado ser infinitas financiando a un Estado cada vez más obeso y despilfarrador.

A pesar de todo ello, Lagos insiste en que el concepto de garantías «es el núcleo de la construcción de nuestra propia sociedad de bienestar». No le haría mal a Ricardo Lagos y al progresismo chileno «moderado», que sueña con un Estado de bienestar, leer las conclusiones a las que llegó el exministro de la República Federal de Alemania Baldur Wagner después de décadas de estados de bienestar en Europa:

> La falta de inversiones y el alto desempleo, el déficit presupuestario, un récord histórico de las contribuciones e impuestos y el creciente deterioro de la calidad del medio ambiente son los factores que actualmente caracterizan la situación económica en Alemania y en Europa en general.[101]

Y agrega:

> Lo que sobre todo se requiere es una política de comercio exterior que se oriente hacia una mayor apertura del mercado y una reforma al sistema tributario con el objetivo de conceder más espacio para las actividades empresariales privadas (es decir, facilitar la privatización, la desregulación y recortar las subvenciones). Además, se requiere una reforma de las instituciones del mercado laboral, de la política social y de la política del

[101] Baldur Wagner, *Economía social de mercado en Alemania: orígenes históricos, principios básicos y reformas necesarias*, editado por Fundación Konrad Adenauer, Santiago, enero 2004, p. 15.

> medio ambiente… Hay que disminuir el tamaño del Estado. La expansión de las actividades del Estado en el pasado ha reducido los ingresos de los ciudadanos masivamente, disminuyendo así sus posibilidades de autoabastecerse y debilitando su iniciativa propia.[102]

Y en cuanto al tema laboral, Wagner afirma:

> La condición para volver al pleno empleo es un análisis sincero de sus causas y la adaptación del sistema de reglas para fijar los salarios; además, habría que revisar las leyes del derecho laboral que protegen los privilegios actuales […] Actualmente, debido a los altos gastos ocasionados en concepto de despido, que no reflejan una diferenciación adecuada de los sueldos y salarios, los empleadores se resisten a contratar trabajadores o empleados.[103]

Finalmente, Wagner concluye:

> Es de esperar que Alemania y Europa tengan el valor y la fuerza política necesarios para recorrer este camino difícil pero ventajoso, en contra de todas las resistencias políticas que surjan del intento de defender los privilegios adquiridos en los últimos 50 años.[104]

Ideas como las que plantea Ricardo Lagos, que han ganado un valioso terreno en nuestro país ante una élite sumergida en su mundo concreto, ya están empezando a costarnos la posibilidad de alcanzar el desarrollo. Los

---

102 *Ibid.*, p. 16.
103 *Ibid.*
104 *Ibid.*

índices de productividad citados en otro capítulo dan cuenta de una pérdida neta de eficiencia que se explica por un Estado excesivamente regulador, legislaciones laborales inflexibles y un gasto público vergonzosamente ineficiente. Mientras tanto, en algunos prestigiosos *rankings* de libertad económica hemos venido cayendo sistemáticamente en los últimos años. Así, por ejemplo, el Doing Business del Banco Mundial refleja una caída de 4 puestos para nuestro país a lo largo del periodo 2008-2009. Y esto no es circunstancial, sino que constituye una tendencia: desde 2006, Chile ha descendido 16 puestos en el mismo *ranking* de libertad económica.[105]

Corresponde, entonces, preocuparse por las ideas que inspiran el proyecto de izquierda progresista –dentro de las cuales las de Lagos son las más moderadas–, pues como hemos dicho, estas han avanzado demasiado y cobrarán renovada fuerza a partir de la crisis financiera mundial, poniendo en jaque nuestra prosperidad y libertad.

La Iglesia Católica como objetivo del igualitarismo progresista

La moral tradicional de un país debe ser desprovista de toda influencia pública para permitir el avance de un

---

[105] Véase: <http://espanol.doingbusiness.org/ExploreEconomies/?economyid=41>. Última visita: 10/01/2009. Un análisis más profundo sobre la caída del país en este *ranking* puede encontrarse en el informe *Doing Business 2009: Chile estancado en competitividad*, elaborado por el Instituto Libertad y Desarrollo. Disponible en: <http://www.lyd.com/lyd/controls/neochannels/neo_ch3864/deploy/886%20doing%20business.pdf >.Última visita: 04/03/2009.

proyecto progresista. Más allá del ateísmo nihilista que caracteriza al progresismo en el mundo, es preciso recordar que la religión –y en general, toda moral convencional–, y especialmente el catolicismo, es para la izquierda, desde Marx en adelante, una forma más de dominación de las clases que cuentan con los medios de producción. Cuando Marx dijo que la religión era un opio para el pueblo –frase que tomó del poeta alemán Heinrich Heine– quería decir que esta era un invento para calmar a las masas explotadas dando sentido a sus padecimientos, impidiéndoles así tomar conciencia de su miserable condición de explotados.

En Chile, este enfoque sobre la religión católica ha resurgido con virulencia en el progresismo. Digo resurgido porque no debemos olvidar que, en las décadas del 60, 70 y 80, la izquierda chilena y latinoamericana tuvo bastante sintonía con sectores de la Iglesia católica que apoyaron directa o indirectamente los proyectos revolucionarios marxistas en la región. Así, por ejemplo, en 1971, coincidiendo con el inicio del gobierno de Allende, un grupo de ochenta sacerdotes chilenos fundó el movimiento Católicos por el socialismo, que promovían la idea según la cual las injusticias del sistema capitalista no podían resolverse sino por la vía de revoluciones comunistas al estilo cubano. Un año después, este movimiento tenía más de 400 miembros en toda América Latina, quienes en 1973, reunidos en España, aprobaron la tesis de que los buenos cristianos debían luchar por el socialismo no como simpatizantes, sino como militantes disciplinados de esos partidos.[106]

---

[106] Carlos Rangel, *op. cit.*, p. 232.

En Brasil, por su parte, el arzobispo de Recife Helder Camara, llamaba en 1978 a los estudiosos cristianos a hacer con Karl Marx lo que Santo Tomás había hecho con Aristóteles, es decir, a incorporar la doctrina marxista en la matriz teológica católica. En Nicaragua, el sacerdote Ernesto Cardenal, que fue ministro del gobierno sandinista marxista del Frente de Liberación Nacional, declaraba que la Cuba de Castro era el Evangelio puesto en práctica. Y en el Perú de los 70, otro sacerdote, Gustavo Gutiérrez, promovía la famosa «teología de la liberación» que Joseph Ratzinger, entonces Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, combatió con todas sus fuerzas por torcer el espíritu cristiano e incitar a la violencia.

Estos son solo algunos ejemplos del respaldo que encontraron los proyectos socialistas en América Latina dentro de sectores importantes de la Iglesia católica. En cuanto a la Iglesia chilena, esta además gozó de un prestigio especial entre la izquierda por la protección que confirió a extremistas y también inocentes perseguidos en el régimen militar.

Pero las cosas han cambiando radicalmente para el progresismo. Y el punto de partida de ese cambio fue el nombramiento de Carlos Oviedo Cavada como Arzobispo, al girar el enfoque desde la exhortación directa a la justicia social y los derechos humanos, a temas de valores relacionados con la sexualidad, la familia y los derechos reproductivos, entre otros. Para la izquierda, esto significó un acercamiento a las élites conservadoras que se ratificó con el nombramiento de Francisco Javier Errázuriz Ossa como Arzobispo de Santiago. En un decidor artículo de la edición chilena de *Le Monde diplomatique*, un teólogo

llamado Álvaro Ramis, del Centro Ecuménico Diego de Medellín, expone la visión que al menos un importante sector de la centroizquierda tiene sobre lo que catalogan como la «involución» de la Iglesia católica chilena. Dice el texto:

> En 1998, Francisco Javier Errázuriz Ossa, sucedió a Oviedo Cavada. En sus nueve años de episcopado, las parroquias de los sectores más acomodados han visto un florecimiento extraordinario. Las iglesias de La Dehesa o Vitacura se repletan cada domingo, y movimientos como el Opus Dei, Legionarios de Cristo o Schoenstatt, ligados estrechamente a las élites económicas, han conquistado un indiscutible poder e influencia.[107]

A los ojos de izquierda, estos grupos son una forma en que las clases altas ejercen el poder social. La moral conservadora bajo el alero de la Iglesia católica no es más que una manera de cerrar las élites en torno a determinados códigos inalcanzables para todo el resto, con lo cual consigue reproducirse a sí misma. De esta forma, las élites logran monopolizar las fuentes de prestigio social asegurándose de paso las posiciones de privilegio en la sociedad convirtiendo a la Iglesia en instrumento de los poderosos y viceversa. Ramis dice:

> Aparentemente, la Iglesia católica chilena parecería estar condenada a mantener el «divorcio» en que ha caído: por un lado, una Iglesia institucional triunfalista,

---

[107] Álvaro Ramis, «Involución y deriva de la Iglesia Católica chilena», en *Le Monde Diplomatique*; «El catolicismo del siglo XXI», Editorial Aún Creemos en los Sueños, Santiago, 2007, p. 9.

> amarrada a la agenda e intereses de la élite económica, y que ya no incomoda a los poderosos sino que sirve fielmente a sus caprichos. Por el otro, una Iglesia de base de extracción popular, invisibilizada y empujada a la secularización.[108]

La Iglesia, al volcarse al mundo espiritual antes que al material, ya no le resulta útil a la izquierda en su propagación de la «justicia social» y la odiosidad de clases. En otras palabras, ya no sirve a sus intereses políticos y es, por tanto, acusada de abandonar a los pobres para irse con los ricos.

Como consecuencia, esta se transforma en un objetivo a ser atacado por el discurso igualitario desde fuera de la Iglesia y desde dentro de ella como modo de provocar un giro en sus prioridades hacia lo social. Este giro, como es obvio, sería extremadamente funcional a los intereses políticos y programáticos de la izquierda, pues le permitiría usar estratégicamente a la Iglesia para dar mayor peso y alcance a su discurso igualitarista desconcentrándola simultáneamente de su labor central, que es proteger valores sagrados como la vida y la familia, haciendo así de paso también más fácil el avance de la agenda de valores progresista. En otras palabras, triunfo por partida doble.

El progresismo, sabiendo perfectamente que el eslogan de la justicia social resulta casi irresistible para sectores de la Iglesia, intenta identificar el rol de esta con las ideas de izquierda. Para ello se ha asilado en la supuesta obligación moral que le cabe con los desposeídos, obligación que por supuesto solo puede ser decentemente

---

108 *Ibid.*, p. 13.

satisfecha de la forma planteada por el socialismo, a saber, redistribuyendo la riqueza a través del Estado. Dicho en palabras simples: si la Iglesia está con el pueblo, entonces está con la izquierda, de lo contrario está con los ricos y poderosos. Esta visión marxista lógicamente es inaceptable para la Iglesia. En ese sentido, monseñor Oviedo no hizo más que corregir el rumbo de una Iglesia en cuyo seno se desataron fuerzas y creencias –aún latentes– que amenazaron con desnaturalizar su función, causando un daño efectivo al bienestar social al haber dado credibilidad y potencia al discurso de odiosidad de clases socialista.

El revisionismo de la izquierda como arma de la lucha política: el caso Allende

En la lucha por las ideas no solo el lenguaje se utiliza como arma política, también los ritos y los símbolos juegan un papel central. Los regímenes totalitarios han entendido muy bien este aspecto y no han escatimado esfuerzos en colonizar las mentes de los sometidos. Como en casi todo, también en esto nazis y comunistas seguían idénticas estrategias. Los símbolos, la idealización de los líderes, el culto a la personalidad, los despliegues escénicos y la infección de toda la cultura con códigos totalitarios son observables en ambos tipos de socialismo.

De particular relevancia para una causa ideológica resulta contar con mitos encarnados en personajes célebres que el relato encumbra muy por sobre su historia real, al punto de convertirlos en semidioses. Un ejemplo notable de esto es lo que ha hecho la izquierda mundial con el

Che Guevara, guerrillero mediocre y sanguinario que se ha transformado en una leyenda a nivel planetario. El *marketing* de izquierda lo ha endiosado como símbolo de la crítica al capitalismo y la lucha por un mundo mejor, libre de desigualdades. Lo irónico con el Che es que el capitalismo ha contribuido decisivamente en la propagación del mito. Camisetas, tazas, lápices, llaveros y un sinfín de objetos suntuarios se venden con su imagen en todo el mundo generando cientos de millones dólares. El Che se ha convertido así en una marca tremendamente lucrativa. Pero a pesar de la profanación que ha hecho el mercado de la imagen de Guevara, que en cierto sentido es hoy la mejor expresión del triunfo capitalista sobre el comunismo, el poder del mito sigue alimentando odiosidades y confirmando prejuicios en contra del sistema capitalista. La habilidad e inmoralidad de la izquierda no reconoce límites en eso. A pesar de haber sido un asesino y haber dispuesto él mismo decenas de órdenes de fusilamiento y haberlas presenciado con gran placer, el Che cuenta hoy con su propia estatua de bronce en Rosario, su ciudad natal en Argentina. La iniciativa la concretó el año 2008 el alcalde socialista de la ciudad con el apoyo de intelectuales y artistas progresistas, concitando atención internacional.

En Chile, el progresismo también ha avanzado en la restauración de los símbolos socialistas. En particular destaca el máximo mito de la izquierda chilena y uno de los grandes iconos de la izquierda mundial, Salvador Allende. A pesar de haber sido por lejos el peor presidente en la historia de Chile, de haber encaminado al país a una guerra civil, de haber recibido sobornos del gobierno nazi alemán cuando era ministro de salud, de

haber trabajado como agente soviético y de haber sido un radical antisemita y simpatizante de las ideas racistas de la biología nazi,[109] a pesar de todo eso y más, el socialismo lo ha reivindicado restaurándolo en el ideario republicano nacional. El primer paso en esa dirección fue bajo el gobierno del democratacristiano Eduardo Frei Ruiz Tagle, quien instaló el busto de Allende en la galería de Presidentes de La Moneda. Luego, el gobierno de Lagos le erigió un monumento en la plaza de la Constitución, aprobado con votos de derecha. El corolario de este proceso de restauración de la imagen de Allende en el imaginario colectivo nacional fue un programa de televisión llamado *Grandes Chilenos*, manejado por el canal del gobierno y que, en una participación supuestamente abierta y competitiva, terminó eligiendo a Salvador Allende como el más grande chileno de toda la historia.

Para muchos de los miembros de nuestra élite social y de la derecha política todo esto parece no tener mayor importancia. Piensan que son simples nostalgias de una izquierda que de todos modos está derrotada y que aprendió su lección histórica. «Mientras la economía funcione, en el resto que hagan lo que quieran».

Lo que estos «espíritus superficiales» no entienden es que la construcción de mitos y el manejo del universo simbólico –estatuas, nombres de puentes y calles, programas de TV, etc.– son instrumentos para transmitir ideas. Cuando se erige un monumento a Salvador

---

[109] Sobre este tema resultan esclarecedores los libros del historiador Víctor Farías: *Salvador Allende, antisemitismo y eutanasia* (Santiago, 2005) y *Salvador Allende: el fin de un mito* (Santiago, 2006); también el libro de Gonzalo Vial, *Allende: el fracaso de una ilusión*.

Allende se está haciendo mucho más que un acto de pura nostalgia histórica: lo que se está haciendo es una reivindicación de ideas basada en la deformación de la historia. Se le está diciendo al país que el proyecto socialista fue grandioso, que hizo una contribución imprescindible a la historia nacional y que todos debemos estar agradecidos. Esto, por supuesto, es parte de la estrategia política de la izquierda para atribuirse una ventaja moral de la que el resto supuestamente carece. Y esa imagen de legitimidad, que cambia la percepción de las masas sobre la historia en mayor o menor grado, también modifica, como es natural, su opinión sobre los actores y las ideas del presente. Es una forma de conferir prestigio a un determinado proyecto o grupo político por medio de una suerte de transferencia histórica.

Los chilenos y chilenas que caminan a diario por la Plaza de la Constitución y ven el busto de Salvador Allende probablemente, en su mayoría, no hacen un análisis racional sobre lo que ven, y quizás apenas se detengan a observarlo. Pero no son necesarias más que un par de ideas ya incorporadas en el inconsciente colectivo para que el conjunto produzca efectos. Construir un monumento no solo es rendir honor a alguna figura sino a todo lo que la figura representa: su historia, su obra y sobre todo sus valores e ideas. Por algo se hacen los monumentos.

La izquierda, consciente de lo anterior, es por esa misma razón extremadamente celosa en defender sus mitos. Un ejemplo notable lo constituye el caso del libro del profesor Víctor Farías, *Salvador Allende: antisemitismo y eutanasia.* En él, Farías probó que Allende comulgaba con ideas nazis. El nazismo racista de Allende era tan

extremo que incluso propuso, cuando fue ministro de salud de Pedro Aguirre Cerda, un proyecto de ley para la esterilización de alienados mentales copiado casi textualmente de las primeras leyes eugenésicas del gobierno nazi en Alemania, y que fueron el punto de partida de todo el proyecto genocida. La negativa de Allende a deportar a Walter Rauff, uno de los peores criminales de guerra nazi que se había refugiado en Chile, y a quien se atribuye la muerte de unos 500 mil seres humanos se explica, como hace ver Farías, en ese contexto.

Como era de esperar, las revelaciones de Farías generaron polémica a nivel mundial. Y por cierto, la izquierda se movilizó. La Fundación Salvador Allende en España, liderada por el socialista y exsecretario personal de Allende Joan Garcés, publicó un par de meses después un libro en respuesta a las revelaciones de Farías. Incluso interpusieron un recurso judicial ante tribunales españoles para impedir la comercialización del libro de Farías por considerarlo difamatorio e injurioso, siendo finalmente rechazado por la justicia española.

El contraste con lo que ocurre con la derecha en el mundo es más que evidente. Mientras la izquierda destina miles de millones a la difusión de ideas y a la «organización de la cultura», como diría Gramsci, la derecha y las élites rara vez intervienen, aun cuando se trate de defender su propia imagen.

En el caso de la derecha política, la lucha por las ideas se encuentra tan abandonada que ni siquiera se ha atrevido a reivindicar como propio el éxito económico que ha tenido Chile gracias a los Chicago Boys. La derecha se presenta como históricamente huérfana, salvo por los estigmas vinculados a la dictadura, y carece de mitos

que permitan contrarrestar la hegemonía cultural progresista. Un tímido intento en ese contexto fue el memorial construido en honor al senador asesinado por el terrorismo de izquierda, Jaime Guzmán. El memorial consiste en un conjunto de figuras de bronce que se asemejan bastante a las obras de «arte» moderno visibles en algunas ciudades europeas, de difícil interpretación y bajo nivel estético. Según se dice, en el lugar no habría querido instalarse un busto con la figura de Jaime Guzmán por temor a que grupos de izquierda la hubieran destruido con explosivos.

Aunque probablemente ello habría ocurrido, la decisión de no poner una figura de bronce de Jaime Guzmán refleja lo alejado que se encuentra un sector político y social chileno de comprender la importancia del manejo del universo simbólico y mitológico. Un atentado al monumento de Guzmán solo lo habría confirmado como personaje histórico. Ante la imagen pública habría aumentado el prestigio de Guzmán y ratificado la intolerancia de la extrema izquierda que él combatió para evitar que el país cayera en manos de una tiranía marxista. Cuantas veces hubiera sido destruido más se habría dignificado su imagen frente a un progresivo desprestigio de los agresores. De haber ocurrido así, el golpe simbólico habría sido gigantesco.

Pero aun cuando ningún ataque se hubiera realizado al memorial de Jaime Guzmán, una estatua con su figura habría sido mucho más efectiva para los efectos de restaurar su imagen y las ideas que encarnó. Lo ideal habría sido incluso que esta se erigiera en alguna comuna popular y no en el barrio alto de Santiago, pues es ahí donde Guzmán concentró sus esfuerzos.

Toca a las clases adineradas hacerse cargo de la cultura.

Friedrich Hayek

Encuentra a los intelectuales, fináncialos y ellos harán el resto.

George Soros

Capítulo III

Qué hacer: cómo enfrentar el avance de las ideas de izquierda

El ejemplo de Sir Antony Fisher

En la primera parte de este libro insistí en la importancia que tienen las ideas y las creencias como motores de la evolución social. Sostuve que las ideas pueden imponerse aun en contra de la evidencia, alterando para mal el curso de la historia, y dije que no es concebible la historia humana sin las ideas. También expliqué lo relevantes que resultan las creencias y valores como agentes movilizadores de masas y como fuentes de progreso económico y social. Señalé que las instituciones pueden desnaturalizarse si las ideas de quienes las integran se modifican con el paso del tiempo y que normalmente las transformaciones sociales a partir de nuevas creencias se desarrollan lentamente cambiando las sociedades hasta hacerlas irreconocibles. En ese contexto, afirmé que los intelectuales cumplen una función vital, al crear y difundir determinadas ideas que, finalmente, por diversas vías, terminan convirtiéndose en patrimonio de una mayoría. Analicé además cómo la izquierda utiliza las ideas desde la época de formación escolar y universitaria para crear el

capital político necesario para llevar a cabo su proyecto, explicando la importancia que le dan a la cultura y el hábil manejo que hacen del universo simbólico. Para lograr todo eso, dije que los intelectuales progresistas han sido fundamentales al conferir prestigio a ciertas ideas mientras desacreditan otras.

En la segunda parte de este libro alerté sobre cómo ha avanzado el proyecto de izquierda en Chile, instalando una agenda basada en ideas igualitarias de corte socialista, cuyo objetivo final es incrementar la intervención del Estado en todas las esferas de la vida económica y social. Probé, citando sus propias palabras, que la centroizquierda chilena comparte un claro objetivo: liquidar el sistema económico liberal.

En ese contexto, las ideas y el rol de los intelectuales han sido el eje central de todo el análisis realizado. Resulta evidente entonces que un primer paso, en orden a contrarrestar o hacer frente al avance progresista, consiste en valorar y apoyar el rol de los intelectuales como creadores y difusores de aquellas ideas responsables de asegurar el progreso y la libertad.

Dado que nuestra élite social cuenta con un enorme poder económico, el cual no se traduce en hegemonía cultural, probablemente resulte de particular interés para ella conocer casos de empresarios que sí han entendido el poder de las ideas y han destinado considerables sumas de dinero a financiar intelectuales y centros de estudio. Un caso notable en ese sentido lo constituye sir Antony Fisher, uno de los hombres de negocios más influyentes del siglo XX. La historia de Fisher es peculiar. Educado en el exclusivo Eton College de Londres y luego en Cambridge, Fisher combatió como piloto de la fuerza

área británica durante la Segunda Guerra Mundial. En 1945 leyó una versión condesada de la obra *Camino de servidumbre*, de Friedrich Hayek, publicada por *The Reader's Digest*. Profundamente impactado por el mensaje del libro respecto a la amenaza que representaban las doctrinas socialistas, Fisher, un hombre más práctico que intelectual, decidió entrevistarse con Hayek, de quien hasta entonces jamás había oído palabra alguna. En la entrevista, Fisher le relató su intención de dedicarse a la política para combatir la expansión de las ideologías totalitarias. Lejos de recibir el respaldo que esperaba, Hayek, a la sazón profesor de la London School of Economics, lo persuadió de no perder el tiempo en política y dedicar sus esfuerzos a la lucha intelectual, especialmente a través de la creación de *thinktanks*. Según se ha registrado, comenzando el diálogo Fisher afirmó: «Comparto todas sus preocupaciones expuestas en *Camino de Servidumbre*, por eso voy a entrar en política para hacer algo al respecto». A lo que Hayek contestó: «¡Por ningún motivo! El curso de la evolución social solo podrá enmendarse cambiando las ideas. Primero debe llegar a los intelectuales, los profesores y los escritores, con argumentos bien razonados. Será la influencia de ellos sobre la sociedad la que va a prevalecer, y los políticos la seguirán».

Los argumentos de Hayek fueron definitivos. De ahí en adelante, Fisher destinó sumas millonarias y mucho tiempo a fundar y financiar centros de pensamiento, alcanzando influencia planetaria. Entre ellos destaca el Atlas Foundation for Economic Research, *thinktanks* que logró posicionarse entre los máximos referentes del pensamiento liberal a nivel internacional, estatus que mantiene hasta

el día de hoy. Como Atlas, otros *thinktanks* de primer nivel fueron creados y apoyados por Fisher en diversos países del mundo, alcanzando una influencia intelectual y política gigantesca. La contribución de Fisher a la derrota de las ideologías totalitarias que surgieron el siglo XX, particularmente del socialismo, hoy es clara y reconocida.

Lo interesante del caso Fisher es rescatar cómo este aristócrata hombre de negocios inglés, que no tenía necesidad alguna de gastar millones de dólares de su bolsillo para promover la libertad en el mundo, entendió que no es posible cambiar las cosas o evitar que estas se deterioren si no se invierte en aquellas ideas fundamentales para la conservación de una sociedad libre y próspera.

La lección que muchos empresarios chilenos y latinoamericanos pueden extraer de Fisher es más que evidente. Fisher enseña que existe una responsabilidad de quienes cuentan con poder económico que va más allá de crear riqueza a través de sus empresas y eventualmente colaborar con causas sociales. Se trata de una responsabilidad que toca la esencia misma de la configuración social: la de liderar la difusión de aquellas ideas, valores y creencias que garantizan la libertad y el progreso económico y social de las naciones. Es ahí donde se pierden las batallas y es ahí donde se debe comenzar. Olvidarlo es ignorar el poder de las ideas abandonando el campo para que tomen cuerpo sin contrapeso creencias que pueden ser altamente nocivas para el bienestar social.

La organización de la cultura: el rol de las clases adineradas

Es bastante claro que en Chile la derecha no invierte lo suficiente en cultura. La presencia de sus ideas en televisión, prensa, arte, educación, literatura, entre otros, es bastante débil. Salvo algunos periódicos y revistas que no leen las masas y en los que de todos modos hay abiertos espacio tanto o más importantes a intelectuales de izquierda como los que se encuentran abiertos a intelectuales liberales o conservadores, las ideas de mérito, esfuerzo y libertad económica prácticamente no se encuentran. Es verdad que existen *thinktanks* que hacen una valiosa aportación al debate, pero se trata de aportaciones de carácter técnico orientadas a mejorar la calidad de las políticas públicas y la legislación. Sin embargo, el trabajo de estos *thinktanks*, esencial por cierto, no logra influir lo suficiente en las creencias predominantes en la sociedad. Y dado que en una democracia no basta con tener las soluciones claras desde un punto de vista técnico, un trabajo de imagen resulta fundamental para lograr los consensos políticos y el apoyo popular necesarios para implementarlas.

Ha sido un punto importante de discusión en la economía política el si los países históricamente subdesarrollados son o no capaces de alcanzar el desarrollo en regímenes democráticos. La razón por la que se discute esto es, precisamente, porque lo que desde el punto de vista técnico aparece tan claro es normalmente inviable ponerlo en ejecución en la esfera política. Esa es la parte más difícil y resulta especialmente compleja en países subdesarrollados en los que campea el «ideologismo», las razones populistas, la corrupción y, sobre todo, la ignorancia ciudadana.

La democracia, entonces, siendo el sistema más deseable, presenta serias limitaciones para implementar las reformas económicas y políticas públicas requeridas. Por eso un trabajo en terreno es crucial. Se trata de conferir prestigio a ideas y valores como el mérito, el esfuerzo y la subsidiariedad del Estado, dejando en evidencia el fracaso estatista. Para ello resulta fundamental contar con intelectuales, artistas, periodistas, escritores, profesores y *thinktanks*. Se trata de organizar la cultura a través de los intelectuales para influir en la evolución social.

En ese contexto, el rol de las clases adineradas es insustituible. Como muestra Fisher, el poder económico puede transformarse en poder cultural e ideológico. El dinero permite penetrar la cultura en todas sus dimensiones de manera bastante simple. Por esa vía se logra articular un mensaje en diversas esferas capaz de competir e incluso de imponerse al progresista. Si las clases adineradas quieren evitar el avance del discurso antielitista igualitario, no les queda otra opción que ejercer hegemonía cultural. Deben financiar a intelectuales y abrirles cuantos espacios sean posibles para que defiendan las ideas responsables de una sociedad próspera. Los diarios, las revistas, las radios, la televisión, las obras de teatro, por mencionar algunas, son esferas en que debe existir un discurso alternativo al de izquierda, hecho de manera inteligente, sin beatería ni tecnicismos sofisticados. Otro tanto debe hacerse en la educación pública. Ofrecer cursos de formación o charlas complementarias como modo de mejorar la formación de quienes estudian en colegios públicos es prioritario.

Otro tanto hay que hacer en las universidades. Se debe potenciar y estimular a jóvenes talentosos para que

estudien carreras humanistas y no solo productivistas con el objeto de ir transformando los códigos progresistas que hoy campean en estas disciplinas. Aún más importante resulta hacerlo con jóvenes talentosos de clase media y de los quintiles más bajos de ingresos. Estos jóvenes deben ser becados para estudiar todo tipo de carreras productivas o «no productivas» con el objetivo de que difundan las ideas de mérito y esfuerzo entre sus pares, es decir, en aquellos círculos donde las élites no pueden llegar. Para la imagen de la economía libre, contar con personas que vienen de abajo y defienden el sistema es crucial, pues la credibilidad del discurso es muchísimo mayor. Lo ideal es que una parte importante de ellos se dediquen después a la docencia y, en general, a actividades formativas y que en lo posible alcancen figuración pública, ya sea como actores políticos, analistas, periodistas, etcétera.

Crear revistas breves y fácilmente entendibles para repartir en las poblaciones defendiendo en un lenguaje simple y atractivo las ideas mencionadas es otra forma tremendamente efectiva de difundir las ideas de la libertad. Lo mismo ocurre con los programas de televisión, donde hoy campea el discurso progresista. *El Señor de la querencia*, por ejemplo, famosa teleserie de altísimo *rating* en el año 2008, es un claro ejemplo de cómo la izquierda va metiéndose en la opinión pública por medio de un abierto mensaje de lucha de clases. Lo mismo podría hacerse en el sentido inverso.

En fin, las ideas son múltiples y no es el objeto agotarlas. Lo que sí es claro es que las clases adineradas chilenas deben entender que no se puede, en países como los latinoamericanos, estar en la cima de la pirámide social

y ser indiferente a lo que piensan las clases populares. Décadas de prédica populista de izquierda –y también siglos de abuso, para ser honestos– han calado profundo. Los pueblos latinoamericanos tienden naturalmente a desconfiar y a incubar resentimientos, explotados siempre por un discurso progresista que se hace extremadamente creíble cuando la desigualdad y la diferencia en la calidad de vida son tan evidentes como en Chile. No se puede creer que la situación es sostenible en el largo plazo si las clases sociales menos acomodadas terminan por detestar el sistema, lo cual, como hemos visto, puede ocurrir aun cuando el sistema en que se encuentran sea el que más las beneficia. Eventualmente, las generaciones van pasando y los pueblos van olvidando fácilmente las políticas e ideas fracasadas del pasado, que vuelven cambiando de forma y color.

El peligroso aislacionismo de las élites ante el discurso progresista. La necesidad de creencias comunes

No es un misterio para nadie que en el Chile moderno las élites se han ido aislando crecientemente del contacto con «el pueblo». Se aíslan geográfica, social y lo que es más peligroso aún, culturalmente. Viven, por consiguiente, en una burbuja, salvo que se piense que la realidad es la de los barrios altos, las universidades y colegios privados y las casas de veraneo en Zapallar, Pucón, Las Tacas o algún aislado lago del sur de Chile. Lamentablemente, aun cuando los llamados «trabajos voluntarios» contribuyan a mitigar lo anterior no son lo suficientemente efectivos para «acortar» distancias. Y no lo son, en primer lugar,

porque la lógica que subyace no deja de ser jerárquica y a ratos asistencialista; y en segundo lugar, porque el gran problema de la desigualdad y donde el discurso igualitario es más efectivo, no es tanto en los campamentos y la gente del quintil más bajo de ingresos, sino entre las clases medias. Son esas personas que aspiran a más y ven frustradas sus pretensiones donde probablemente se incuba el mayor resentimiento.

El aislamiento geográfico y social, resultado natural de la desigualdad de ingresos que en sí no tiene nada de malo y que nuestra «izquierda caviar» critica desde su comodidad en los barrios altos, no sería tan peligroso si no fuera acompañado además de un aislamiento cultural que consiste básicamente en una enorme desigualdad en materia de educación en el sentido integral de la palabra. Esto se traduce en un aislamiento psicológico entre las diversas clases sociales que termina minando la capacidad de las élites de conducir y liderar a las masas. El expresidente Ricardo Lagos advierte perfectamente este problema cuando sostiene lo siguiente: «También es dramática la autoexclusión de "los de arriba" que tienen responsabilidad de dirección y pierden la experiencia cotidiana de la ciudadanía debido a que sus sistemas de vida no necesitan de "los otros"».[110] Y agrega enseguida: «No frecuentan el espacio público, estudian entre quienes piensan solo como ellos, no se exponen al contacto ciudadano ni a la confrontación de ideas. En la práctica, estos grupos viven fuera del país real».[111] Por eso mismo, finaliza Lagos, «esas élites, aisladas de la sociedad,

---

[110] Ricardo Lagos, *op. cit.*, pp. 62-63.
[111] *Ibid.*

no tendrán la capacidad de conducir la innovación que nuestros países requieren. No estarán en condiciones de apreciar el país real en que viven, ni de valorar la integración que nos hace falta».[112]

En otras palabras, esas élites, aisladas como están, no tendrán la capacidad de conducir al país. El problema de este fenómeno, que Lagos advierte acertadamente aunque induciendo a las conclusiones equivocadas, es que cuando las élites se aíslan se vuelven, como diría Mosca, ricas en individuos blandos y pasivos y, por tanto, incapaces de gobernar. Entonces el gobierno comienza a ser ejercido por grupos que se incuban en el seno de las masas, normalmente peor preparados, conduciendo a los países a problemas de diverso tipo.

Si a la desconexión entre clases sociales agregamos la enorme desigualdad económica y social reinante en nuestro país, se configura un cuadro que eventualmente puede terminar generando complejos conflictos. Sin ir más lejos, el mismo Lagos afirma:

> Como se sabe, si las desigualdades son o se perciben extremas, generan tensiones que pueden poner en riesgo la estabilidad y la gobernabilidad. Ello provoca en muchos casos que surjan corrientes populistas, a veces autoritarias, que amenazan el régimen de libertades.[113]

Lagos por supuesto, utiliza estos argumentos para promover la idea de lo que llama «justicia social», además del fortalecimiento de la educación pública y una serie

[112] *Ibid.*, p. 63.
[113] *Ibid.*, p. 40.

de medidas estatistas. Sin embargo, más allá de que las conclusiones de Lagos sean equivocadas, pues el Estado benefactor que propone a la larga solo terminaría empeorando las cosas, los argumentos en sí son correctos.

El aislamiento de las clases sociales efectivamente genera tensiones y eventualmente conflictos, más aún si existe todo un discurso, como el progresista, centrado en la supuesta «injusticia» de esta situación para promover una agenda política estatista. Aquí entra la importancia de las ideas y de las creencias como elemento de armonía social. Porque cuando las desigualdades son grandes, no basta con que las masas tengan acceso a determinados bienes de consumo. Se necesita que estas vean con buenos ojos el sistema y que tengan posibilidades reales de mejorar su situación con su propio esfuerzo, algo que las prácticas oligárquicas y el estatismo progresista hace muy difícil. Se requiere para mantener la armonía, por lo tanto, que las masas compartan códigos culturales con las élites, que se identifiquen con ellas de alguna forma, que tengan valores y opiniones en común. Por eso es importante la defensa de ciertas ideas y principios, particularmente de aquellos valores que sustentan el sistema económico liberal, gracias al cual las élites y el país se han enriquecido.

Cuando las creencias son disímiles, la educación totalmente desigual y las clases no se reconocen entre sí, el conflicto social es altamente probable. Y este, obviamente, comienza desde abajo, donde no se goza de los privilegios que se ven en minorías «ennoblecidas».

Nuestros economistas y empresarios se equivocan rotundamente si creen que el consumo basta para calmar a las masas. Se requiere mucho más que eso: se requiere

de creencias e ideas comunes, de lo contrario ocurre lo que describe Mosca:

> En el fondo, una vez que las necesidades básicas han sido satisfechas suficientemente, lo que contribuye de modo principal a hacer nacer y mantener la discordia entre las diversas clases sociales no es tanto la diferencia de los goces materiales como el pertenecer a dos ambientes diferentes; ya que, para una parte al menos de las clases inferiores, más que las privaciones, lo que puede amargarles la existencia es un mundo superior del cual se ve excluida; un mundo cuyo acceso, sin estar prohibido por las leyes o por privilegios hereditarios, está obstaculizado por una trama de seda sutil, que muy difícilmente se puede superar: la diferencia de cultura, de maneras y de costumbres sociales.[114]

Esta, sin embargo, advierte Mosca, no es una ley de aplicación absoluta: «Los pobres siguen a los ricos; o mejor, las clases dirigidas siguen a las dirigentes, siempre y cuando estén impregnadas de las mismas opiniones y creencias y tengan una educación intelectual y moral no demasiado disímil».[115]

Lo que se necesita es un trabajo de imagen de las personas exitosas por una parte, y por otra, una defensa de las ideas de mérito sobre las que naturalmente se funda una sociedad desigual. Porque es mucho más tolerable para una persona la desigualdad cuando la entiende como resultado del mérito y el esfuerzo –y estos,

---

[114] Gaetano Mosca, *La clase política*, Fondo de Cultura Económica de México, México, 1984, p. 166.

[115] *Ibid.*, p. 167.

al mismo tiempo, constituyen valores que se promueven en la sociedad– que cuando ve en ella la consecuencia de privilegios hereditarios. Las ideas de mérito y esfuerzo, entre otras, deben constituir un eje central en la construcción de creencias y prácticas comunes, las cuales deben instalarse en nuestro país si queremos asegurar paz social y progreso. Son las mismas creencias que la izquierda intenta destruir por todos los medios con su efectivo discurso antielitista igualitario, que de la forma en que está planteado, constituye una abierta amenaza para la prosperidad del país.

Libre mercado y el catolicismo

Uno de los desafíos fundamentales del Chile del siglo XXI consiste en lograr una aceptación común de la matriz económica liberal que legó el gobierno militar adaptándola a nuestra cultura de tradición católico-conservadora. Para ello es necesario romper con ciertos mitos, como por ejemplo, que el capitalismo es opuesto al catolicismo. Es verdad que León XIII, en *Rerum novarum*, desliza críticas al capitalismo de la época, que por lo demás nada tiene que ver con el actual. A los socialistas les encanta citarla porque fue la primera encíclica social de la Iglesia católica y se aboga por mejorar las condiciones de los trabajadores. Lo que los socialistas no dicen es que *Rerum novarum* condenó enérgicamente el socialismo y defendió la propiedad privada como única forma de asegurar la libertad del hombre, además de haber establecido claras limitaciones al Estado como solucionador de los problemas sociales. Veamos qué pensaba León

XIII del discurso socialista en 1891, cuando ni siquiera existían los regímenes comunistas:

> Para solucionar este mal (la injusta distribución de las riquezas junto con la miseria de los proletarios) los socialistas instigan a los pobres al odio contra los ricos y tratan de acabar con la propiedad privada estimando mejor que, en su lugar, todos los bienes sean comunes [...]; pero esta teoría es tan inadecuada para resolver la cuestión, que incluso llega a perjudicar a las propias clases obreras; y es además sumamente injusta, pues ejerce violencia contra los legítimos poseedores, altera la misión del Estado y perturba fundamentalmente todo el orden social.[116]

Pero no es necesario bucear tanto para entender que el capitalismo es por lejos el sistema que más se ajusta a la moral cristiana. Un siglo después de *Rerum novarum,* Juan Pablo II, que fue una pieza clave en el derrumbe del comunismo en el mundo, sostuvo que el capitalismo debía ser la meta de los países que querían reconstruir sus economías y sociedades. En su encíclica *Centesimus annus* de 1991, Juan Pablo II dice textualmente:

> ¿Se puede decir quizá que, después del fracaso del comunismo, el sistema vencedor sea el capitalismo, y que hacia él estén dirigidos los esfuerzos de los países que tratan de reconstruir su economía y su sociedad? ¿Es quizá este el modelo que es necesario proponer a los

---

[116] Enc. *Rerum novarum*: *l. c.*, 99. Disponible en: <http://www.vatican.va/holy_father/leo_xiii/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum_sp.html>. Última visita: 15/01/2009.

> países del Tercer Mundo, que buscan la vía del verdadero progreso económico y civil?
>
> La respuesta obviamente es compleja. Si por «capitalismo» se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta ciertamente es positiva, aunque quizá sería más apropiado hablar de «economía de empresa», «economía de mercado», o simplemente de «economía libre».[117]

Esta encíclica por cierto causa alergia a la izquierda que explota el discurso anticapitalista y antiliberal prefiriendo escudarse en una interpretación descontextualizada, parcial y difusa de *Rerum novarum.* No entraré con mayor detalle en los fundamentos teológicos de por qué el liberalismo económico es el sistema que mejor responde al espíritu cristiano, pues es un tema de alcance mayor que no es objeto de este libro. Por lo demás, el pasaje citado de Juan Pablo II es más decidor que cualquier teología económica y contradice no solo las críticas feroces de la izquierda al capitalismo, sino también la postura que han adoptado algunos sectores dentro de la misma Iglesia católica en América Latina.

Así las cosas, a la luz del catolicismo no existe razón alguna para sentir culpa por el enriquecerse en un sistema de mercado libre. Probablemente pocas sentencias

---

[117] Enc. *Centesimus annus: IV. c., 42*. Disponible en: <http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_01051991_centesimus-annus_sp.html#$13>. Última visita: 15/01/2009.

pueden interpretar mejor en lo que consiste el mercado y el espíritu liberal que la máxima formulada en la Biblia que reza «ganarás el pan con el sudor de tu frente». Esta es la máxima que defienden hasta hoy el liberalismo económico y el cristianismo, resistida por los progresistas que en su pasado marxista intentaron derribarla para instaurar en su lugar el paraíso igualitario, ese en el cual supuestamente nadie tendría que esforzarse de más para recibir lo suyo. Asumir este simple hecho –que no se puede ni se debe vivir del trabajo ajeno– habría ahorrado y ahorraría interminables sufrimientos y males a la humanidad. Por supuesto, nada de eso quiere decir que no pueda existir una ayuda focalizada en quienes realmente ni siquiera pueden hacer el esfuerzo para mantenerse. En eso ni los liberales están en desacuerdo. Pero muy distinto es el estatismo, que interviene todas las dimensiones de la vida social asfixiando la libertad y cercenando el impulso de progreso individual. Benedicto XVI ratificó esta idea en su primera encíclica *Deus caritas est* realizando una categórica defensa del principio de subsidiariedad del Estado que tanto desagrada a la izquierda: «Lo que hace falta no es un Estado que regule y domine todo, sino que generosamente reconozca y apoye, de acuerdo con el principio de subsidiariedad, las iniciativas que surgen de las diversas fuerzas sociales y que unen la espontaneidad con la cercanía a los hombres necesitados de auxilio».[118]

[118] Enc. *Deus Caritas est, II, c., 21*. Disponible en: <http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est_sp.html>. Última visita: 15/01/2009.

Podríamos decir, en consecuencia, que un sistema liberal no solo es compatible con el catolicismo sino que, como sugiere Juan Pablo II, debe ser promovido por él.

La imagen de las élites: la importancia de la filantropía

Dicho lo anterior debemos pasar a un segundo punto mucho más práctico pero en sintonía con el primero. Se trata de la imagen de las élites económicas y sociales frente al resto del país. El discurso progresista –como bien detectaba ya hace más de un siglo León XIII en *Rerum novarum*– estimula la odiosidad de clases. Aunque de manera más sutil que en el pasado, y a veces con igual virulencia, el discurso igualitario es en esencia un discurso antiélite, lo que en jerga progresista es lo mismo que decir antidominación. En eso el progresismo moderno conserva la matriz de análisis sociológico marxista, según la cual quienes se encuentran en la cúspide de la pirámide económica y social dominan y someten por diversas vías a los demás.

Planteado como está en el Chile actual, el discurso igualitario fomenta el resentimiento y la envidia de quienes tienen menos. Esto es bastante evidente. Es cosa de prestar la mínima atención para percatarse que el énfasis del discurso en Chile está puesto en la distribución y no en la productividad de los sectores menos aventajados. La diferencia entre ambos enfoques es fundamental. Mientras el enfoque redistributivo implica un juicio de valor –clásico en la moral de izquierda– y, por tanto, una condena a la desigualdad en sí –específicamente al «excesivo» enriquecimiento de unos pocos–, el enfoque

productivo, por el contrario, implica una valoración positiva de la riqueza cuestionándose por la fórmula para lograr que las clases sociales desaventajadas mejoren su calidad de vida. Los primeros, entonces, se preocupan por quitarle al que tiene más para supuestamente darle al que tiene menos, lo cual implica automáticamente un Estado más grande e interventor. Los segundos se concentran en ver cómo hacer para que el que tiene menos logre por sí mismo crear mayor riqueza y mejorar su situación. De este modo, el enfoque redistributivo es antielitista y estatista mientras el productivo es pro ascenso social, meritocrático y partidario de la subsidiariedad del Estado. Tenemos así, irónicamente, que el verdadero discurso a favor del progreso es el económico liberal y no el de izquierda.

Lo que hay que entender en todo esto es que la lógica redistributiva constituye la esencia de todo discurso progresista y que, en consecuencia, toda consideración sobre las condiciones de productividad será inevitablemente relegada a un segundo plano. Esto explica el que no exista ningún país donde haya prevalecido el discurso de izquierda que no se haya estancado económicamente. La razón de esta identidad entre progresismo, intervencionismo redistributivo y pobreza es sencilla. Si el discurso igualitario aceptara dentro de sus premisas fundamentales consideraciones productivas, se vería necesariamente obligado a aceptar también la subsidiariedad del Estado y, por tanto, la desigualdad resultante del mercado. Y en ese caso ya no tendría sentido la redistribución en aras de la igualdad y la «justicia social».

Pero el igualitarismo es además fácil y efectivo como discurso. La envidia forma parte de la naturaleza humana

–y especialmente de la cultura chilena–, y estimularla en contextos de gran desigualdad resulta tremendamente rentable políticamente.

Además de la necesidad de creencias comunes y de revindicar las ideas de mérito y esfuerzo de manera que las élites realmente sean respetadas como los mejores y no como simples «herederos», resulta central que estas exhiban la forma en que contribuyen a mejorar la vida de otras personas.

La verdad es que los ricos en Chile gozan de mala fama entre otras cosas porque son considerados unos avaros. Este, por supuesto, es un prejuicio que en muchos casos no se aplica, pero es altamente nocivo y generalizado. Da la impresión de que las grandes fortunas chilenas no ayudaran a nadie más que a sí mismas con su enorme riqueza. Por eso, el empresario del hierro Leonardo Farkas despertó tanta simpatía popular el año 2008. Preguntada la gente por el despilfarro de este personaje, esta siempre destacaba el hecho de que, por lo menos, Farkas ayudaba a otros con su dinero, mientras el resto de los ricos no ayudaba a nadie.

Aquí nos topamos con un problema relevante que implica dos aristas. La primera es que, sin duda, en muchos casos se podría ayudar bastante más de lo que se ayuda a gente que lo necesita. La filantropía –para qué nos engañamos– es bastante mezquina. Pero también hay casos de empresarios que aportan y de los que jamás nadie se entera. Y ese es un grave error. Esto hay que entenderlo: no se puede, en un país en que el 85% de las personas gana menos de 350 mil pesos mensuales, hacer tal publicidad del éxito de unos pocos –siempre los mismos– sin mostrar que al menos parte de ese éxito

se comparte con otros menos afortunados. La filantropía con exposición pública es un factor importante en la atenuación de la odiosidad de clase y de las tensiones sociales.

La rearticulación del discurso político de la derecha: de la técnica a las ideas

En concordancia con lo que se ha venido diciendo hasta ahora, el discurso de la alternativa política al progresismo debe articularse esencialmente en torno a ideas y valores, dejando en un segundo plano las propuestas técnicas más elaboradas. Se debe entender de una buena vez que a las personas comunes y corrientes la técnica no les dice absolutamente nada. La mayoría ni siquiera entiende la diferencia entre 1.000 millones de pesos y 100 millones de dólares. Por eso mismo, y por una empatía cultural con la deshonestidad propia de América Latina, es que nuestro pueblo tiene un umbral de tolerancia altísimo con la corrupción y el despilfarro. No basta con repetir majaderamente cuánto se despilfarró aquí y cuánto se robó allá. Si eso fuera suficiente, Michelle Bachelet jamás habría salido elegida presidenta después de los escándalos de descarada corrupción bajo el gobierno de Ricardo Lagos. La crítica a la corrupción e ineficiencia de los gobiernos de izquierda es por tanto tan solo un aspecto de cualquier pretensión presente o futura de llegar al gobierno. El otro aspecto, y el más relevante, tiene relación con las ideas y los valores con que se identifica la ciudadanía. Ahí debe desarrollarse un discurso liberal-conservador e incluyente que interprete la histórica

tradición católica de nuestro país y la combine con los principios fundamentales del sistema económico liberal anglosajón. No se puede importar sin más el «sálvese quien pueda» de los norteamericanos. En un continente y país de tradición católica, donde los débiles gozan de simpatía general, la derecha debe articular un discurso en torno a ideas como el mérito, el esfuerzo, el orden y el éxito, pero dándoles un sello republicano y social.

Para Chile, un país históricamente paternalista que pasó de la Hacienda al Estado, la idea de que las élites se preocupan por el bien común no solo es imprescindible para asegurar armonía social sino necesaria por el ADN mismo de nuestra cultura. No hay nada peor para nuestro pueblo que el desamparo. La izquierda ha captado muy bien esto ofreciendo la protección y el bienestar por la vía del Estado. El eslogan de campaña de Bachelet –«Estoy contigo»–, un golpe brillante del *marketing* político, recogió con gran éxito esta sensibilidad psicológica nacional. Como una madre que cuida a los hijos, una angelical Bachelet les prometía protección, alu-diendo directamente al proyecto de Estado de bienestar de la izquierda.

Contra eso la derecha puede perfectamente competir aprovechando otro aspecto esencial de la psicología chilena: el impulso de superación. Chile es un país de nuevos ricos y las ansias de progresar a todo nivel son insaciables. Todos quieren vivir en un mejor barrio, comprarse un mejor coche, mandar a sus hijos a mejores colegios, etc. Los chilenos son gente dispuesta al esfuerzo en la medida en que perciba que puede obtener reales benefi cios de ello y en la medida en que este impulso no se atrofi e, como ha venido ocurriendo, con el estatismo e

igualitarismo de la izquierda. La historia reciente prueba esta cuestión. Si los chilenos no tuvieran un potencial gigantesco para el capitalismo, entonces jamás podríamos haber logrado crecer a tasas de prácticamente 8% durante una década con el éxito rotundo que alcanzamos. La combinación entre el discurso de la superación individual con un discurso crítico respecto a la carga que el Estado pone sobre los hombros de las personas vía impuestos y regulaciones, debe ser uno de los ejes del proyecto político alternativo al progresista.

Planteadas de manera sencilla y clara, estas ideas suelen ser altamente rentables desde el punto de vista político. La fórmula podría sintetizarse más o menos así: las ideas de mérito y esfuerzo como eje del progreso individual insertadas en el discurso católico-cristiano; el éxito como prueba de las capacidades y el trabajo personal; las élites como grupo exitoso por propio esfuerzo y al mismo tiempo como grupo preocupado por el bien común. El Estado como garante del orden, reglas del juego claras y apoyo focalizado a quienes no pueden por su esfuerzo salir adelante. En pocas palabras: la derecha como referente del orden y el verdadero progreso.

Desde luego, estas son tan solo algunas líneas muy básicas para articular un discurso de derecha coherente, atractivo y al mismo tiempo opuesto al progresista. Con el tiempo habrá que pensarlo mejor y desarrollar esta propuesta. Lo que sí es claro por ahora es que la derecha política –si podemos hablar así– no tiene otra alternativa que ponerse a pensar en estos temas si quiere ser capaz de elaborar un proyecto y dotarlo de contenido. Porque el discurso de las políticas públicas es vacío e ininteligible políticamente hablando y más patético es

basarse en los errores y horrores de la izquierda para aspirar, como mal menor, a alcanzar el poder. Eso es un seguro camino al fracaso porque es imposible encantar a las masas convirtiéndose en alternativa por descarte. Podríamos llamar a esta especie de pretensión electoral como «apoyo por negación» para diferenciarlo del «apoyo por afirmación» del que gozan los candidatos y proyectos que logran encantar a las masas. Cuando las masas apoyan por «negación» no se identifican ni con el candidato ni con el proyecto y, por tanto, no lo respaldan realmente. Un grupo político que llega al gobierno producto del «apoyo por negación» carece en consecuencia del respaldo popular necesario para emprender reformas y adolece de un serio problema de legitimidad que suele traducirse en inestabilidad política y desorden.

El «apoyo por afirmación», por el contrario, además de ser permanente, garantiza un respaldo popular y por tanto el capital político necesario para realizar cambios y gobernar con estabilidad. Fue lo que tuvo la Concertación desde sus orígenes. Cuando se habla de que esta fue capaz de dar estabilidad política, es porque la mayor parte del país creyó en sus ideas. Fueron las ideas de un futuro mejor lo que consolidó a la Concertación mucho más que una campaña de desprestigio del gobierno militar. Es ese mensaje el que debe rescatar la derecha, incorporando como patrimonio propio las ideas de orden, libertad, responsabilidad, de república, de progreso económico y movilidad social. Con ellas debe luchar en contra del discurso igualitarista, solidario y estatista de la izquierda, captando para sí la idea de progreso.

La reconstrucción de identidad histórica en la derecha política

Mencionábamos más atrás que la izquierda cuenta con decenas de mitos a los que rinden culto religiosamente como forma de transmitir ideas y proveerse de legitimidad moral. La derecha política, por el contrario, carece de mitos y de identidad histórica más allá de su estigmatización como golpista y pinochetista. Para revertir esto, la derecha debe redescubrir e incorporar a su patrimonio personajes históricos que le permitan forjar una identidad. Diego Portales, Andrés Bello, Jorge Alessandri y Gabriela Mistral son algunos ejemplos. Aunque la mayoría de las personas los conozca solo de nombre, lo cierto es que no se necesita más que eso como fuente de prestigio. La mayoría de los chilenos tal vez no sabe exactamente quién fue Portales, pero sí sabe que hizo cosas buenas por Chile. Eso basta para generar capital político. Al comenzar las masas a relacionar el nombre de Portales, Bello o cualquiera de nuestros próceres con la derecha, se genera inmediatamente una transferencia de prestigio. Por lo demás no hay duda de que todos estos personajes son mucho más afines a la derecha que a la izquierda de origen marxista.

Para lograr esta transferencia de prestigio resulta de la mayor relevancia que la derecha tenga ritos propios, mediante los cuales incorpore a su patrimonio identitario figuras históricas. Por razones antropológicas, los ritos son extremadamente potentes como señal identificatoria; confieren dignidad y dan un sentido trascendente a personajes, ideas y hechos históricos. Los homenajes, las ceremonias, las formalidades y la puesta en escena, todas esas cosas son esenciales.

De Gabriela Mistral, por ejemplo, se puede rescatar la profunda admiración que profesaba por la ética del trabajo del pueblo estadounidense, directamente vinculada a las bondades de un sistema económico basado en la libertad y el esfuerzo personal. Aunque pocos lo sepan y a la izquierda le cause escozor, Gabriela Mistral era una fervorosa admiradora de los Estados Unidos. En su ensayo *El grito*, de 1922, Mistral escribía:

> Discutimos incansablemente mientras el norteamericano hace, ejecuta; nos despedazamos mientras él se oprime como una carne joven, se hace duro y formidable, suelda de vínculos sus estados de mar a mar; hablamos, alegamos, mientras él siembra, funde, asierra, labra, multiplica; forja, crea con fuego, tierra, aire, agua, crea minuto a minuto, educa en su propia fe y se hace por esa fe divino e invencible. ¡América y solo América! ¡Qué embriaguez semejante futuro, qué hermosura, qué reinado vasto para la libertad y las excelencias mayores!

Otro tanto podría hacerse con la preocupación de Bello y Portales por el orden. El ideal de autoridad, esencial en el imaginario colectivo nacional, no puede ser encarnado por la izquierda históricamente recelosa de toda forma de dominación. La derecha, en cambio, podría perfectamente representar las ideas de orden, libertad y autoridad como parte de su identidad política. Sobre Bello no hay que olvidar que, además de su profunda preocupación por la educación, creía firmemente en los principios del liberalismo económico que conoció en Inglaterra. Uno de los grandes méritos del Código Civil es que se incorporan como ejes centrales el respeto por la propiedad privada y el principio de libre circulación

de la riqueza, los cuales Bello entendía como imprescindibles para el progreso económico y social.

En la tarea de acuñar ideas y conferirles prestigio, la derecha no puede dejar de hacer esfuerzos inteligentes y serios para desenmascarar las ideas de izquierda. Eso se puede hacer de manera directa e indirecta. Hasta hoy no se ha realizado, por ejemplo, un documental serio sobre lo que realmente fue el gobierno de la Unidad Popular. Toda la historia comienza en 1973 y se detiene en la violencia del gobierno militar, mencionando levemente algunos «desaciertos» del gobierno de la UP. No se trata de reivindicar el gobierno militar, sino de contrarrestar la tergiversación histórica de la izquierda recordando a Chile el desastre que fue el gobierno de Salvador Allende, identificándolo con la historia de la izquierda chilena.

Este es solo un ejemplo de lo que se puede hacer en la guerra de imagen, que la derecha se ha negado sospechosamente a dar. Se trata de derribar mitos del adversario y posicionar los propios como forma de generar capital político.

Intelectuales y políticos de derecha: una alianza necesaria

Si los intelectuales y políticos progresistas conforman una alianza exitosa en términos políticos, es porque existe una estrecha relación entre cultura, pensamiento y conducta electoral. La derecha chilena debe entender esto de una vez y esmerarse en difundir ideas y forjar creencias comunes que permitan mantener un país próspero y pacífico. Para eso debe contar con los intelectuales que tanto desprecia.

El éxito político de la Concertación sin duda se explica en gran medida por la labor de sus intelectuales, entre ellos algunos que también fueron políticos. El mejor ejemplo es el gobierno de Lagos, el que a pesar de todos sus errores gozaba de una imagen pública incomparable gracias al hábil manejo comunicacional de sus asesores, la que se sustentaba en puro *marketing*, como quedó demostrado al dejar La Moneda.

La derecha política, si quiere prosperar y desarrollar un proyecto, no puede prescindir de los intelectuales, especialmente de los humanistas hoy tan despreciados por ese sector. Aunque la aportación de los economistas es crucial, no se puede prescindir de sociólogos, antropólogos, politólogos, historiadores, periodistas y filósofos. Su función debe ser la de elaborar proyectos políticos y estrategias de poder marginando toda beatería. Porque no hay que confundir las prioridades: mucho más se puede hacer por la familia y por los valores en general desde el gobierno que desde la oposición. En eso hay que ser sumamente frío. El que no lo entiende, debe retirarse de la política.

Los intelectuales en la derecha deben difundir ciertas ideas y derribar otras, darles prestigio a algunas y restárselo a las demás, forjar creencias comunes, formar nuevas generaciones y al mismo tiempo asesorar a los políticos en la tarea de llegar al gobierno. El trabajo se verifi ca así en dos dimensiones distintas pero directamente relacionadas. La primera tiene que ver con la creación de capital político por medio de la difusión de ideas y valores; la segunda con la explotación del capital político sembrado. Los políticos por su parte jamás deben olvidar que el objetivo último de todo esto es el

bien nacional y no el poder por sí mismo. Esa siempre será una diferencia radical con el progresismo.

La fatal ignorancia: los riesgos del desprecio por la cultura

En esta última parte del libro he presentado tan solo algunas líneas generales sobre lo que se podría hacer para contener el avance de las ideas de izquierda. Los argumentos sin duda son incompletos, pero son un primer paso en la línea indicada. En el futuro deberán desarrollarse con mayor profundidad, y si es necesario, cambiarse. No ha sido en todo caso el objetivo de este libro plantear un conjunto de recetas y soluciones definitivas a un problema cuya complejidad es inagotable. Cualquier intento en ese sentido debe ser visto con sospecha. Lo que he pretendido es contribuir a cambiar una cierta actitud arraigada en el prejuicio y la ignorancia extremadamente perjudicial para el bienestar de nuestra sociedad, y que consiste en el desprecio que parte importante de las élites económicas, sociales y de la derecha política siente por el mundo intelectual y la cultura en general. Aunque sea justo decir que hay excepciones, no bastan para el inmenso desafío que supone encaminar a la sociedad chilena hacia el verdadero progreso. Para ello se requiere de personas conscientes de que finalmente es la cultura, es decir, las ideas y valores dominantes en una sociedad, lo que marca la diferencia entre el éxito y el fracaso, entre el bienestar y la ruina general. No se trata de crear una casta de filósofos ni de exigir a quienes se dedican a las imprescindibles tareas productivas que las abandonen por las intelectuales. Eso nos conduciría

a otra catástrofe. De lo que se trata es simplemente de entender un hecho básico y crucial: las ideas y creencias mueven a los seres humanos tanto o más que el interés, ellas tienen el poder de arruinar una civilización –como lo demuestran los casos del comunismo y el nazismo– y lo tienen también para construir una. Despreciar el rol de los intelectuales y el poder de la cultura es, por lo tanto, un acto de suma irresponsabilidad que tarde o temprano abre las puertas a fuerzas destructivas capaces de amenazar la existencia de lo que se creía más sólido. Ante eso, quienes pueden marcar una diferencia con su capital u otros medios, no pueden dejar de asumir su responsabilidad. Como muestra el caso de Fisher, es muchísimo lo que se puede hacer para cambiar el curso de la historia cuando se cuenta con los medios económicos que permitan invertir en cultura, apoyar intelectuales y participar en la difusión de ideas en general.

En Chile y América Latina las ideas estatistas y antielitistas han sido siempre una constante, y hoy avanzan poniendo nuevamente en jaque la posibilidad de un auténtico progreso. El tiempo dará cuenta del real potencial destructivo de las ideas estatistas e igualitarias de hoy. Lo cierto es que, aun cuando no alcancen el nivel de peligrosidad del pasado, jamás debemos descuidarlas si queremos conservar una sociedad pacífica y próspera. Porque si una amenaza mayor no se presentara hoy, perfectamente podría hacerlo en el futuro. No debemos olvidar la gran lección histórica: la historia la construimos los seres humanos guiados por nuestras creencias e ideas. No hay, por lo tanto, algo así como un progreso inevitable para la humanidad ni para sociedad alguna. Todo proyecto social, económico y humano en general,

corre un riesgo cierto de ser abortado si cada uno no asume su cuota de responsabilidad en la batalla de las ideas. Lo dijo Ludwig von Mises cuando el mundo se debatía entre la libertad capitalista y la tiranía comunista: «Cada uno de nosotros lleva sobre sus espaldas el peso de parte de la sociedad, y nadie ha sido dispensado de su responsabilidad por los demás; nadie puede hallar una vía de escape para sí mismo si la sociedad se ve arrastrada a la destrucción. Por consiguiente, cada uno, por su propio interés, debe participar vigorosamente en la batalla intelectual. Nadie puede permanecer indiferente; del resultado de esa lucha dependen los intereses de todos».[119]

Quedémonos con esta última idea: del resultado de la lucha intelectual dependen los intereses de todos.

[119] Ludwig von Mises, *Socialismo,* Centro de Estudios Sobre la Libertad, Buenos Aires, 1968, p. 535.

Epílogo

Este ha sido un ensayo sobre la importancia de las ideas. Constituye un llamado fundamentalmente –pero no únicamente– a las élites económicas, políticas y sociales de derecha a tomar un rol activo en la difusión y defensa de aquellas ideas esenciales para el progreso y la paz social. En el libro no se ha pretendido sostener que solo las ideas importan, pues resulta claro que no es así. Si se ha centrado en ellas es porque en nuestro mundo productivista solemos olvidar su poder y nos cuesta percibirlo aun cuando tengamos pruebas de él frente a nuestras narices. La verdad es que las ideas y creencias tienen tanta influencia hoy como en el pasado sobre la conducta humana y la evolución social. Por básicas que sean, las opiniones existen en casi todos los seres humanos porque todos, inevitablemente, hacemos una lectura del mundo, al menos del que nos rodea. Distinto es ser consciente de lo importante que es esa lectura para el devenir histórico. A entender y valorar esa dimensión se encuentra destinado este esfuerzo, un esfuerzo que pretende ir más allá de las categorías del interés individual, del placer y la ambición como motores de la conducta humana, y más allá del dinero, el prestigio y la política como fuentes de poder. Porque si bien todos esos factores son relevantes, empequeñecen al compararse con el poder que han demostrado tener las ideas en la historia. Y si a raíz de

este ensayo tan solo una persona cambiare su parecer y decidiere en adelante asumir un rol más activo en la batalla intelectual, como creo ocurrirá, entonces la tesis central de este libro se habrá demostrado una vez más.

El llamado es a tomar conciencia. Conciencia de que Chile no tiene nada asegurado, de que hay que dar una batalla por la legitimidad de las ideas y valores que son capaces de sacar a este país de la mediocridad definitivamente y evitar que recaiga en esquemas fracasados ya conocidos. Porque no da lo mismo si el discurso progresista comienza a tomar fuerza. La aceptación de sus premisas inevitablemente llevará a consecuencias nefastas que originalmente nadie previó. Por eso, ideas que pueden parecer razonables a primera vista, deben ser sometidas a un despiadado análisis racional, y si así lo aconsejare la prudencia, desechadas. Pero para ello se requiere de alternativas reales y convincentes. Lamentablemente, nada de eso ocurre en Chile con la suficiente energía; ni análisis crítico de las ideas progresistas, ni la articulación de un auténtico proyecto alternativo.

Algunas voces han dicho que las ideas liberales, las de los Chicago Boys, solo pueden ganar en dictadura. Creo que esa afirmación es totalmente falsa, aunque sí es clara una cosa: las ideas liberales –y ciertos valores tradicionales– jamás podrán ganar en democracia si no se abandona el cortoplacismo y no se tiene el coraje para dar la batalla intelectual como corresponde. Si las ideas de izquierda continúan avanzando, a Chile no le esperará más que la clásica mediocridad latinoamericana como destino.

Bibliografía

Libros:

Althusser, L. (1971): *La filosofía como arma de la revolución*, Córdoba, Cuadernos del Pasado y Presente /4, 3.ª ed.

Dahl, R. (1989): *La poliarquía*, Tecnos, Madrid.

Hayek, F.A. (2010): *La fatal arrogancia: los errores del socialismo,* Unión Editorial, 3.ª ed.,

– (1985): *Camino de Servidumbre*, Alianza, Madrid. [Versión extendida en *Obras completas* de Hayek, vol. II, Unión Editorial, Madrid, 2008].

– (1979): *Derecho, legislación y justicia,* vol. II, Unión Editorial, Madrid. [Hay una versión que agrupa los tres volúmenes que componen la obra en su conjunto: *Derecho, legislación y libertad*, Unión Editorial, 2.ª ed., Madrid, 2014].

– (1975): *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, Madrid.

Lagos, R. (2008): *El futuro comienza hoy*, Ediciones Copa Rota, Santiago.

Maritain, J. (1962): *Utilidad de la filosofía*, Ediciones Morata, Madrid.

Morales Peña, C. (2008): *Entrevista con la globalización*, Plural, La Paz.

Mosca, G. (1984): *La clase política*, Fondo de Cultura Económica de México, México.

Novak, M. (1984): *El espíritu del capitalismo democrático*, Ediciones Tres Tiempos, 3.ª ed., Buenos Aires.

POPPER, K. (1994): *En busca de un mundo mejor*, Paidós, Barcelona.

RANGEL, C. (1982): *Del buen salvaje al buen revolucionario*, Monte Ávila Editores, Caracas.

REVEL, J.F. (1992): *El renacimiento democrático*, Plaza & Janés Editores, Barcelona.

ROSS, A. (2005): *Sobre el derecho y la justicia*, Eudeba, Buenos Aires.

SARTORI, G. (1993): *La democracia después del comunismo*, Alianza, Madrid.

STUART MILL, J. (1984): *Sobre la libertad*, Sarpe, Madrid.

STEINER, G. (1999): *Heidegger*, Fondo de Cultura Económica, México.

VON MISES, L. (1968): *Socialismo,* Centro de Estudios Sobre la Libertad, Buenos Aires. [También en Unión Editorial, 6.ª ed., Madrid, 2006].

– (1986): *Planificación para la libertad*, Centro de Estudios Sobre la Libertad, Buenos Aires. [También en Unión Editorial, Madrid, 2012].

VOLTAIRE (1983): *Cartas filosóficas y otros escritos*, Sarpe, Madrid.

WEBER, M, (1984): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Sarpe, Madrid.

WILKINSON, R. (2001): *Las desigualdades perjudican*, Editorial Crítica, Barcelona.

Artículos en revistas especializadas:

FUKUYAMA, F. (1990): «¿El fin de la historia?», en *Revista Estudios Públicos*, n.º 37, Santiago.

HAYEK, F. (1989): «El atavismo de la justicia social», en *Revista Estudios Públicos*, n.º 36, Santiago.

KRISTOL, I. (1989): «Utopismo antiguo y moderno», en *Revista Estudios Públicos*, n.º 33, Santiago.

North, D. (1994): «¿Qué queremos decir cuando hablamos de racionalidad?», en *Revista Estudios Públicos*, n.º 53, Santiago.

Popper, K. (1982):: «La influencia de las ideas filosóficas en la historia de Europa», en *Revista Estudios Públicos*, n.º 2, Santiago.

Scruton, R. (2002): «La hegemonía intelectual de la izquierda progresista», en *Revista Estudios Públicos*, n.º 85, Santiago.

Wagner, B. (2004): *Economía social de mercado en Alemania: orígenes históricos, principios básicos y reformas necesarias*, Fundación Konrad Adenauer, enero, Santiago.

Columnas y Papers:

Jordan, J.: *Jobs creation and goverment policy*, disponible en: <http://www.cato-at-liberty.org/2009/01/12/making-work-destroying-wealth/>.

Mackay, Ch.: *The Tulipomania*, disponible en: <http://www.econlib.org/library/Mackay/macEx3.html#Ch.3,%20The%20Tulipomania>.

Norberg, J.: *¿Quién dice que el dinero no puede comprar la felicidad?*, disponible en: <http://www.elcato.org/node/138>.

Sala-i-Martin, X.: *Dinero y felicidad*, disponible en: <http://www.elcato.org/node/3733>.

Revistas y periódicos:

- *Le Monde Diplomatique*.
- *Foreign Policy*.
- Diario *La Nación*.
- Diario *El Mercurio*.

Ponencias:

Layard, R. (2003): *Happiness, has social science a clue?,* conferencia presentada en la London School of Economics and Political Science, marzo.

Frei, E. (2008): *La Constitución del Bicentenario*, discurso ante la Comisión Especial de Régimen Político de la Cámara de Diputados, 3 de diciembre.

Izquierdo, J.M. (2007): *¿Chile en crisis?,* seminario organizado por el Movimiento Humanista Cristiano junto al Centro de Innovación Pública de la Universidad Santo Tomás y patrocinado por la Fundación Jaime Guzmán E., Santiago, 14 de julio.

Encíclicas:

- León XIII, *Rerum novarum.*
- Juan Pablo II, *Centesimus annus*.
- Benedicto XVI, *Deus Caritas est.*

Informes:

Cámara de Comercio de Santiago, Informe Económico, abril de 2008.

LyD: *Reformas a la Constitución: ¿Cambios necesarios?* Documento n.º 903, enero de 2009.

LyD: *¿Qué aprenden de economía nuestros niños en el colegio?* Informe económico n.º 159, octubre de 2005.

Percepciones culturales de la desigualdad, estudio realizado por el Departamento de Sociología de la Universidad de Chile y la Unidad de Estudios Prospectivos de Mideplan en el período 1999-2000.

Páginas Web:

- <http://espanol.doingbusiness.org/ExploreEconomies/?economyid=41>
- <http://www.udp.cl/comunicados/1208/10/encuesta.htm>
- <http://socialismochileno.org/Socialismo/index.php?<option=com_content&task=view&id=158&Itemid=61>

Para más información,
véase nuestra página web

www.unioneditorial.net